



Los crímenes de la viuda roja

CARTER DICKSON

Lectulandia

«¿Cree usted —había dicho sin preámbulo— que una habitación puede matar?». El doctor Tairlaine supuso que aquella pregunta, viniendo del director del Museo Británico, George Anstruther, hombre consagrado a la ciencia y dado a los discursos vehementes, servía de preludio a algún razonamiento filosófico. Pero luego, ya metido en la aventura, sabe de la existencia de un testamento que prohíbe abrir una estancia, cerrada desde la muerte de un antepasado, a riesgo de perder de una herencia.

Lectulandia

Carter Dickson

Los crímenes de la viuda roja

ePub r1.0

Insaciable 16.09.13

Título original: *The Red Widow Murders*

Carter Dickson, 1935

Traducción: Alfredo de León

Ilustraciones: Manuel Estrada

Retoque de portada: Insaciable

Editor digital: Insaciable

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

DRAMATIS PERSONAE

LORD MANTLING

Un gran señor inglés.

GUY BRIXHAM

Su hermano.

JUDITH BRIXHAM

Su hermana.

ISABEL BRIXHAM

Tía de lord Mantling, de Guy y de Judith.

BOB CARSTAIRS

El compañero de cacerías de lord Mantling.

El señor RAVELLE

De la casa Ravelle y Cía., una antigua firma francesa especializada en la ebanistería de lujo.

El doctor ARNOLD

Prometido de Judith Brixham.

El doctor RALPH BENDER

Un amigo de la casa.

El doctor MICHAEL TAIRLAINE

Profesor de literatura inglesa en la Universidad de Harvard.

Sir GEORGE ANSTRUTHER

Director del *British Museum*.

El inspector HUMPREY MASTERS

y, por último

Sir HENRY MERRIVALE

Antiguo jefe del servicio de contraespionaje inglés.

La acción transcurre en Londres, en Mantling House.

La invitación en la niebla

A decir verdad, cuando el doctor Michael Tairlaine subió a un autobús aquella noche de marzo, su pulso no latía con la acostumbrada regularidad. Para ser precisos, el distinguido titular de la cátedra de inglés Lyman Mannot, de la Universidad de Harvard, sentía su corazón dilatado de esperanza, como un muchacho de quince años que jugara a los piratas.

¿De esperanza? Pero ¿qué esperaba, con exactitud? ¿Que la aventura le llevara del brazo en la niebla londinense?... ¿Una sombra tras una cortina?... ¿Una mujer velada? Pero, pensó, estas criaturas no llevan velo hoy en día. Se daba perfecta cuenta de que precisamente a causa de su carácter y de su disposición de espíritu corría el riesgo de perderse en una aventura de la vida real; a pesar de todo, no había sido malo su comportamiento en el caso de *Bowstring Castle*, en septiembre último... Dicho caso le persuadió, por otra parte, de que nuestro mundo, prosaico en apariencia, rebosa de extraños y aterradores abismos. A los cincuenta años había trabado conocimiento con el peligro y desde entonces éste ejercía sobre él una singular seducción. He aquí por qué esa noche había abandonado su confortable apartamento de Kensington. ¿Iría quizá al encuentro de una broma? Por supuesto, George, al tanto de su debilidad, podía desempeñar un papel en una bien preparada comedia..., pero la intuición de George le había permitido dar con la clave en el drama de *Bowstring*...

Y, sin duda, sir George Anstruther tenía marcado aire de seriedad cuando se presentó por la tarde en casa de Tairlaine. Volvía éste a verlo en su imaginación, de pie ante el fuego, tendiendo sus manos hacia la llama; su abrigo húmedo de niebla, un sombrero informe encasquetado; George, bajito y regordete, con su cráneo calvo y su rubicunda cara de gentilhomme campesino; George, el director del *British Museum*, consagrado a la ciencia, a los pensamientos errabundos y a los discursos explosivos.

—¿Cree usted —había dicho, sin preámbulo—, que una habitación pueda matar?

Tairlaine le ofreció un whisky, y luego, suponiendo que aquella pregunta servía de ingenioso prelude a algún razonamiento filosófico que George debió dar vueltas en su cabeza mientras atravesaba el parque, se arrellanó cómodamente en su sillón y cerró los ojos para escuchar mejor. George le miró sin benevolencia.

—Un momento —exclamó—; ya sé lo que va usted a responder: «Definamos los elementos de la proposición y procuremos después descubrir...». ¡Bah! Es la fórmula académica. Pero lo que le he dicho ha de ser tomado en un sentido literal. ¿Cree usted que una habitación pueda matar?

—¿Una habitación —preguntó Tairlaine—, o un objeto que esté en la habitación?

—Su pensamiento —refunfuñó el otro— apunta instantáneamente a lo sobrenatural. No le hablo de una historia de aparecidos. Ningún fantasma tiene que ver con mi pregunta. Tampoco se trata de buscar una intervención humana, la de un

criminal, por ejemplo. Para ser más concreto: ¿cree usted que un cuarto puede poseer propiedades tan mortíferas que cualquier persona que permanezca sola más de dos horas entre sus paredes hallará indefectiblemente la muerte?

Una repentina excitación se adueñó del curioso e insaciable cerebro de Tairlaine. Sacó su pipa y arrojó una furtiva ojeada a su interlocutor.

—Hace un año —dijo lentamente—, le habría respondido que no, pero ahora prefiero atenerme al agnosticismo. ¡Continúe! ¿Cuál sería la causa de la muerte de esa persona?

—Pues... el veneno; al menos, eso supongo.

—¿Lo supone?

—Sí —prosiguió el baronet, hundiendo su cuello en el abrigo—, porque nadie sabe nada y esta explicación es la más verosímil. La última víctima de tal habitación es un hombre, muerto hace casi ochenta años. En esa época, el examen subsiguiente al fallecimiento se efectuaba de un modo bastante superficial y los conocimientos médicos en materia de venenos eran rudimentarios. «Muerte por detención del corazón, rostro negruzco» puede significar cualquier cosa. Todos concluyeron de la misma manera. Lo más curioso es... es que, en absoluto, no hay veneno en esa habitación.

—Basta de tanto misterio —replicó Tairlaine, sacudiendo su pipa con irritación—. Si tiene usted un relato que hacerme, ¡hágalo!

Sir George le miró largamente.

—Iré más lejos —dijo sonriendo—, dejaré que usted mismo adivine. Escuche, amigo: ¿recuerda una conversación que sostuvimos en un compartimento de ferrocarril, seis meses atrás? Acababa usted de llegar a Inglaterra y se quejaba de la falta de aventuras y de lo imprevisto en nuestra vida demasiado regular, y yo le pregunté: «¿Qué entiende usted por aventura? ¿Una aventura folletinesca? ¿Una mujer fatal de mirada enigmática, envuelta en un suntuoso abrigo de pieles, que, deslizándose silenciosa en este compartimento, murmurase: “Seis de rombos... en la torre del Norte, a medianoche...”, o alguna tontería por el estilo?». Y me contestó usted, muy seriamente...

—Que muy probablemente era eso lo que yo hubiera deseado —reconoció Tairlaine—. ¿Y qué?

Sir George se levantó.

—Voy a darle mis instrucciones —declaró, como si acabase de adoptar una decisión—. Las seguirá usted o no, según le plazca. Sólo exigiré la condición habitual: no formulará ninguna pregunta. ¿Está claro?

Su penetrante mirada tardó en apartarse de Tairlaine.

—Muy bien —dijo por último—. Esta noche, un poco antes de las ocho, tomará usted el autobús que recorre Piccadilly y descenderá en Clarges Street. Irá con traje

de etiqueta, condición esencial. Subirá por Clarges Street y después por Curzon Street. Al sonar las ocho, es preciso que pase por la acera norte de Curzon Street, por delante del grupo de casas situado entre Clarges y Bolton Street...

Tairlaine se quitó la pipa de la boca, pero su interlocutor se adelantó a la pregunta.

—No bromeo —dijo sir George con la mayor calma—. Puede que la cosa no resulte, pero es cuestión de probar, porque imagino que no habrá mucha gente por aquellos parajes a esa hora, y cuento también con su... con su aspecto patriarcal...

—¡Vaya!

—... para que el asunto marche. Pero en tal caso, si llega usted a verme en cualquiera de los momentos que sigan, no hará la menor alusión a un previo acuerdo entre nosotros; quedará sobrentendido que se paseaba usted, sencillamente, por pura casualidad, por esa calle. ¿Comprendido? Muy bien. Continuará usted yendo y viniendo por la acera hasta las ocho y diez; si nada anormal se produce hasta ese momento, es que ya no ocurrirá. Pero vaya dispuesto a aceptar todo lo que venga, por extraño que le parezca; si alguien se le acerca para hacerle una observación, por muy extravagante que ésta sea, debe acogerlo favorablemente. Sobre todo, no coma antes de ponerse en camino. ¿De acuerdo?

—Por completo. ¿Qué clase de extravagancia debo esperar?

—Lo ignoro en absoluto —respondió sir George, mirando el fondo de su vaso.

Fueron las últimas palabras que Tairlaine obtuvo de su compañero acerca del particular. Le dejaron escéptico y hasta burlón en apariencia, pero encantado en su fuero interno.

Al subir a la imperial del autobús, Tairlaine consultó su reloj; eran las ocho menos veinte.

Londres parecía una ciudad de ensueño. Aquella noche, la niebla no tenía nada de la tradicional «sopa de guisantes»; era una bruma blanca, vaporosa, que transformaba completamente la luz y el aspecto de las cosas.

Había acertado partiendo con anticipación. El autobús avanzaba a sacudidas entre un concierto de bocinas automovilísticas, deteniéndose cada veinte metros, tanto, que nuestro hombre empezó a tamborilear sobre el cristal para calmar su impaciencia. Pasado Hyde Park Corner, toda la circulación parecía haberse precipitado en Piccadilly, más brillantemente iluminado; descendió, luego de haber estado a punto de dejar atrás la parada de Clarges Street, saltó a un taxi y llegó a la acera en un estado de gran irritación. Eran las ocho menos tres.

Después del ensordecedor estrépito que acababa de soportar, gozó de la tranquilidad de la sombría callecita que da a Mayfair, pero su prisa y su porte nada tenían de patriarcal. Sentía apetito, y maldecía a George por aquella absurda convocatoria. Entretanto, si algo habría de producirse, el acontecimiento no debía tardar. Al desembocar en Curzon Street, se ajustó el sombrero de copa y el abrigo,

echó hacia atrás sus delgados hombros y miró en derredor con el corazón palpitante. Era preciso que no pareciese un cazador de aventuras con aquel paso acelerado; las circunstancias imponían un ritmo de paseante. ¡Así se llevara el diablo a George Anstruther!

Rió por lo bajo. Eso le reanimó.

La calle desierta y débilmente iluminada doblaba a la derecha, hacia la oscuridad plena de misterio de Landsdowne Passage. Por aquel rincón, las inmensas fachadas de las casas formaban un impresionante grupo de ruinas; se demolían muchas de aquellas sólidas construcciones que desde hacía doscientos años servían de muralla a Mayfair. Una pared seguía en pie, mostrando aún el papel pintado de las desaparecidas habitaciones; un montón de piedras, entradas de sótanos, exhibiendo al aire libre sus anchas bocas...; una calle desempedrada hacia el lado norte, precisamente aquél por donde debía marchar. La «extraña observación», o más bien la singular persona que habría de formulársela, vendría quizá de allí... Pero no, ¡era demasiado lejos!

Inspeccionaba con atención las casas, avanzando muy despacio. Eran uniformemente altas, con grandes vanos, antepechos y escalinatas de elevados peldaños; pesadas cortinas, tan impenetrables como la piedra misma, velaban las ventanas. Con excepción de una sola, todas las fachadas aparecían envueltas en sombras, salvo los sótanos, habitados por los guardianes, de los que partía una tenue claridad. La casa que constituía la excepción era más grande que las otras y un vivo resplandor procedente de su vestíbulo iluminaba la escalinata. Tairlaine podía ver los candelabros de cobre colocados cerca de la puerta. Vio también algo más: en el interior del vestíbulo, de pie e inmóvil, alguien le acechaba.

Tairlaine avanzó todavía con más lentitud, con aire de naturalidad, aunque su corazón latiese presuroso en su débil pecho; cuando alcanzó la zona iluminada, el individuo dio un paso adelante y descendió los peldaños de la escalinata. Por mucho que Tairlaine se hubiese preparado durante toda la velada para aquel acontecimiento, experimentó una verdadera conmoción al oír una voz vacilante decirle:

—Disculpe, señor...

Tairlaine se detuvo de golpe y se volvió lentamente. Vio a un mayordomo, cuya cara no distinguía. Aquél hizo un gesto.

—Su señoría le presenta sus excusas por importunarlo de este modo, señor. ¿Tendría usted la bondad de entrar un momento en esta casa? Su señoría desearía hablarle.

Tairlaine fingió sorpresa.

—No, señor; no se trata de un error, aunque la petición pueda parecerle extraña —continuó su interlocutor—. Si lo tiene a bien...

—Son ustedes trece a la mesa —dijo Tairlaine, que adquirió súbita conciencia de

un violento sentimiento de decepción—, y lo han enviado a invitar al primer transeúnte... ¡No es muy original! Mis saludos para Haroun al Raschid, pero...

—No, señor —replicó el criado con voz alterada.

La noche era glacial, y él temblaba.

—Le aseguro que se equivoca. Su señoría, naturalmente, se sentirá muy complacido de tenerlo en su mesa, pero creo que desea hacerlo asistir a... a una especie de experimento —titubeó y añadió en tono serio—: No tema, señor, comprenda lo que quiero decirle. Está usted en Mantling House. Lord Mantling...

—No temo absolutamente nada —cortó Tairlaine—. Desde luego, le sigo.

Penetró en un amplio vestíbulo de blanco entarimado, cuyo silencio era tan profundo que instintivamente bajó la voz. El aspecto de aquella entrada, con su decoración demasiado profusa en dorados, sus cristalerías y sus espejos, le produjo viva antipatía. Mirando la araña suspendida del techo, Tairlaine recordó la máxima del difunto lord Mantling: «Comprad mis productos, son los mejores». Presumieron que conocería el nombre..., pues nadie lo ignoraba. La mitad de las lanas manufacturadas en Manchester provenía de las hilaturas Mantling. Los periódicos habían consagrado páginas enteras al viejo lord cuando murió, hacía tres o cuatro meses, pues su herencia era casi lo bastante elevada como para equilibrar el presupuesto. Un ángel de mármol, de tamaño natural —el escultor sabía sin duda de qué tamaño son los ángeles— guardaba ahora su tumba. ¿Qué sabía respecto al nuevo lord Mantling?

En el momento en que Tairlaine se quitaba el abrigo y el sombrero, vio producirse al extremo del vestíbulo el primer acontecimiento extraño.

Percibió una lluvia de naipes.

No se trataba de una figura retórica. La araña no tenía más que algunas luces encendidas y el vestíbulo, decorado con excesivo lujo, estaba un poco oscuro, no obstante Tairlaine distinguió claramente el armario de laca colocado contra la pared de la derecha, cerca de una de las puertas del fondo.

Vio a alguien retroceder bruscamente hacia aquella puerta, alguien que tenía una mano apoyada en el armario. Luego, fuese por accidente o a propósito, una lluvia de naipes cayó al suelo. La puerta se abrió y tornó a cerrarse. Tairlaine oyó el chirrido de la llave en la cerradura.

Era algo demasiado absurdo para tomarlo en serio; no hizo ningún comentario, pero miró al mayordomo. Éste, que ofrecía una cara redonda que respiraba honradez (como si nunca hubiera usado otra lana que la de Mantling) no dio muestras de haber notado el incidente, pero pareció avergonzado. Preguntó su nombre a Tairlaine y le condujo al extremo del vestíbulo, ante una puerta situada a la izquierda. Sin hacer un movimiento para recoger las cartas, y sin demostrar advertirlas, pasó por encima de ellas sin pisarlas y abrió la puerta.

—El doctor Michael Tairlaine, señoría —anunció. La habitación, dispuesta como escritorio, estaba llena de libros y decorada con ponchos sudamericanos, tambores y trofeos de guerra. Los colores rojo y amarillo de los ponchos realzaban con su brillo las sombrías maderas de encina. Una pantalla coloreada velaba la lámpara colocada sobre el amplio escritorio de patas en forma de garra. Había dos hombres en la habitación. Uno de ellos —sir George Anstruther— permanecía de espaldas al fuego; el otro, corpulento y de cabellos rojos, sentado tras el macizo mueble, se levantó al entrar Tairlaine.

—Perdóneme —dijo en tono ligero— por este modo de recibirlo, digno de un cuento de *Las mil y una noches*. Me llamo Mantling y soy su anfitrión, su príncipe Florizel de Bohemia..., ¿no es cierto, George?

Una risa enorme le sacudió.

—¿No ha comido? ¡Perfectamente! ¿Quiere aceptar un vaso de jerez o prefiere un cóctel...? Jerez... ¡Helo aquí! Y ahora, querido señor, si tiene usted algunas horas disponibles y es amante de lo inédito en materia de deportes, le prometo algo sensacional en este tema, ¿verdad, George?

¡Un extraordinario personaje aquel anfitrión! La risa estremecía la pechera de su camisa de blancura deslumbradora. Altísimo —medía por lo menos metro ochenta—, toda su persona respiraba buen humor. Los rojos cabellos ensortijados rodeaban de una apagada aureola su voluminosa cabeza asentada sobre un cuello enorme; tenía rostro carnoso sembrado de pecas, ojos azules parpadeantes bajo unas enmarañadas cejas rojas y una amplia boca, que mostraba toda la dentadura al reír. Lord Mantling —como su propia casa— producía impresión de solidez oculta bajo la frivolidad. Con su enorme ópalo en el dedo meñique, su traje bien cortado y de una elegancia muy personal, adaptábase perfectamente a la decoración de aquella estancia, hecha de toscos tejidos y de vieja encina inglesa. Con ademanes de prestidigitador abrió una caja de cigarros y la pasó entre los presentes; después se echó de nuevo a reír.

—Esa idea me sedujo —dijo—, por más que no le agrade a Guy y no signifique nada para ese tonto de Bender. ¡Pero el que no debíamos hablar de ello a Judith, es cosa que sobrepasa mi imaginación! Sea lo que fuere, esta noche hago mi aparición... como príncipe de Bohemia... Conozco a Stevenson y las *Nuevas mil y una noches*; piense usted lo que quiera, pues, sin duda, no me toma por un fino letrado, pero es el título lo que me agrada. ¡Algo asombroso!

Mantling se restregó las manos, cloqueando de regocijo.

—Bueno, ya es tiempo de concluir con estas tonterías. ¿Está dispuesto a divertirse un poco, señor?

Tairlaine se sentó.

—Estoy muy agradecido a Florizel de Bohemia —dijo—, pero me gustaría conocer de antemano la naturaleza de las emociones deportivas que piensa usted

proponerme. Si mis recuerdos no me engañan, la primera de las aventuras atribuidas a su homónimo es aquélla en que se dirige con su escudero al Club de los Suicidas y sacan cartas para saber quién...

Se detuvo repentinamente. Lord Mantling, con un gesto brusco, acababa de cerrar la tapa del cofrecillo de cigarros.

—No había contado con un adivino —dijo—. ¿No es cierto, George?

Tairlaine advirtió que la mirada de aquellos pálidos ojos podía ser desconcertante.

—¿Sabía usted, por casualidad, algo? No oí muy bien su nombre: el doctor... no sé quién... ¿Es usted médico?

Tairlaine hubiera jurado que la mirada de su interlocutor expresaba, ahora, una cierta desconfianza, pero no tuvo tiempo de profundizar en sus observaciones, porque sir George intervino. Presentó a Tairlaine con todos sus títulos y calidades y sin ocultar que mantenía relación con él.

—Y ahora pienso —prosiguió George—, nada tiene de sorprendente, después de todo, que haya caído usted sobre él, Mantling. ¡Pardiez! ¡Recuerdo! Me había usted dicho que vendría probablemente a verme esta noche, Michael, y como vivo a dos pasos de aquí... Lo siento, pero me olvidé por completo...

«Torpe explicación», pensó Tairlaine. George era más hábil cuando estaba turbado, y se preguntó por qué su amigo creía necesario obrar con tanta circunspección con aquel hombre, y cuál sería el origen de su turbación. Mantling había recobrado su buen humor y su ruidosa alegría.

—No se incomode por mis maneras —declaró con una amable sonrisa—; se deben, probablemente, a una permanencia excesivamente larga en los bosques. Vea usted, no me gustan los médicos, aunque el prometido de Judith pertenezca a esa corporación. ¿Un cigarro?... ¡Ah! ¿Tiene usted uno? Pero, entre nosotros...

Se inclinó sobre el escritorio y adoptó un tono confidencial para añadir:

—¿Qué es lo que pudo sugerirle la idea de hablar de naipes?

—Pues la primera aventura de las *Nuevas mil y una noches*, y también...

Se interrumpió.

—¿Y también?

Vacilando, Tairlaine le refirió el incidente de las cartas esparcidas por tierra. Mantling apretó el botón de un timbre, luego avanzó hacia la puerta que daba al vestíbulo y la abrió como si tendiese una trampa al mayordomo. Sir George aprovechó ese instante para cuchichear al oído de Tairlaine:

—¡Por el amor del cielo, no hable de médicos!

Vacilaba aquél entre el atractivo que la aventura empezaba a ejercer sobre él y el sentimiento de que todo aquello podía quizá no ser sino una bien preparada farsa. Pero Mantling no daba impresión de eso. Cuando apareció el mayordomo, le preguntó:

—Dígame, Shorter, ¿ha visto usted las cartas que acaban de arrojar en el vestíbulo hace un momento?

—Sí, señor.

—¿Y cuál es su opinión?

El criado titubeó.

—El mazo estaba colocado probablemente encima del armario, señor; alguien debió tropezar con el mueble, al pasar, y las cartas cayeron... La... persona ha debido de entrar en el comedor, creo. Recogí las cartas.

—¿Quién era esa persona?

—No sé, señor.

—¿Y qué hacían esas cartas encima del armario?

—No estaban la última vez que miré. Yo había puesto un paquete nuevo, en su caja, en el interior del armario, preparado para esta noche, como usted me lo había ordenado, señor. Supongo... supongo que han debido llevárselas.

—Así parece —dijo Mantling sin reflexionar.

Volvió a su sitio con paso resuelto y descargó un vigoroso puñetazo sobre su escritorio.

—A propósito, ¿dónde están los otros?

—El señor Carstairs y el señor Ravelle están en el salón, señor. El señor Bender todavía no ha bajado; el señor Guy y la señorita Isabel, tampoco. La señorita Judith ya salió con el doctor Arnold.

—¡Bien! Deseo que se ocupe usted de una cosa, Shorter: necesitamos un juego de cartas nuevo esta noche, un juego cuyo sello esté intacto. Es todo, puede usted retirarse.

Una vez que la puerta se cerró de nuevo, se volvió hacia Tairlaine, que empezaba a preguntarse si no se hallaría en un garito clandestino. Mantling pareció adivinar su pensamiento y sonrió, haciendo girar el anillo en su dedo.

—Se sorprende usted de que adopte tantas precauciones —dijo—, pero no tiene por qué inquietarse, señor. Se le ha pedido que venga aquí en calidad de testigo, para que se asegure, en cierto modo, de que se hace juego limpio. Pero usted no tendrá que tomar parte efectiva.

—¿En el juego?

—Sí. Ha visto que estamos obligados a tomar precauciones para que las cartas no estén marcadas. Nuestra intención es jugar esta noche un juego que encierra un terrible peligro: vamos, en efecto, a elegir una carta cada uno para que la suerte designe quién ha de morir en las dos horas siguientes.

La casa del verdugo

La risa de Mantling resonó; miró de hito en hito a su invitado, como si este último se hallase sometido a una prueba. Tairlaine sufrió el examen contemplando con inocencia su cigarro. De no mediar la presencia de sir George, se hubiera creído en una casa de locos.

—Comprendo —observó—. ¿Se trata de un nuevo Club de los Suicidas?

Mantling mostró una sonrisa de admiración.

—¡Portentoso! —exclamó, moviendo la cabeza—. De nuevo he de pedirle disculpas; soy muy mal educado. No, no está usted en el Club de los Suicidas. Es una cosa insensata, en mi opinión, pero me agrada bastante. Y ahora..., al grano.

—Ya era hora —gruñó sir George—. Escuche...

—¡Paciencia! —interrumpió el otro en tono breve—. Referiré la historia a mi manera. Mi hermano Guy es el anticuario de la familia y posee todos los detalles; él le informará de los más lúgubres. Pero yo soy el jefe de la familia y como tal seré quien abra el baile. Esta casa fue construida en 1751 por el padre de mi abuelo; seis generaciones se han sucedido después. En el momento de su construcción no poseíamos aún ni título ni gran fortuna. El único objeto del juego que vamos a disputar esta noche es una de las habitaciones de esta casa..., una habitación situada al extremo de un pasillo que desemboca en el comedor; una habitación que ha estado cerrada y asegurada con tornillos de quince centímetros en los montantes de la puerta desde 1876, año de la muerte de mi abuelo. Nadie ha puesto los pies en ella desde entonces; nadie, por otra parte, sintió deseos de hacerlo, y es probable que, de no ocurrir cierto acontecimiento, jamás habría entrado alguien. ¡El cuarto de Barba Azul! Personalmente, yo siempre tuve ganas de entrar. No era todavía más que un chicuelo cuando me dije: «¡Hala, muchacho, así que el viejo haya rendido su alma a Dios y heredes su lote, meterás la nariz en esa habitación, y aunque el mismo diablo esté ahí, no morirás en dos horas!». Pero el viejo lo pidió —añadió Mantling, descargando un puñetazo sobre la tabla con un gruñido de admiración—. ¡Y formalmente! Fue una de las condiciones del testamento. Mi padre, fiel al principio del derecho de primogenitura, me legó todo, pero con la condición de que nadie penetrase jamás en esa pieza hasta el momento en que la casa fuese demolida. Por supuesto, yo no iba a matar con mis propias manos la gallina de los huevos de oro; así que respeté hasta hoy la voluntad de mi padre. Pero ¿sabe usted lo que ha ocurrido? El viejo Mayfair está camino de desaparecer para dejar paso a inmuebles de renta o cines. Esta propiedad, por otra parte, es una verdadera carga para mí; a nadie le agrada, salvo a Isabel y Guy, y podría comprar una isla entera con lo que pago de impuestos. Una sociedad inmobiliaria acaba de ofrecerme veinte mil libras por el terreno solamente. He aceptado. Van a empezar la demolición dentro de quince días.

Ya nada se opone, pues, a que abra la habitación de Barba Azul.

Se inclinó sobre el escritorio, cuyos dos extremos asió con fuerza, como si fuera a empujarlo hacia adelante, y miró con fijeza a Tairlaine.

—Y ahora, voy a formularle una pregunta. Ha oído usted hablar de mi padre; ¿cree que el viejo Mantling, el gran industrial, era supersticioso?

—No conociéndole personalmente...

—¡Puedo afirmarle que no lo era! George se lo dirá.

Se volvió hacia el baronet, que aprobó con un movimiento de cabeza.

—Era el hombre más sensato, el menos imaginativo que nunca haya yo conocido, pero daba por cierta la leyenda. ¿Y qué decirle de mi abuelo? Fue él quien fundó nuestra fortuna sangrando a la mitad de la canalla de Manchester durante el período conocido bajo el nombre de Revolución Industrial; no sólo creía, sino que murió en esa pieza, y del mismo modo que los otros. Por eso, mi padre la hizo condenar. Le refiero todo esto para mostrarle que no es cuestión de un maleficio ni de un aparecido cualquiera. No hay fantasmas en esa habitación, pero han hallado —y puede hallarse todavía— la muerte... ¿Otro vaso de jerez?

Durante el largo silencio que siguió, Tairlaine cambió una mirada con sir George, y preguntó después tranquilamente:

—¿Y qué clase de muerte?

Mantling lanzó un bufido.

—Por el veneno, amigo, sin asomo de duda. ¡Bah! Uno de los médicos habló de terror mortal, pero es una tontería. Hay veneno en alguna parte de la habitación, quizá en un mueble...

Se diría, por la violencia de sus palabras, que procuraba convencerse a sí mismo. Forzaba a sus huéspedes a beber, lo mismo que si descargara latigazos, para estimularlos.

—Les aseguro que no se trata de una cacería de aparecidos, sino de una cuestión de ciencia pura. Veneno —como en esas sortijas que se ven en los museos italianos —, un inocente apretón de manos..., una aguja emponzoñada disimulada en la sortija y le envían a usted al otro mundo...

Hizo un gesto.

—Pero —dijo Tairlaine—, he oído decir que la mayoría de esas historias de venenos del tiempo del Renacimiento son fábulas inventadas en todas partes o groseras exageraciones. Sé que el *anello dellamorte* existe, y he visto varias de esas sortijas en Florencia, pero...

—No son fábulas ni exageraciones —respondió sir George—. Nuestros sesudos historiadores modernos, pretendiendo cambiar completamente la opinión acerca de la moralidad de las gentes del pasado, otorgan un diploma de virtud a los tenidos hasta aquí por notorios malvados y acaban con las mejores reputaciones; además, se niegan

a admitir todo conocimiento científico que no figure en nuestros manuales... Me acuerdo de un imbécil que escribía solemnemente que los Borgias, por ejemplo, empleaban únicamente el arsénico blanco y en pequeñísima cantidad. Es una estupidez: el arsénico no obra directamente sobre la sangre; una punta envenenada de esta manera no sería más peligrosa que un grano de sal. Y sin embargo, el *anello della morte* es más antiguo que Venecia. Aníbal y Demóstenes lo utilizaron para suicidarse.

—¿Entonces? —preguntó Mantling.

Sir George se pasó la mano por la frente y continuó con obstinación.

—No pongo en duda la posible existencia de un veneno violento que actúe directamente sobre la circulación de la sangre. Digo, sencillamente, que no lo hay en ese cuarto; ha dicho usted que su padre...

—Voy a abordar ese punto —dijo Mantling, que a todas luces consideraba a su cargo el papel principal—, si me permite usted continuar. Como decía, esta casa fue construida por mi augusto antepasado Charles Brixham en 1751. Durante cuarenta años, nada anormal pasó en ese cuarto, del que había hecho su despacho. ¿Me sigue? En 1793, su hijo Charles volvió de Francia con su mujer, una francesa que traía consigo un vagón completo de chucherías y mobiliario; una mezcla de baldaquinos, tapices, muebles tallados y dorados, alacenas, armarios... ¡y qué sé yo cuánto más! Le cedieron esa habitación a la joven, y su marido murió en ella. Le encontraron una mañana con la cara toda negra; fue, creo, en 1803.

—Disculpe mi interrupción —dijo Tairlaine, observando a Mantling—. ¿Esa habitación fue convertida en dormitorio?

No comprendía por qué el rostro de Mantling había variado de expresión a esta altura de su relato y por qué parecía respirar con esfuerzo.

—Era un dormitorio —respondió Mantling, recobrando su sangre fría, como si hubiese rechazado en su interior un pensamiento penoso—. Tenía... una gran mesa y algunas sillas... —arrojó una aguda ojeada a sus huéspedes—, pero era un dormitorio. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Su mujer fue víctima también?

—No, había muerto un año antes de una enfermedad, pero muy naturalmente. Hubo después tres muertes extrañas. El segundo Charles, aquel del que acabo de hablarle, tenía dos hijos gemelos, uno varón y una mujer. Ella murió en ese cuarto, hacia 1820, la víspera de su matrimonio, y de la misma manera. La leyenda tomó cuerpo en esa época.

—Un momento —dijo sir George—. ¿La habitación había sido ocupada en el intervalo?

—¡No! Fue un capricho... ¡Por todos los diablos, no sé más! Pregunte a Guy. Esa joven fue la primera persona que quiso acostarse en el cuarto después de la muerte de

su padre. Una criada la halló muerta antes de transcurridas dos horas de haber entrado. Las más absurdas historias comenzaron a circular. Se cerró la habitación y nadie la utilizó hasta el día en que un socio de mi abuelo, un francés, de tránsito por aquí, insistió en pasar la noche en ella. Éste ni siquiera se metió en la cama: al día siguiente por la mañana lo hallaron extendido, rígido, muerto, delante de la chimenea. Recuerdo la fecha de esa muerte porque fue el año de la guerra francoalemana de 1870. Mi abuelo quiso intentar la experiencia seis años más tarde, y murió. Le oyeron gritar, me refirió mi padre, y ya sufría convulsiones cuando llegaron para auxiliarle; intentó vanamente señalar alguna cosa, pero no pudo hablar.

Mantling, que caminaba de un lado para otro, se detuvo bruscamente.

—Llegamos ahora a lo más infernal de la historia. Mi padre tenía entonces veinte años y era un hombre lleno de sentido común. Hizo lo que mi abuelo se había obstinado en no querer realizar a despecho de todos los ruegos: el examen completo de la estancia. Se puso en contacto con la casa francesa Ravelle y Cía., la más reputada de la época y que había fabricado el mobiliario muchos años antes. El viejo Ravelle en persona vino de París acompañado de dos peritos. Revisaron la habitación de arriba abajo, no dejando escapar a su examen la más pequeña escultura, el menor centímetro de tela, buscando por todo lugar la trampa o la aguja mortífera. Pero...

—¿Sin resultado? —inquirió sir George.

—Sin ningún resultado. Mi padre contrató entonces arquitectos, albañiles, que investigaron a su vez. Quitaron la araña, las colgaduras, sin hallar nada capaz de dañar a una mosca. ¡Y, sin embargo, ese «nada» ha matado a cuatro personas en plena salud, personas tan vigorosas como usted o como yo!

Se calló, la mirada fija; prosiguió después:

—La explicación existe, sin duda alguna. Quizá se trate simplemente de una burla macabra. ¡Pero aunque el diablo ande en ello, todo lo descubriremos esta misma noche! Comprende usted lo que he hecho, ¿no? He reunido a todas las personas directamente interesadas en este enigma y a dos extraños: Guy, mi hermano menor, y mi tía; George Anstruther, uno de mis antiguos amigos; Bob Carstairs, mi camarada de los bosques, un muchacho dotado de sangre fría y mucha presencia de ánimo; el joven Ravelle —esto por la parte técnica—, un pariente del que vino aquí en otro tiempo, francés como él y bastante simpático. Por consiguiente, un grupo de personas perfectamente sanas de espíritu..., ¡tan sanas, pardiez, como lo soy yo mismo!

Reanudó sus paseos, frunciendo sus carnosos labios.

—Y, para concluir, estará también Bender...

—A propósito —dijo sir George, en tono distraído—, ¿quién es exactamente ese Bender?

—¿Bender? Un hombrecillo bastante tenebroso, de maneras untuosas. La clase de individuo que agrada a las mujeres, uno de esos malditos monigotes... ¡Así se los

lleve el diablo!

Dejó oír una risa gutural.

—Lo conoce usted, ¿no?

—Sí, pero quería informarme acerca de lo que sabía usted de él.

—¿Lo que sé acerca de él? No gran cosa. Es un nuevo protegido de Isabel, un artista, parece ser, que viene de provincias o de cualquier otra parte. ¿Por qué?

—Simplemente curiosidad. Continúe exponiéndonos su plan.

—Sí. Para concluir con este asunto, quise tener dos extraños; uno había de ser designado por el azar, por lo que ordené a Shorter apostarse en la puerta a las ocho en punto, detener al primer transeúnte presentable e invitarle a comer.

Mantling señaló a Tairlaine con un movimiento de cabeza.

—Es usted mismo. El segundo extraño fue escogido tras madura deliberación: ¡ya debía estar aquí, el animal! Les daré únicamente sus iniciales, debe bastarles. ¿Oyeron alguna vez hablar de H. M.?

George se sobresaltó.

—¿Sir Henry Merrivale? ¿El hombre del Ministerio de la Guerra? ¿El que...?

—Que capturó al asesino de White Priory. El gran Merrivale, el as del póquer —concluyó Mantling con satisfacción—. Le conocí en el Club Diógenes. Va a venir, y si algo sospechoso hay en este asunto, con él cuento para descubrirlo.

Tairlaine ya había oído hablar con admiración de sir Henry Merrivale por su amigo John Gaunt y uno de sus alumnos, Bennet.

—Cuando llegue —prosiguió Mantling—, iremos los cuatro a la habitación de la que les he hablado. Haré abrir la puerta, quitar los tornillos y efectuaremos una primera inspección. El cuarto estará en lamentable estado, pero poco importa... Después comeremos. Les he dicho que esa habitación queda al extremo de un pasillo que da al comedor. Después de comer, sacaremos todos una carta para que la suerte designe la persona que pasará allí sola dos horas. Digo todos, con excepción de los dos extraños y de Isabel.

Sir George se sentó en un sillón de cuero.

—Dígame... ¿Ideó usted lo de echarlo a suertes con las cartas?

Mantling le lanzó una mirada penetrante.

—No, yo no, y lo lamento. Quería pasar yo mismo dos horas en el cuarto, pero Bob Carstairs me dijo, y fue una buena idea: «Oye, amigo, ¿por qué no tomar este experimento como un deporte y dejar a todos probar nuestra suerte? Exceptuaríamos a Judith». Es mi hermana pequeña...

—¿Por qué hacer una excepción con Judith? Tiene más de veinte años...

Mantling dio una brusca vuelta y Tairlaine tuvo la impresión de que reprimía una exclamación de cólera.

—Me parece que se ha vuelto usted de pronto muy inquisitivo. ¿Por qué? ¿Por

qué? ¿Por qué? No sabe decir otra cosa. ¿Por qué? Porque es el mejor modo de obrar, según mi opinión. Se fue a comer con Arnold y cuando vuelva todo habrá concluido.

Se detuvo repentinamente, herido por sus propias palabras.

—De todas maneras, uno de nosotros, el que saque la carta más alta, irá a la habitación. Los demás permanecerán en el comedor y cada cuarto de hora llamaremos al prisionero voluntario para asegurarnos de que todo marcha bien. Ahora, no me abrume más con sus eternas preguntas.

—Sin embargo, no estaría fuera de lugar preguntar —replicó sir George—, por qué trataron de marcar los naipes.

—¡Absurdo! Los hicieron caer por casualidad del armario...

—¿Después de haberlos sacado de su caja? No, no, amigo, eso no cuela. La maniobra está bien clara, alguien trata de que otro saque la carta alta...

Mantling respiró profundamente.

—¿Piensa, entonces, que hay peligro? —preguntó.

—Quisiera saber lo que piensa Gaunt para formarme una opinión. ¡Oh!, no se preocupe —dijo George con un gesto de impaciencia—, no pienso irme. A propósito, ¿ese cuarto tiene un nombre?

—¿Un nombre?

—En las casas de importancia —respondió George— suele darse un nombre a las diferentes piezas, para distinguirlas. Un nombre puede a veces suministrar una indicación, un indicio interesante...

—Lo llaman el Cuarto de la Viuda. ¿Le dice algo? Al diablo si conozco la razón, a menos que este nombre aluda al mortífero poder del lugar.

Una tranquila voz se alzó.

—¿Por qué no decir la verdad, Alan? Conoces perfectamente la razón.

Merced al espesor de las alfombras que cubrían aquella casa, nada había traicionado la proximidad de un recién llegado. Mantling, habituado sin duda a sorpresas de esta especie, no manifestó emoción alguna, pero Tairlaine se sobresaltó.

Una mujer muy delgada, de altos hombros, permanecía de pie en el hueco de la puerta. Era imposible atribuirle una edad..., cincuenta años, quizá; pero lo mismo hubiera podido tener diez años más que menos. Su largo y delgado rostro no ofrecía nada de anguloso ni de marchito; poseía una nariz aguileña semejante a la de su sobrino, labios burlones, y unos cabellos cortos y aplastados formábanle como un casco plateado sobre la cabeza. Tairlaine observó que hubiera podido ser hermosa y atrayente al menos, a condición de que cerrase sus ojos. Eran éstos de un azul tan pálido, que el iris casi se confundía con el blanco; su mirada singularmente fija parecía la de un ciego. Su voz, melodiosa con exageración, recordaba las entonaciones de los locutores de radio.

—Puesto que has invitado a estos señores —prosiguió, mirando a Tairlaine con

inesperada simpatía—, es preciso, al menos, ser franco con ellos.

Avanzó hacia él, la mano tendida.

—El doctor Tairlaine, creo. Shorter me ha dicho su nombre. Soy Isabel Brixham, la hermana del difunto lord Mantling. Encantada de darle la bienvenida a mi... a nuestra casa. Buenas noches, sir George.

—Graciosa anfitriona —dijo Mantling, rompiendo a reír—, ¿qué deseas? Bueno, responde, Isabel...

Lo ignoró ella, y volviéndose hacia el hombre que se mantenía a sus espaldas, prosiguió:

—Permítanme presentarles al señor Bender, uno de nuestros buenos amigos.

Más tarde —probablemente no haya que ver en esto sino una impresión subjetiva sin valor—, Tairlaine sostuvo siempre haberse sentido absolutamente seguro, desde que percibió a Bender, del cercano terror y de las mortales maniobras que iban a suceder. Impresión irracional, porque nada en el aspecto de aquel hombre agradable podía sugerirlo. Era bajito, muy cuidado, con cabellos negros escasos y un rostro enérgico, bajo cuya voluntaria calma parecía como si quisiese ocultar su viva inteligencia; producía el efecto, sin embargo, de sentirse incómodo y se manifestaba su excitación nerviosa por un modo de pasar su lengua contra su mejilla, por su forzada sonrisa y el temblor de su mano. Quizá la impresión de Tairlaine deba atribuirse al ligero abultamiento del bolsillo interior del traje de Bender. La idea de un arma cruzó por su mente, aunque el saliente era demasiado plano. ¿Un frasco, entonces? ¿Alcohol para infundir ánimo? No, el bolsillo era demasiado pequeño. Por lo demás, ¿a qué estrujarse el cerebro?...

—Ya conocía al señor Bender —dijo sir George—. Me parece usted un poco fatigado. ¿Ha trabajado mucho hoy?

Bender le miró.

—Así lo creo, al menos —respondió, esforzándose en sonreír—. El trabajo es algunas veces aplastante, ya sabe usted; pero me agrada, y la señorita Brixham ha sido lo bastante buena para alentarme.

Sir George le respondió en un tono de jovialidad que no armonizaba con la expresión de su cara.

—Sí, no me sorprende. Pero es preciso que no se esfuerce usted demasiado. ¿Piensa exponer pronto?

—Dentro de muy poco —respondió la señorita Brixham con calma—, pero no es el momento de hablar de ello.

Sobrevino un extraño y pesado silencio, que sólo Mantling parecía no advertir. Daba vueltas impaciente por la habitación, la que parecía llenar con su movilidad; de pronto se detuvo ante uno de los estantes, volvió a poner en su sitio un jinete de bronce y alzó los ojos para mirar dos lanzas cruzadas detrás de un escudo de piel de

buey. En el instante en que levantaba la mano para enderezar una de ellas, le dijo Isabel Brixham con voz demasiado melodiosa:

—A menudo he expresado el deseo, Alan, de verte renunciar al manejo de esas armas emponzoñadas. Les he prohibido a los criados que las toquen.

Mantling dio una brusca media vuelta; sus ojos brillaban de cólera.

—Y yo he expresado el deseo de verte renunciar a decir tonterías —exclamó, imitando su tono—. Si tú has dado esa clase de órdenes, *yo mismo* daré las órdenes contrarias... ¿Puedo preguntarte ahora, con toda humildad, qué haces aquí? Mi padre no toleraba las faldas en su escritorio y yo tampoco. ¿Está claro?... Por otra parte, tu observación es ridícula. Estas armas no están emponzoñadas. Arnold ha revisado todas las flechas.

—Pero no ha revisado las otras chucherías —respondió fríamente la señorita Brixham.

—¿Éstas? —dijo Mantling, golpeando las lanzas con el dedo.

—Sí. Y ya que me preguntas qué he venido a hacer aquí, voy a decírtelo: primeramente, quiero saber por qué permaneces en este cuarto, en lugar de ir a reunirte con los otros invitados en el salón. Después insisto, como miembro de la familia de más edad y sensatez, si esto es posible, en participar en este ridículo juego.

Mientras hablaba, tuvo Tairlaine la extraña impresión de que la señorita Brixham poseía dos rostros, uno, que volvía hacia Mantling y cuya expresión no podía ver, y otro, animado por una encantadora sonrisa, cuando los miraba.

—Sí, si te obstinas en echar esas cartas, quiero tentar también mi suerte... Tomen asiento, señores. Espero que pronto se reunirán en el salón... En fin, Alan, ¿por qué careces de franqueza?

—¿De franqueza?

—¿Por qué no refieres a nuestros invitados la historia completa? Has negado, por ejemplo, saber por qué dieron semejante nombre a esa habitación. ¿Por qué?

En el ancho rostro de Mantling, sus párpados orlados de rojas pestañas, se entornaron.

—Quizá porque no me siento más orgulloso de mis antepasados que de mis parientes vivos —dijo, escondiendo sus palabras.

Se volvió ella suavemente hacia los demás, sin abandonar su amable sonrisa ni su expresión; sus pálidos ojos se posaron en el rostro de Tairlaine con enervante fijeza.

—Les diré yo entonces, señores —prosiguió—, que en la época de la Regencia nuestra casa fue bautizada en broma, creo que el regente^[1] mismo fue el autor de ello, La Casa del Verdugo. Respecto al Cuarto de la Viuda, Alan no les ha dicho todo.

Jugaba como al descuido con un collar de coral, que enrollaba alrededor de su muñeca.

—Primitivamente lo llamaron el Cuarto de la Viuda Roja... ya comprenden

ustedes: la Viuda Roja... es la guillotina.

Sonrió de nuevo. Tairlaine se estremeció violentamente; resonó un golpe asestado a la puerta.

—Sir Henry Merrivale, señoría —anunció Shorter.

Delante de la puerta

De modo que allí estaba el gran H. M., del que Tairlaine tanto había oído hablar al joven James Bennet; H. M., el antiguo jefe del contraespionaje inglés; H. M., tan totalmente desprovisto de vanidad, que sentía horror de mostrar su bondad natural y que usaba calcetines blancos. Su enorme silueta se recortó en el marco de la puerta, con su cráneo calvo, su cara de Buda, sus gruesas gafas cabalgando en la punta de la nariz y los ángulos de su boca contraídos como si sorbiese un huevo podrido. Una atmósfera de sentido común parecía acompañarlo. H. M., que era a la vez médico y abogado, hablaba con una especie de regañona afabilidad.

—Buenas noches —dijo agitando su enorme brazo—. Espero no haberme retrasado. Siempre se me retiene; nadie parece sospechar que tengo ocupaciones. Estaba en el Club Diógenes; el viejo Fenwick ha inventado una palabra cruzada latina y Lendinn insistió en discutirla conmigo. La respuesta era «*Enchiridion*». Eso es, el seis horizontal, una palabra de once letras que significa un pequeño manual de oraciones mágicas inventadas por León III y ofrecidas a Carlomagno en el 800... Eso le dije a Lendinn, pero él quiso discutir. ¿Cómo le va, Mantling?

Este último le acogió con jovialidad e hizo las presentaciones; la sombra de una sonrisa pasó por el hermético rostro de H. M. cuando estrechó la mano de Tairlaine.

—¡Pero si yo le conozco! Jimmy Bennet, ya sabe, el hombrecito aquél que tuvo aquella historia el año pasado, me ha hablado de usted. También he leído uno de sus libros, no está mal del todo... A propósito, Mantling, vi un artículo referente a ello después de que estuvo usted a verme en mi despacho. ¡No me había contado eso! Parece que ha ido a Rodesia, y que trae el brazalete de pelo...

—Maté mis dos elefantes el año pasado —dijo Mantling—. Pero no volveré. África del Sur se ha convertido en un verdadero parque, donde los leones domésticos se acercan a olfatear los automóviles. Hábleme de América del Sur... de sus cacerías...

—Y de sus venenos —interrumpió Isabel con el tono en que hubiera hablado de un metal delicado y raro—. ¿Y si volviéramos al asunto, Alan? Es usted un gran detective, sir Henry, y he oído hablar mucho de usted.

H. M. volvió hacia ella su enorme masa, pero la expresión de su rostro no varió.

—Su observación es muy interesante, señora. Cuando oímos a una persona expresarse así, significa, por lo general, que desea formular algunas preguntas. ¿Es así?

—En efecto... Dale un vaso de jerez a sir Henry, Alan.

Sus manos se crisparon sobre sus brazos cruzados.

—He oído hablar de usted como de un hombre peligroso y me causa un poco de miedo. He aquí por qué deseo hacerle ciertas preguntas antes de que la ocasión haga

nacer sus interrogantes... ¿Le ha referido mi sobrino la historia del Cuarto de la Viuda?

—En parte, solamente. Me ha dicho lo mínimo para picar mi curiosidad... ¡Diablo de hombre! Vino a interrumpirme con su extraordinaria historia en lo mejor de mí trabajo. Me ocupaba del caso Hartley... En fin, ¡poco importa! Me explicó lo principal y me dijo lo que había hecho su padre para tratar de encontrar la clave del misterio. Pero no sé gran cosa... hasta ahora, señora.

Isabel no mordió el anzuelo.

—Deseo saber si cree que hay un peligro aquí.

—Veamos —dijo H. M., rascándose la frente—; ¿se refiere a un peligro procedente del pasado? ¿Un fantasma o una aguja envenenada? No, señora, no lo creo.

Mantling exhaló un gruñido de satisfacción y un cierto contento se reflejó en el rostro de la mujer.

—Pero, desde luego, no negará usted —prosiguió—, que cuatro personas que permanecieron solas en esa pieza han perecido de muerte violenta cuya causa no podemos comprender.

—¡Extraño! —opinó H. M. en tono meditabundo.

Luego, clavando en la mujer sus ojillos de penetrante mirada, añadió:

—Una palabra me ha chocado en lo que acaba de decirme: *solas*; es la palabra que expresa el enigma, la que me intriga... Admitiendo que esas personas murieran como dice usted, ¿por qué era preciso que estuviesen solas? ¿Era menos peligroso el cuarto si tres o cuatro personas a la vez pasaban en él más de dos horas?

—Puedo afirmarle —respondió Mantling— que, cuando se encerraba más de una persona, el cuarto era absolutamente inofensivo. Mi abuelo hizo el experimento con aquel francés que vino a verlo por asuntos de negocios y murió después en ese mismo cuarto; pasaron varias horas juntos y nada se produjo. Pero el francés se quedó solo y murió al poco tiempo de haberse separado de mi abuelo.

—¡No es posible! —exclamó H. M.—. A propósito, señora —prosiguió, dirigiéndose a Isabel—, ¿cómo se llamaba ese francés?

Por vez primera los pálidos ojos se contrajeron al punto de parecer que ya no tenían párpados.

—En verdad, lo ignoro. Guy podrá quizá informarle. ¿Es importante?

—Murió ahí... de modo que comprenderá... —explicó H. M.—. ¡Ah!, perfectamente. ¿No me ha dicho usted, Mantling, que uno de sus huéspedes de esta noche sería también un francés?

—¿Se refiere a Ravelle? Así es. Pero ¿qué encuentra de anormal en este hecho? Es un muchacho muy simpático... ¡un francés rubio, imagínese usted!... Cosa bastante rara... ¿Un poco de brandy?

Se volvió de pronto, el vaso en la mano, con una curiosa expresión en el rostro.

—¡Bueno! ¿Qué encuentra de insólito en Ravelle?

—Me preguntaba simplemente... si, por ejemplo, no le habría ofrecido comprar una parte del mobiliario de ese cuarto...

Mantling abrió desmesuradamente sus ojos:

—¿Cómo lo ha adivinado? Es extraordinario. En efecto, me ha hecho un ofrecimiento de ese género.

—¿Por un mueble en particular?

—No, no precisamente. Me habló de echar una ojeada si me decidía a vender... ¡Espere!... pues sí, mencionó una mesa o sillas...

—Más valdría venderlos a madame Tusseau^[2] —dijo Isabel.

Las palabras sonaron extrañas y sólo H. M., que mantenía las manos cruzadas sobre su enorme vientre, no manifestó la menor sorpresa.

—Me hacía la misma reflexión, señora, y creo que la cuchilla de la guillotina ya está en el museo Tusseau. Pero dejemos esto por el momento... Deseo obtener algunos informes acerca de su sobrina, señora. ¿Cómo se llama?... Judith, ¿no? Una linda chica. ¿Por qué no la autorizaron a asistir a la experiencia de esta noche?

La mirada de la señorita Brixham expresó una alegría contenida.

—Sabe, sin duda perfectamente, por qué no está aquí. Pero voy a revelar lo que mi sobrino jamás tendría el valor de decir... Judith no ha sido autorizada a permanecer aquí porque probablemente habría avisado al doctor Arnold.

—Ya he oído ese nombre —refunfuñó H. M.—. Es el médico alienista, ¿no? Bien. ¿Y qué?

Mantling había palidecido tras sus gafas. De pronto, el tranquilo Bender dejó oír un murmullo de protesta y se precipitó hacia Isabel Brixham; en el mismo instante, la gruesa mano de H. M. le asió por la solapa de su esmoquin.

—Calma, amigo, tenga cuidado, que poco ha faltado para que tirara esa lámpara... Bueno, señora, ¿qué inconveniente hubiera habido en que el doctor Arnold fuese informado?

—Habría impedido lo que la policía es impotente para prohibir, empleando, en caso de necesidad, la violencia, porque no podemos permitirnos el lujo de un escándalo.

Buscaba sus palabras como quien elige en una canasta las frutas más en sazón.

—Porque —añadió sonriendo— hay un loco en esta casa.

Sobrevino un largo silencio; después estalló el trueno.

—¡Qué infame mentira! —exclamó Mantling.

—Escúcheme hasta el fin —prosiguió la mujer—; y tú, ten la amabilidad de no interrumpirme, Alan. Semejante declaración, hecha a la policía, parecería evidentemente absurda a primera vista, porque se funda en la muerte de un loro y de

un perro.

Exhaló un prolongado suspiro.

—Mi loro fue estrangulado hace ocho días, en esta casa... ¡Pobre Billy! Un loro, parece estúpido, ¿no es cierto? Pero ustedes, los hombres, quieren sin embargo a los perros. Pues bien, el pequeño foxterrier de Judith ha desaparecido; creyó que se había escapado, y no la desengañé; pero he hallado al animal en la basura, ¡Dios sabe en qué estado! Se sirvieron para matarlo de un instrumento cortante.

La señorita Brixham se tambaleó, agitaba sus rodillas un irresistible temblor; estaba muy pálida. Bender se precipitó para ofrecerle un asiento.

—Déjeme tranquila —le dijo, rechazando la mano que le había puesto sobre su muñeca—. Me siento muy bien y quiero continuar. Si Alan hubiera sido franco con ustedes, señores, les habría dicho que la locura es hereditaria en nuestra familia. Charles Brixham, el que trajo aquí a su mujer y murió en el cuarto fatal en 1803, estaba loco desde hacía años. Padecía de lo que llaman ahora manía homicida; había sido ésta provocada por una causa particularmente horrible de la que Alan debió hablarles. Guy se encargará de hacerlo.

Alzó las manos y las dejó caer otra vez sobre sus rodillas.

—No hago insinuaciones; afirmo de modo positivo que esa horrible enfermedad ha hecho de nuevo su aparición entre nosotros. Podrán ustedes reírse de un loro estrangulado y hasta burlarse de la inmolación de un perro, ¡pero yo no! Y les advierto que esta noche facilitarán horribles ocasiones a un pobre cerebro desequilibrado que quizá esté en disposición de combinar una farsa... mucho más terrible.

—¿Facilitarle ocasiones? —dijo H. M.—. ¿De quién habla usted?

—No lo sé —respondió ella—, y esto es lo que me atormenta.

Un silencio siguió a sus palabras. Isabel Brixham se levantó.

—Ofrézcame el brazo, Ralph —rogó a Bender.

Prosiguió después con aquella condescendencia un poco altiva y aquel encanto extraño, inquietante, que le era peculiar:

—No quisiera ser pájaro de mal agüero, sir Henry. La advertencia que le he dirigido me basta. Lo esperaré en el salón. No tarde.

Apenas la puerta se cerró, H. M. se inclinó sobre el escritorio y tocó el timbre: apareció Shorter.

—Vaya a decir a Guy Brixham y al señor Ravelle que los necesito inmediatamente. ¡Pronto!

Luego, dirigiéndose a Mantling, agregó:

—Curioso asunto, amigo, muy curioso en verdad; ¿por qué no me habló del loro y del perro?

—Ignoraba la suerte de *Fitz*, pobre diablo —gruñó el otro—. ¡Pero, buen Dios, es

terrible!... Hablo de Isabel: ¿cree usted que está completamente en su...?

—En todo caso abriga la convicción de que alguien aquí no lo está. ¿Sabe usted algo?

—No. ¿Va a dar crédito a estas tonterías? Acabo de enterarme en este momento de la muerte del perro, pero ese loro...

Avanzó el mentón.

—Todo cuanto puedo decirle es que merecía ser estrangulado. Tengo horror a esos odiosos bi... Desde luego, no vaya a interpretar mal mis palabras. Yo no le habría causado el menor daño a ese pájaro, y no he sido yo quien lo ha matado.

—¿Quién es, entonces? ¿Lo sabe usted?

—No. Los criados, quizá; no simpatizan con Isabel y odiaban al loro. Su jaula estaba colgada en el comedor, donde nos rompía los tímpanos con sus gritos... Cada vez que alguien aparecía, chillaba: «¡Ah, usted aquí! ¡Ah, usted aquí!», y se reía como un loco.

Se interrumpió, enrojeció ligeramente y añadió, al abrirse la puerta:

—Oye, Guy, ¿os ha dicho Isabel que alguien mató a *Fitz* y lo arrojó a la basura? Al menos, lo afirma.

Dos hombres acababan de entrar; el primero, aquél al que Mantling acababa de dirigirse, se detuvo repentinamente. De corta estatura, con un sonriente rostro de rasgos demacrados, en parte ocultos tras unas impresionantes gafas negras, tenía una frente elevada, coronada de cabellos rojos y rizados, semejantes a los de su hermano. Aunque unos seis años más joven que éste, una multitud de arrugas enmarcaban su boca risueña. A despecho de la importancia de Mantling y de sus aires soberbios, Tairlaine tuvo la impresión de que el debilucho Guy era mucho más templado. Exhibía éste una inteligente fisonomía, pero ¿y aquella sonrisa?... ¿Era alegría natural, astucia o malicia? Quizá su curiosa expresión procediera de aquellas gafas negras detrás de las cuales sus ojos se movían sin cesar. A Tairlaine no le gustaron aquellas gafas.

Guy mostró una imperceptible vacilación.

—Sí —dijo por último—, me enteré de la muerte de *Fitz*. Pero dime, ¿por qué alzas tanto la voz?

—¿Lo sabías?

—Desde ayer, y temía que Isabel lo descubriese.

—Siempre ocupado en espiar, ¿eh?

—Vamos, vamos, basta de alboroto acerca de esta cuestión —dijo Guy, haciendo un gesto para cortar la discusión—. Entre, Ravelle, que nos necesitan.

—Pues aquí me tiene, amigo —respondió una cálida voz en impecable inglés—. Pero ¿qué ocurre? ¿Quién es *Fitz*?

La perfecta pronunciación de Ravelle y su dominio de la lengua inglesa

subrayaban su aspecto de extranjero. Muy alto, tenía cabellos rubios cortados muy cortos y una cara bastante subida de color, que mostraba, hacia las sienas, una fina red de venas azuladas. Muy bien vestido, casi demasiado bien, avanzó, las manos en los bolsillos, con aire divertido.

—Empiezo a sentir apetito —dijo.

—Pero usted conoce a *Fitz* —dijo Guy, observándole tras sus gafas negras—, es el perrito de Judith; recuerde que lo vio al llegar aquí.

—Sí —respondió Ravelle, luego de un visible esfuerzo de memoria—. Un bonito animal, ¿qué le ha pasado?

—Que alguien lo mató —explicó Guy.

Después, inclinándose ante H. M., prosiguió:

—Usted es sir Henry Merrivale, sin duda; encantado de encontrarlo aquí, señor.

La expresión de su rostro parecía desmentir sus palabras, pero tendió cordialmente la mano.

—¡Voto al diablo!, olvidaba las presentaciones —tronó Mantling—; mi hermano, sir Henry, y ya sabe, naturalmente, quién es el otro.

Intentaba bromear, mas sólo conseguía hablar con visible embarazo.

—Interrogue un poco a Guy acerca de ese perro, H. M.; mi hermano se ocupa de magia, de demonología, de budismo^[3]..., llámele como quiera. No entiendo nada de esas prácticas infernales, pero puede que el perro haya desempeñado su papel, como cuando se mata un gallo negro, tú sabes, Guy, y se queman sus plumas...

Sobrevino un tempestuoso silencio; el semblante de Guy no traicionó la menor emoción, pero dejó escapar su cigarrillo.

—Hoy día —dijo con una voz cuya dulzura parecía contener una amenaza—, se está obligado a disimular hasta la creencia en Dios. Has de permitirme, pues, guardar mis opiniones para mí... Voy a decirle en qué piensa, sir Henry —añadió, variando bruscamente de tema—. Se pregunta, como todo el mundo, por qué uso gafas negras en la niebla londinense: me son indispensables para evitar el intolerable dolor que me produciría una luz no velada.

Mantling parecía incómodo.

—Vamos, Guy —dijo—, ¿no puedes entender una broma? El pobre muchacho parece culparme de su mala vista —continuó, dirigiéndose a H. M.—. Tiene los ojos enfermos desde que lo invité a seguirme en mi último viaje. Creí hacerle un bien.

La mano de Guy tembló ligeramente al recoger su cigarrillo y, por primera vez, Tairlaine observó su frente exageradamente alta y despoblada; se diría que llevaba las gafas en la mitad de la cara.

—Recuerdo muy bien que alguien ridiculizó la idea de llevar cristales especiales para protegerse del sol... Fue una expedición muy interesante, sir Henry. No estaba tentado en absoluto por las secretas hermosuras del bosque virgen o la esperanza de

que el viaje me sentara bien, pero, cuando partí con Alan y Carstairs, habíamos convenido en que yo me detendría en Haití para estudiar las costumbres de ciertas tribus. Alan decidió, sin embargo, que no había tiempo, y debí cocerme durante tres meses en Macapa, bajo un sol tórrido, esperando que volviesen triunfalmente con dos serpientes disecadas y un puñado de flechas que suponían emponzoñadas. Bien sabía que mis gafas le sorprenderían...

—A decir verdad —repuso H. M.—, lo que me sorprende es que todos los habitantes de esta casa parezcan tan deseosos de hablar de armas emponzoñadas, Pero poco importa; tengo otra cosa que preguntarles. Parece usted el más versado en la historia de su familia; es el guardián de los documentos, de los secretos y de los anatemas.

—En efecto.

—¿Se pueden conocer?

—No.

Guy se había vuelto súbitamente muy frío, vaciló.

—Vea, señor, no fue mi intención darle una negativa rotunda. Me alegraré mucho, por el contrario, de transmitirle lo esencial y responder a todas las preguntas que me formule usted.

—Comprendo —dijo H. M. observándolo—. ¿Cómo son transmitidos esos documentos? ¿Al hijo mayor?

Guy se echó a reír.

—Eso apenas le interesaría a Alan —afirmó—. No, se los dan a la persona más capaz de comprenderlos.

—Bien. Hablaré más tarde de la leyenda; dejemos de lado por el momento a Charles Brixham que sería, parece, el primero en morir en el cuarto...

H. M. registró en su bolsillo y extrajo un papel.

—En 1803. Tenía dos hijos: un chico y una chica. ¿Qué sabe del hijo?

—Creo que era un poco débil de espíritu, no loco, compréndame bien, pero... Su hermana se ocupaba de él.

—Murió ésta en el Cuarto de la Viuda la víspera de su matrimonio. ¿En qué fecha exactamente?

—El 14 de diciembre de 1825.

H. M. contempló el techo.

—1825. Veamos, ¿qué ocurrió ese año? Tratados en cantidad. La independencia de Brasil. Nicolás I, emperador de Rusia. Dummond inventa la luz de calcio. Primer viaje de Inglaterra a las Indias en buque de vapor...

—Parece usted notablemente informado —observó Guy, frunciendo el ceño.

—Oh, soy una enciclopedia viviente, amigo, no hay más remedio. Veamos... ¡El año del gran pánico financiero y comercial!... ¿Cuál era la situación de fortuna de su

familia ese año?

—Excelente; me satisface podérselo decir y me es posible suministrarle la prueba.

—¿De veras? Esto significa que tiene usted otra cosa que ocultarme. Así, pues, su hija María muere en ese cuarto la *víspera de su matrimonio*. He aquí lo que me intriga: ¿por qué tuvo súbitamente la fantasía de acostarse en un cuarto, inutilizado de ordinario, en semejante día?

Guy se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Un capricho sentimental probablemente...

—¿Un capricho sentimental que la indujo a pasar la noche precedente a su matrimonio en el cuarto en que su padre había muerto loco? ¡Extraño! ¿Con quién debía casarse?

—Con un tal Gordon Bettison. No sé absolutamente nada respecto a él.

H. M. escribió cuidadosamente el nombre en un papel.

—Veamos ahora la víctima siguiente, el francés que murió en 1870. ¿Cómo se llamaba?

Se produjo una especie de cloqueo a espaldas de Guy.

—Era mi tío segundo —dijo Ravelle, con una afabilidad inesperada—; es decir, el tío de mi padre. Una siniestra historia, ¿eh?

Se pavoneaba con las manos en sus bolsillos y su rostro encarnado con las venas abultadas le daba casi el aspecto de un borracho.

—¡Muy interesante! ¿Formaba parte de su firma de muebles?

—Dirigía nuestra sucursal de Tours. Sí, el viejo Martin Longueval Ravelle. Llevo el mismo nombre de pila que él; comprenderá usted por qué me interesa tanto el cuarto encantado.

—¿No tiene usted otra razón? ¿Una razón comercial, por ejemplo?

—Es decir... Mi padre, que en otra época examinó el mobiliario a petición de Alan, me dijo que si un día tenía ocasión, hallaría aquí muchas cosas de valor. Pero soy, sobre todo, un amigo de la familia...

—Martin Longueval —refunfuñó H. M.—. ¿Qué clase de negocio podía tratar con Mantling?

—A fe mía que no lo sé. No creo, por otra parte, que estuvieran en relaciones de negocios. Mi tío segundo amaba quizá, muy sencillamente, Inglaterra y el whisky —dijo Ravelle, rompiendo a reír.

H. M. volvió el papel a su bolsillo.

—Bueno —manifestó—, estoy a sus órdenes. ¿No ha dicho que iríamos juntos a abrir el cuarto condenado? Ya es tiempo, si queremos concluir antes de la cena.

Mantling acogió con entusiasmo la propuesta. Buscó tijeras, martillo y destornillador en un cajón, y tiró de un segundo cajón.

—Esto es para abrir la puerta y ahuyentar a los fantasmas —exclamó blandiendo

una enorme llave que mostraba señales de herrumbre—. Felizmente no estaba emponzoñada, porque si no, habría muerto al limpiarla. ¿Dispuestos? En marcha.

Con gran sorpresa de Tairlaine, Guy no formuló ninguna objeción cuando su hermano le anunció que no participaría en la ceremonia: sólo Mantling, H. M., Tairlaine y sir George estarían presentes.

La semioscuridad y el silencio de la casa sorprendieron a Tairlaine al salir del escritorio. Shorter los acompañaba con un paquete de velas y una alcuza de aceite para la cerradura. Atravesaron un salón de música, helado, y penetraron por una puerta de dos hojas en un comedor blanco, alargado. La amplia mesa, cargada con profusión de flores, tenía nueve cubiertos; los candelabros no estaban encendidos, y únicamente el resplandor del fuego iluminaba las paredes. A una orden de Mantling, Shorter hizo girar un interruptor y la enorme araña de cristal brilló con todas sus luces. Mantling se detuvo un segundo, clavados los ojos en la puerta del fondo de la pieza; pareció vacilar. Su mirada se dirigió hacia la ventana y se trasladó al techo, donde advirtió Tairlaine un grueso gancho de cobre. Luego se acercó a la mesa, dando muestras de examinarla; sus pecas se habían hecho más visibles... porque, de pronto, le había invadido el miedo.

—¡Vamos, venga! —dijo bruscamente sir George—. Es ahí, supongo —añadió señalando la puerta.

—Esa puerta de dos hojas da al pasillo, y el cuarto queda al extremo. ¡Encienda las velas!... ¿Tiene la llave de la puerta, Shorter?

—Sí, señor.

—¡Abra, entonces!...

Utilizaron el aceite para engrasar la cerradura. Más allá, se abría un estrecho corredor de blanca madera. Un olor a moho se les prendió a la garganta.

A la luz de cinco velas sostenidas al extremo del brazo percibieron al final del pasillo una pesada puerta. Tairlaine observó algo más y se estremeció.

—¡Shorter! —exclamó Mantling.

Su candelabro dio contra la puerta blanca.

—¿Qué diablos ha hecho? ¿Quién barrió aquí?

—Nadie, señor —respondió el criado con calma—; es decir, desde el año pasado. El difunto lord Mantling nos había ordenado barrer el corredor una vez al año..., el corredor solamente. No ha sido tocado recientemente.

—¿Que no? —tronó Mantling—. Le digo que lo han limpiado en parte. Mire —añadió cogiendo al criado por el cuello—, ¿ve? Han limpiado desde aquí hasta la puerta.

Dio algunos pasos, tendió su vela a Shorter y cogió el destornillador.

—Voy a quitar estos tornillos en un santiamén —se inclinó y añadió con aire lúgubre—: Han muerto personas detrás de esta puerta.

No se oyó más que el ruido del destornillador; las cinco velas ardían con una llama clara, cuando el aire confinado hubiera debido apagar su brillo. No obstante, se respiraba muy bien allí. Siguiendo con los ojos el espacio barrido, Tairlaine miró hacia la puerta del comedor y recordó el gancho del techo..., el de la jaula del loro...

Algo cayó sobre el piso. Mantling juró.

—El tornillo se rompió por la mitad —dijo—; ya me parecía que cedía muy fácilmente. Esperemos que se haya roto del otro lado del marco.

—En su lugar —intervino tranquilamente H. M.—, yo no me preocuparía de ese tornillo. Apostaría a que no son todos más que un engaño. Pruebe la llave. Si la cerradura está engrasada...

—No solamente ha sido engrasada —dijo sir George—, sino que aún está húmeda. Ha manchado mi puño. Tome la llave.

Mantling tanteó como un borracho, la llave giró con un ligero chirrido y la puerta se abrió casi sola. Al destello de las cinco luces percibieron un amontonamiento de muebles dorados, y sofocantes colgaduras.

La llama de la vela que Tairlaine sostenía en alto tembló en su mano.

El naipe fatal

Las velas de los candelabros estaban a medio consumir cuando Mantling se levantó.

—Ya es hora de ponernos manos a la obra —dijo—. ¡Shorter! Traiga aquí el café y los naipes; cuide que el mazo sea nuevo y tenga el sello intacto.

Las conversaciones se detuvieron bruscamente. Tairlaine, sentado en el extremo de la mesa, a la derecha de lord Mantling, echó una mirada circular sobre los invitados. H. M., frente a él, a la izquierda de Mantling, tenía por vecino a Ralph Bender; silencioso, inquieto, había probado apenas un poco de sopa. Pero compensaba con creces su silencio la exuberancia de Martin Longueval Ravelle, sentado a su izquierda, con el que sir George Anstruther, su vecino, competía en anécdotas, mirando con frecuencia a Tairlaine y a H. M.

Isabel Brixham se hallaba al otro extremo de la mesa, frente a Mantling; inmediatamente a su izquierda se hallaba Guy, luego Robert Carstairs, a la derecha de Tairlaine, por consiguiente.

No podía este último sustraerse a una viva simpatía por su joven vecino Carstairs: un muchacho delgado, de mejillas bermejas, que usaba un bigotito de cepillo y parecía adorar todos los deportes más apropiados para romperse el cuello. Muy distante del tipo clásico del inglés deportista y silencioso, hablaba con una volubilidad espontánea y se servía de todo cuanto hallaba sobre la mesa para ilustrar el relato de sus proezas. Tairlaine le escuchaba divertido, contento de comprobar que el joven no era de ningún modo un charlatán.

Confesaba, en efecto, ingenuamente sus fracasos. Después de Eton y Sandhurts, había ingresado en la aviación, pero le rogaron con toda corrección que presentara su dimisión, tras una media docena de descensos prematuros a expensas del gobierno. Confesó también a Tairlaine su pasión por Judith, la hermana de Mantling, a la que había declarado su amor, pero la joven sólo se interesaba por los hombres capaces de «ser alguien». Carstairs profesaba el mayor desprecio por estos últimos; describió al doctor Eugene Arnold como un viejo antipático, aunque no contase sino treinta y seis años, e imitó cómicamente la expresión de su rostro.

El joven tenía su teoría personal respecto al Cuarto de la Viuda.

—Créame —declaró Carstairs a Tairlaine en el salón, al tercer cóctel—, se trata de gases tóxicos o de arañas; si saco el naipe alto, iré enseguida a abrir la ventana y permaneceré casi todo el tiempo con la cabeza fuera; a menos —añadió—, de que se trate de una araña gigante, una de esas tarántulas de picadura mortal, encerrada en un cofre; en el momento en que se abre, nos pica y todo ha concluido. He leído relatos de este género.

Tairlaine había objetado que una araña capaz de vivir ciento veinticinco años sin

comer sería muy venerable, pero Carstairs sostuvo haber leído en alguna parte una historia de arañas emparedadas durante un período aún más largo. Ravelle sostuvo que se trataba probablemente de sapos y no de arañas, pues la longevidad de estas últimas era relativamente corta.

Tairlaine procuraba alejar de su pensamiento el espectáculo de aquella habitación, tal como se presentó a sus miradas cuando la puerta se había abierto tan fácilmente; de modo que fue un verdadero alivio el ver a Mantling levantarse.

—Ya es hora de ponernos manos a la obra, ¿no les parece? —repitió su anfitrión.

Mantling se mantenía detrás de los candelabros de plata con sus velas medio consumidas, vuelta la espalda a la gran puerta de dos hojas. El comedor aparecía lleno de sombra, pues el fuego se había extinguido, y a la temblorosa luz de las bujías el rostro de Mantling, congestionado y reluciente bajo sus ensortijados cabellos empapados en sudor, mostraba los glóbulos saltones de sus pálidos ojos. Sonrió, sin embargo, al golpear en la mesa con el puño.

—He encargado cartas nuevas —dijo—, porque no podemos servirnos de otras. ¡Vamos! —exclamó inclinándose sobre la mesa—, ¡confiesen la verdad! ¿Quién de ustedes trató de marcar el primer paquete de naipes?

Isabel Brixham replicó en tono tranquilo:

—Supongo que tendrás conciencia de haber bebido exageradamente, Alan, ¿verdad?

Ignorando el sarcasmo, la observó con aire pensativo.

—No debes de ser tú, tía —exclamó, rompiendo a reír—, puesto que no sacarás carta. Pero formulo la pregunta a los demás porque sé que uno desea ver a otro tentar la experiencia... ¿Por qué? Hemos roto los sellos de la habitación y hemos observado *cierto* detalle en el interior.

—¿Qué te aterrizó? —preguntó Guy, con voz clara. Después se echó a reír.

—¿Has entrado en ese cuarto? —tronó Mantling.

—¿Entrado? ¡Oh, no! —respondió Guy, cuyos ojos brillaban detrás de sus gafas negras—. Pero no nos tengas en suspenso. ¿Qué viste?

—Usted aquí, Shorter —dijo su hermano—. ¿Trae el paquete nuevo? Muéstrémelo. ¡Bien!... Ya conoce mis instrucciones: cuando sirva el café, cada uno, a excepción de quienes he señalado, cogerá una carta... En cuanto a ustedes, señores, podrán mirar la que hayan sacado, pero la colocarán encima de la mesa de modo que ignoremos su valor. Antes de pasar a la ejecución del proyecto, les referiré lo que hemos visto en el cuarto, y cada cual quedará en libertad de retroceder, si su corazón se lo pide... Ahora, Shorter..., abra el paquete, espárzalo en la bandeja... ¡Bien! Saco la primera...

Sin apartar los ojos de sus huéspedes, tomó una carta, la miró furtivamente y volvió a dejarla sobre la mesa sin que su rostro denotase impresión alguna. Shorter,

saltando a Tairlaine, pasó la bandeja a Carstairs. El joven restregó una contra otra sus manos musculosas.

—Deséeme buena suerte, señor —dijo a Tairlaine—. ¡Vamos! Espero tener... ¡Diablos!

Posó bruscamente la carta sobre la mesa, haciendo vanos esfuerzos por conservar su impasibilidad. Shorter presentó la bandeja a Guy, que tomó negligentemente una carta y la puso delante de él sin mirarla siquiera.

—He cambiado de opinión, Shorter —dijo repentinamente Mantling—, pase las cartas a la señorita Isabel y déjela elegir si lo desea.

—Gracias —respondió ella con calma, extendiendo la mano—, estaba absolutamente resuelta a tentar también mi suerte; no había ninguna razón para que se me mantuviese aparte.

Tomó un naipe y le echó una breve ojeada sin denotar ninguna emoción. Shorter pasó a sir George, que hizo su elección frunciendo el ceño, luego a Ravelle, que, muy rojo y visiblemente emocionado, concluyó por sacar una carta tras algunas vacilaciones.

La miró y rompió a reír, visiblemente satisfecho. Le llegó después el turno a Bender, que se volvió hacia lord Mantling y le dijo:

—Supongo que debo sacar también una carta, señor...

Mantling hizo un mohín.

—So pena de ser tratado de... ¡Bueno, conforme!

Sacó una carta con precaución; sus manos temblaban al esconderla para que los demás no la pudiesen ver. La puso sobre sus rodillas para mirarla bajo el mantel y su rostro atezado no traicionó la menor emoción cuando volvió a colocarla encima de la mesa. H. M., que desde el comienzo de la cena permaneciera silencioso, le observó con curiosidad.

—El juego está hecho —dijo Mantling—, y ahora voy a hablarles del cuarto. Isabel pretende que hay un loco en esta casa y empiezo a creer que tiene razón. ¡La habitación estaba abierta, amigos! Alguien retiró los tornillos y los sustituyó por otros postizos, que no penetran en la madera. Esa persona sacó el molde de la cerradura, se hizo una llave, aceitó cuidadosamente los goznes y barrió el corredor para que no quedasen las huellas de sus pasos. ¡Pero esto no es todo! Esperábamos sin duda encontrar una habitación llena de polvo y telas de araña... ¡Desengañémonos! Está tan limpia como el día en que fue clausurada, hace sesenta años. Las colgaduras están estropeadas, pero la madera del amplio lecho dorado se conserva tan brillante como antiguamente. Mi abuelo instaló gas en la estancia antes de su muerte; los aparatos están limpios y funcionan perfectamente. ¿Comprenden?... Alguien ha pasado noches en ese cuarto, mientras dormíamos.

Se interrumpió jadeante. Tairlaine tornaba a ver en su pensamiento la inmensa

habitación cuadrada con su gran araña de gas, cuyos picos, todos encendidos, proyectaban una luz azulada sobre los marchitos esplendores. Una chimenea de mármol blanco, en cada pared inmensos espejos en sus marcos dorados, un peinador de madera dorada muy ornamentada y un lecho de baldaquino de finales del siglo XVIII, ocupaban parte de la pieza; pero esto no era todo..., lo que había de más notable..., de grotesco, de inexplicable, Mantling iba a describirlo.

—Esa persona —dijo—, dedicó cuidados especiales a una gran mesa colocada en medio del cuarto, con sillas en su alrededor; son de madera clara con incrustaciones de cobre...

—Cinceladuras —exclamó Ravelle, golpeando con el puño sobre la mesa—. ¡Perdón!, no quise interrumpirle, se trata únicamente de un término del oficio acerca del cual me explicaré más tarde. Continúe.

Guy encendió su cigarrillo en una vela y dijo:

—Sin duda habrás notado, Alan, que hay un nombre grabado en el respaldo de cada silla. Cada una de ellas pertenecía a una persona determinada. Una lleva «Señor de París», otra «Señor de Tours», otra «Señor de Reims», otra... ¡Ah!, ya veo que mi amigo sir George Anstruther me mira con aire de sospecha. Estoy al tanto de todos estos detalles, porque forman parte de la historia de nuestra familia. Como Ravelle, hablaré más tarde. El hecho es...

—Pero así me lleve el diablo, Alan —exclamó el joven Carstairs con virulencia—, todo esto carece de sentido, ¿por qué alguien iba a entretenerse en cuidar del mobiliario en medio de la noche?

Mantling miraba fijamente a Isabel, cuyos ojos pálidos se habían animado repentinamente.

—¿Quieren que formule en voz alta la respuesta que los más inteligentes de nosotros ya hemos encontrado para esta situación? Buscan ustedes la trampa envenenada que en otra época mató a tantas personas. Suponiendo que hubiera existido, habría perdido hace tiempo su poder mortífero. A menos que la hayan armado de nuevo, es decir, que el peligro del veneno pudiera no subsistir hace solamente una semana o dos, pero sí existir actualmente.

Sobrevino un terrible silencio, e Isabel continuó:

—Si se empeñan en jugarse la vida a las cartas, me someteré al capricho colectivo, corriendo también mi suerte, pues soy fatalista. Pero mejor haríamos en condenar de nuevo esa habitación y tratar de descubrir a la persona cuyo cerebro se ha desquiciado. ¿Qué opina, sir Henry Merrivale?

H. M. pareció despertarse; desde el principio de la cena no se parecía en absoluto al personaje del que Tairlaine había oído hablar; se debía esto a su extrema perplejidad. Jamás se había sentido, tampoco, tan atormentado.

—Tiene usted perfecta razón, señora —dijo.

Mantling se volvió bruscamente hacia él:

—Pero usted me había dicho...

—Un momento —refunfuñó H. M.—. Déjeme explicarme. Cuando les rogué a todos, a usted, al doctor y a George Anstruther, que me dejaran solo en este cuarto, hace una hora, para que pudiera darme cuenta por mí mismo, pude afirmarles que no encerraba la menor trampa emponzoñada, ¡y sé lo que digo! He seguido el caso del Cuarto de la Torre, cuyo papel contenía arsénico, el del cofrecillo de Cagliostro, en Roma; era una aguja sumergida en cianuro que pinchaba al curioso bajo la uña de modo tal que la autopsia nada podía revelar. Pero, como el viejo Ravelle hace sesenta años, no encontré absolutamente nada de sospechoso en esa habitación. Sin embargo...

—¿Qué? —dijo Mantling.

—¡Husmeo sangre, he ahí todo! —respondió H. M., con la mayor seriedad, olfateando como el ogro de la pantomima—. Es cuanto puedo decirle. La sangre está por ahí, muy cerca; hay sangre en alguna parte..., quizá la muerte misma. Y, no obstante mi inteligencia lucha contra esta impresión puramente física. Tal vez, en el fondo... —indicó un punto en su pecho que, manifiestamente, quería designar su corazón—. Deseo verlos proseguir este juego estúpido..., sencillamente porque me encuentro frente a un problema imposible de resolver. Así que mi intención no es intervenir. Les aconsejo abandonar la experiencia. Pero si lo quieren...

Mantling se irguió cuan alto era, con aire triunfante:

—¿Entonces?... ¿Alguien siente ganas de retroceder?... ¿Nadie?

Hubo una agitación apenas perceptible en derredor de la mesa, pero todos guardaron silencio.

—Comenzaremos entonces por mí —prosiguió Mantling—, y siguiendo por la derecha: Bob Carstairs, Guy, Isabel, etcétera. ¿Comprendido? Empiezo.

Y mostró su carta.

—Saqué el nueve de tréboles. ¿Quién tiene más?

—Tres de corazones —dijo Carstairs—; poca suerte; ¡seguramente hubiera ganado si hubiésemos jugado dinero! ¿Y Guy?

Guy colocó cuidadosamente su cigarrillo sobre el borde de un platillo y volvió su carta:

—Feliz o desdichadamente, Alan, tienes siempre la carta más alta.

Tairlaine vio que Mantling se enjugaba su frente húmeda; el mantel se agitaba como si alguien hubiese tirado hacia sí.

—Tengo el siete de picas. Tú ganas aún a menos que Isabel...

Sin apartar de Mantling sus ojos pálidos, alzó ésta la mano y mostró la reina de tréboles.

—¡Caramba! —exclamó Mantling—, no puedes...

—Adelante —dijo fríamente Guy—. La reina. ¿Quién tiene más?

—Yo no —dijo sir George—. No tengo más que el diez de rombos, pero estoy absolutamente de acuerdo con Mantling: no podemos dejar a la señorita Brixham...

—No se inquiete por ella, amigo —exclamó Ravelle—. ¡Mire! Soy yo quien gana con el rey de rombos. ¿Dónde hay que ir? Indíqueme...

—Falta todavía una carta —observó Mantling.

El silencio se eternizó. Bender permanecía sentado muy tieso en su silla, la mano sobre los ojos.

—¿Y qué? —exclamó Carstairs—. Vamos a ver, concluyamos.

Bender, volviendo lentamente su carta, mostró el as de picas; apartó la mano que ocultaba su mirada; la expresión de su inteligente rostro tenía algo de desconcertante: Tairlaine creyó leer una especie de salvaje alegría.

—¿Sabe usted, joven —dijo bruscamente Guy—, que ciertas personas llamarían a esta carta la carta de la muerte?

Carstairs gritó. Bender se levantó y quitó cuidadosamente con su servilleta las migajas caídas sobre su ropa.

—Permítame dudarle, sir Guy —¿por qué decir «sir», dirigiéndose a Guy? Parecía adulación—. Todavía soy capaz de cuidar de mí. ¿Qué debo hacer ahora?

—Vamos a instalarlo —respondió Mantling, que había recobrado su jovialidad—. Al decir «vamos», me refiero a Tairlaine, a George, a nuestro amigo H. M. y a mí mismo. Los demás, a gusto suyo, pueden venir también o esperar aquí. Después regresaremos todos a montar guardia en el comedor. ¡Ah!, la puerta del Cuarto de la Viuda permanecerá cerrada, para tomar la palabra «solo» al pie de la letra, pero dejaremos abiertas las dos hojas de esta puerta y nos mantendremos preparados. ¿Tiene reloj? ¡Perfectamente! Llamaremos cada cuarto de hora y usted responderá. Ahora son las diez y tres minutos: la prueba concluirá a las doce y tres minutos. Vamos a hacer las cosas como es debido: haga el favor de cogerlo de un brazo, Tairlaine, que yo lo tendré por el otro.

—Está de más que me sujeten como si me llevaran al cadalso —replicó vivamente Bender—. ¡Marcharé solo, gracias!

El cortejo se puso en movimiento; la araña del comedor iluminaba el pasillo. Entraron en el Cuarto de la Viuda y Tairlaine volvió a ver la azulada claridad del gas, el papel negro y oro, desprendido en partes, y, frente a la puerta, una ventana de guillotina protegida por postigos de hierro perforados por angostas hendiduras horizontales destinadas a la ventilación; aquellos postigos permanecían aún cerrados por cerrojos tan herrumbrosos que había sido absolutamente imposible descorrerlos al comienzo de la velada. Algunos cristales debían de estar rotos, pues se sentía una ligera corriente de aire.

Bender miró con curiosidad el lecho de ángulos macizos y dorados, en forma de

cisne, situado a la derecha de la ventana, bajo un baldaquino de colgaduras rosadas, hechas jirones. Percibió su propia imagen en uno de los grandes espejos de marcos dorados y giró sobre sí mismo para verlos todos; pero su mirada volvía siempre a la mesa de madera de palo áloe, que tendría unos diez pies de diámetro, y a las sillas que la rodeaban...

Carstairs y Ravelle, en el comedor, se divertían en gritarle mil recomendaciones ridículas; Ravelle hasta se había permitido la broma, bastante fuera de lugar, acerca de las arañas, que hizo brincar a Tairlaine.

—No tiene usted necesidad de fuego, supongo —dijo Mantling—. ¡Perfectamente! ¿Desearía alguna cosa?... ¿Cigarrillos, una botella de whisky? ¿Un libro?

—No, se le agradezco —dijo Bender—. No fumo; beber no me apetece en este momento...; puedo pasar el tiempo escribiendo.

Acercó una de las sillas de palo áloe y se sentó con aire resuelto. Mantling pareció vacilar; luego encogiéndose de hombros, hizo señas a los demás para que saliesen con él. Dejaron a Bender sentado muy derecho, bajo la araña de gas, que canturreaba suavemente. La puerta se cerró.

—Este juegucito no me agrada —refunfuñó de pronto H. M.—. ¡No me agrada en absoluto!

Después de un instante de reflexión, se dirigió al comedor, seguido de los otros tres.

Sólo Carstairs y Ravelle habían permanecido en el comedor. Como Shorter trajera botellas de whisky y de oporto, los dos jóvenes hablaban alegremente.

—Guy y tía Isabel —respondió de pronto Carstairs a una pregunta de Alan—, se fueron; no pude convencerles de que se quedasen. Isabel no parecía muy satisfecha; en cuanto a Guy, nunca se sabe lo que piensa.

Mantling puso su reloj sobre la mesa en el momento en que el reloj del vestíbulo daba el cuarto. Se sentaron al extremo de la mesa, clavados los ojos en el corredor, que veían a través de la amplia puerta abierta; bebieron numerosas tazas de café durante la larga espera.

Aquellas dos horas les parecieron una eternidad; la conversación, bastante animada al principio, fue voluntariamente orientada hacia otros temas. Ravelle fue el primero que procuró llevarla al Cuarto de la Viuda.

—¡No! —exclamó H. M.—. ¡Todavía no, no ha llegado el momento! Esperaba con impaciencia estas horas en vela para escuchar el relato de Guy y me irrita muchísimo que no esté aquí, necesito conocer la historia de esas sillas, de esas sillas inofensivas... y no me atrevo a abandonar esta habitación.

Observó atentamente a Mantling.

—No puede usted, o no quiere referírmela, ¿verdad?

—Adivinó usted —respondió Mantling, mirándole cara a cara.

Luego reanudó su conversación acerca de sus cacerías en el Zambeze.

El reloj dio la media. Al instante Mantling lanzó una sonora llamada en dirección al corredor. La voz de Bender respondió sin alegría... pero había afirmado su existencia: ¡la primera oleada de terror se disipó!

Los corazones, sin embargo, seguían angustiados. El reloj dio de nuevo el cuarto, después la hora; los ruidos de la ciudad se apagaban poco a poco; una bruma espesa y blanquecina ocultaba las ventanas...; por cuarta vez, Mantling lanzó su llamada y la respuesta tranquilizadora llegó a sus oídos. Casi desvanecidos sus temores, cesaron de hablar. Mantling echado en su asiento, enviaba hacia el techo volutas de humo. A las once y media, cuando hubieron oído la respuesta habitual, Ravelle se levantó con aire de decepción; pretextó cartas que escribir y un telegrama y afirmó que regresaría para la medianoche; su entusiasmo parecía haber decaído por completo.

A las doce menos cuarto, Mantling se despertó para proferir un grito jubiloso y beber un último vaso a la salud de todos cuando recibieron la respuesta.

—Se habrá mantenido hasta el fin —exclamó Carstairs—. ¡Asombroso! ¡Pulverizamos al fantasma! El sentido común ha recobrado su imperio. ¡Nada más que un cuarto de hora para ir a liberar a Bender! Si aún no le han atacado los espíritus, ya no lo harán ahora.

Sir George exhaló un prolongado suspiro.

—Me siento más aliviado de lo que me atrevería a confesar, y empiezo a considerarme un tonto... Figúrense que ha cesado de atenazarme una especie de presentimiento. Sin duda era provocado por algo raro, y que no alcanzaría a definir, respecto a Bender; eso me atormentaba.

—Bender es un artista, amigo mío —rió Mantling en son de burla—, quizá fuese eso...

—¿Un artista? —dijo H. M.—. ¡Qué disparate! ¿Dónde tiene usted los ojos?

—Pues si no es un artista —intervino sir George en medio de un opresivo silencio—, ¿qué diablos es?

—O mucho me equivoco, amigo mío, o ese muchacho es un joven médico... un estudiante tal vez. ¿Observó lo que hizo cuando la señorita Isabel estuvo a punto de sufrir una crisis nerviosa en el despacho? Sus dedos fueron directamente, automáticamente, a la muñeca de ella, que lo rechazó. Y como el bulto visible en el bolsillo interior de su esmoquin me intrigaba, me las compuse para tantearlo. Tenía una gruesa libreta en el interior, y algo parecido detrás. ¡Curioso muchacho, que lleva una libreta de esas dimensiones en su esmoquin! Por otra parte, afirmó su intención de escribir.

Mantling se había levantado bruscamente.

—Quizá ustedes se sientan satisfechos —añadió H. M.—, yo no... todavía.

Oyeron el ruido de una puerta que se cerraba en el vestíbulo y Mantling, que iba a responder, se detuvo. Se acercaron voces, la puerta se abrió, un hombre y una mujer entraron, el aire alegre, a pesar de sus ropas empapadas.

—Velas hasta tarde, Alan —dijo ella—. Deberíamos haber vuelto antes, pero el taxi tuvo que...

Percibiendo de pronto las puertas abiertas sobre el pasillo, se detuvo repentinamente.

Alan se restregó las manos.

—Todo va bien, Judith. El fantasma se ha ido, ahora podemos hablarte. Esta noche hicimos un experimento y el joven que está encerrado allí dentro casi ha terminado la prueba. Vamos a liberarlo tan pronto como...

El reloj comenzó a desgranar lentamente las doce campanadas de la medianoche. Manding lanzó un suspiro.

—Ya está ¡Bender —gritó a voz en cuello—, venga a beber un vaso con nosotros!

El hombre que entrara acompañando a Judith, y que se había quedado en el umbral de la puerta para quitarse el abrigo mojado, se volvió bruscamente.

—¿Qué nombre dijo usted, Mantling? —preguntó.

—Bender, ¡oh, perdón! Olvidaba las presentaciones: mi hermana Judith... el doctor Arnold. ¡Pero salga, Bender! La hora ha transcurrido.

—¿Quién le dijo que fuera a ese cuarto? —inquirió Arnold.

—Echamos cartas y él sacó la más alta, el as de picas... Pero no me mire así —exclamó Mantling—, hemos jugado limpio y se ha desvanecido la leyenda. Está allí dentro desde hace dos horas y se conserva con buena salud...

—¿De veras? —intervino la mujer—. Entonces, ¿por qué no sale? ¡Ralph!

H. M. fue el primero en ponerse en movimiento. Tairlaine vio sus labios agitarse como si jurara por lo bajo y oyó el crujido de sus gruesos zapatos. Arnold, que le seguía, le dejó atrás; Tairlaine y sir George iban a continuación. Arnold abrió bruscamente la puerta.

El cuarto, siempre igual, no ofrecía desorden aparente. Les pareció vacío durante unos instantes.

—¿Dónde está?... —comenzó sir George, e inmediatamente lo vieron todo.

Un peinador cargado de amorcillos y de rosas se hallaba colocado al sesgo a un lado de la habitación, y el espejo, ligeramente inclinado hacia el suelo, reflejaba una parte de la alfombra y sobre aquella alfombra se percibía un rostro.

El hombre estaba extendido de espaldas, casi enteramente oculto por el amplio lecho dorado; se veía en el espejo su cara hinchada y negruzca y sus ojos desorbitados.

—¡Atrás! —mandó Arnold con tranquila pero firme voz—. ¡Atrás, todos!

Dio la vuelta a la cama y se inclinó sobre el lecho.

—¡Pero si es imposible! —exclamó Mantling—. ¡Debe de estar vivo! ¡Vivía aún hace quince minutos!

Arnold se enderezó.

—¿Cree usted? —repuso—. Cierren esa puerta. ¡Impidan a Judith entrar! Este hombre ha muerto hace más de una hora.

Exceso de coartadas

Era evidente que nadie, salvo H. M., deseaba sentarse ni tocar nada. H. M., con las manos cruzadas, se había sentado en el borde del lecho; sir George se mantenía delante de la ventana. Tairlaine, de espaldas a la chimenea clavaba los ojos en el espacio libre del otro lado de la cama, de donde acababan en ese instante de alzar el cadáver de Ralph Bender. Una vez tomadas las fotografías y recogidas las huellas dactilares, dos agentes transportaron el cuerpo en una camilla; penoso espectáculo, porque si bien las ropas del joven estaban apenas en desorden, se imponía la evidencia de que había muerto en medio de atroces sufrimientos. La pierna derecha estaba encogida sobre el vientre, la cabeza hacia atrás; un espantoso rictus de los labios permitía ver las mandíbulas contraídas. Le habían trasladado a una habitación mejor iluminada, donde el médico forense procedería a un examen preliminar. Dos curiosos objetos quedaban como único testimonio de su presencia: fue hallado en el suelo, cerca de su mano derecha, un naipe estrujado —fácilmente identificable por la marca, ya que Mantling jamás variaba de cartas—; aquel naipe era un nueve de picas. El otro objeto fue hallado sobre la pechera de la camisa de Bender. Se trataba de una banda estrecha y larga de papel rígido, tan finamente enrollada que hubiera podido caber en un dedal, con algunas extrañas palabras.

Aquellos objetos estaban, ahora, encima de la mesa y el inspector Humprey Masters los miraba. Era este último tal como James Bennet se lo describiera a Tairlaine: de imponente estatura, de buena presencia, aunque sin ostentación; un rostro inteligente de fuertes mandíbulas y cabellos grises, estirados para disimular una naciente calvicie.

—Bueno, señor —dijo Masters—, esta vez estaba usted efectivamente en el lugar del hecho, ¿no? Empiezo a acostumbrarme a que me saquen de la cama en medio de la noche para enterarme de que un acontecimiento extraordinario acaba de producirse y que sir Henry Merrivale se hallaba en los alrededores. Dentro de poco consideraré como indignos de mí las batallas de Whitechapel o los robos del Est End.

H. M. alzó la mano.

—Sí —asintió—, me encontraba, en efecto, en el lugar del hecho. Pero ¿qué diablos podía hacer? Me dijeron que querían ensayar un pequeño experimento. ¿En nombre de qué quería usted que me opusiese, puesto que había registrado este cuarto de arriba abajo sin hallar nada sospechoso? ¿Iba a precipitarme fuera, tomar a un policía por el cuello y decir: «¡Por amor de Dios, venga pronto! Uno de los huéspedes de lord Mantling corre un terrible peligro: ¡está sentado solo en una habitación...!»? ¡Oh!, puede usted adoptar todos los aires que quiera; estoy aquí para darle mis consejos, sin poder escapar yo mismo aunque desee hacerlo; no soy más que un testigo, un testigo completamente ciego, un viejo imbécil, ésta es la verdad..., lo que

precisamente lamento, Masters, no sabe usted hasta qué punto. ¿De qué sirve repetir: «No podía hacer nada?». El caso es que no he intervenido.

—Vamos —replicó Masters—, debemos recordar...

—Debemos recordar —interrumpió H. M.— que yo no he visto de qué modo ese pobre diablo corría el riesgo de ser asesinado y, francamente, no lo veo aún.

Masters se mordió los labios.

—Es evidente que nos encontramos ante un caso extraño —admitió—. No sólo son extrañas las circunstancias, sino que los indicios lo son todavía más. Sin embargo, éstos existen. Para empezar, se trata, evidentemente, de un envenenamiento... Supongo que no cabe duda a este respecto.

—No. Ha sido obra de algún veneno, en efecto, espero que esta comprobación le ayude.

—También yo. Vaya —sugirió Masters con voz persuasiva—, es posible después de todo que esta habitación contuviera un producto nocivo. Nadie es infalible, ya lo sabe usted. Y si..., se encontrase aquí, por casualidad, una trampa envenenada y su huella sobre el cadáver de la víctima...

H. M. le lanzó una ojeada por encima de sus lentes.

—¿Podrá usted entonces sentirse más satisfecho de sí mismo de lo que está actualmente? Creo saber de qué veneno ha muerto el pobre diablo; insistiré, por otra parte, en presenciar la autopsia. Más, en espera de las primeras comprobaciones del doctor Blaines, podemos entretenernos en el juegucito de las suposiciones. Supongamos, por ejemplo, que no dé usted con trampa envenenada ni con ningún medio de administrar una dosis subcutánea. ¿Entonces?

Masters le observó un instante.

—Perdone, sir Henry, pero me parece que considera usted este caso desde un punto de vista muy limitado; se diría que le hipnotizan las agujas emponzoñadas. No piensa sino en un veneno que haya tenido acción local y hubiese penetrado por los tejidos. ¡Pero fíjese en los hechos! Sin ser médico, conozco algo sobre venenos. Veamos los síntomas: boca mostrando los dientes; cabeza echada hacia atrás; espalda arqueada; una pierna contraída..., pues no es...

—¿Incompatible?

—Si así lo desea... Quiero decir que estos síntomas se parecen más o menos a los producidos por una dosis de estricnina que ingiriera el señor Bender. Ingerido, sí señor, así como suena. Me dirá usted que no hay recipiente en esta habitación que haya podido contener el brebaje: de acuerdo. El veneno, entonces, le fue administrado antes de su entrada en este cuarto. La estricnina tarda algún tiempo en actuar, varía éste según la dosis administrada y la mayor o menor tolerancia del sujeto. Pero los síntomas existen. Por ejemplo...

Se volvió a Tairlaine.

—Me ha comunicado usted una interesante observación acerca de Bender, señor. Voy a citarle una frase de mi manual: «Toda víctima de la estricnina presenta primero una cierta rigidez del cuello y da signos aparentes de enfermedad o de terror». ¿Estas características no corresponden, exactamente, al señor Bender? ¡Gracias! Es lo que pensaba.

—¿Y qué me dice del aspecto del rostro? —preguntó H. M.

Masters vaciló.

—En efecto, es bastante extraño, lo admito.

—¡Extraño! —clamó H. M.—. Sería un verdadero milagro, si las cosas hubieran pasado como afirma usted. ¡Vamos, hombre! Toda vez que el rostro aparece hinchado y congestionado, es que la muerte ha sido ocasionada por un producto que actuó sobre el aparato respiratorio. La víctima no puede hablar, pero la estricnina obra sobre la columna vertebral. Si Bender tomó una dosis de este veneno, ¿por qué no pidió auxilio al primer malestar? No profirió la menor queja, a pesar de pretenderse que ingirió uno de los venenos más penosos de soportar. Si no lo hizo, es que se vio materialmente impedido por la parálisis de los músculos. Mi propósito es persuadirle, amigo mío, de que un veneno diabólico e instantáneo le fue administrado en esta habitación; un veneno que, por cierto, no hubiera podido beber.

—¿Por qué?

—Porque se trata del curare.

Durante el silencio que siguió, Masters sacó una libreta de su bolsillo.

—Frente a cualquier otro agente tóxico yo habría estado de acuerdo con usted —prosiguió H. M.—. El curare constituye una excepción; puede ser ingerido con cerveza, sin sufrir la menor molestia; pero basta inyectar bajo la piel una cantidad ínfima para ocasionar la muerte en menos de diez minutos. Ciertos síntomas concuerdan, evidentemente, con los provocados por la estricnina; ambos venenos provienen de la misma planta: *Strychnos Ignati*, pero el curare es una pequeña hierba cuyo poder nocivo es extraordinario. Los sudamericanos lo utilizan para emponzoñar sus flechas. No hay duda de que fue el curare lo que, a través de un procedimiento cualquiera, se le inyectó a Bender.

—El veneno de las flechas —dijo pensativamente Masters—; sí, he oído hablar de él. Pero, vaya, que no es una razón para que se desconcierte hasta tal punto; jamás le he visto así... Todo esto no es más que una hipótesis, y volvamos a la idea de que existía una trampa en esta habitación. Si es preciso un registro —añadió con no disimulada satisfacción—, soy su hombre.

Sir George Anstruther, que permanecía de pie cerca de la ventana, con la cabeza inclinada, cual lúgubre Pickwick, hizo un brusco movimiento.

—Lejos de mí la idea de darle una lección, señor Masters —dijo—; al contrario, le estoy muy reconocido por haberme admitido a este... consejo privado, pero el

punto más curioso de este caso parece habersele escapado: sí pincharon a Bender con una aguja envenenada, ¿quién estaba entonces con él en este cuarto?

—¿Con él?

—Desde luego, ya que fue otra persona quien mucho después de la muerte de Bender continuó respondiendo a nuestras llamadas. ¿No oyó usted al doctor Arnold afirmar que Bender debió morir a eso de las once? ¿Quién, en tal caso, se tomó la molestia de responder tres veces, a partir de esa hora?

—¡Ah! —exclamó Masters, perdiendo de súbito mucha de su amabilidad—, no he tenido todavía tiempo de interrogar a las personas de la casa y hasta ahora mis únicos informes acerca de este asunto son los que obtuve de ustedes, señores. He oído hablar, en efecto, de la hora del deceso. Un error en un diagnóstico hecho con tanta precipitación...

—No fue un error de diagnóstico —gruñó H. M.—, a menos que me tome usted por más estúpido de lo que soy. Yo también he examinado el cuerpo; la muerte se remonta a alrededor de las once y cuarto. Es indiscutible, por tanto, que alguien imitó la voz de Bender, lo que no era difícil, por otra parte, a esa distancia, a través de estas pesadas puertas. Mas, ¿con qué motivo, Masters? Alguien había aquí, de ello no cabe duda, y esa persona se llevó la libreta de Bender...

Masters se sentó para tomar notas.

—¡Oh!, ya sé lo que va a decirme —protestó H. M.—. Admito haberle dado un primer informe bastante ligero; ahora voy a suministrarle algunos hechos patentes. Desde el primer momento busqué la libreta de Bender... Como esperaba, había desaparecido. Esa libreta podía contener anotaciones peligrosas para ciertas personas de la casa. Le señalo también que alguien colocó el rollo de papel sobre su pechera...

—Y el naípe —añadió Masters—. Respecto a ese trozo de papel...

—De pergamino —corrigió sir George—. ¿Puedo verlo, inspector?

Masters se lo mostró. Sir George estiró la hoja de pergamino, de un centímetro de ancho a veinte de largo; Tairlaine, inclinado sobre su hombro, leyó las siguientes palabras, muy finamente escritas con tinta:

***STRUGGOLE FAIUSQUE LECUTATE,
TE DECUTINEM DOLORUM PERSONA.***

—¿Qué significará esto, señores? —preguntó H. M.—. Acudamos a nuestros recuerdos del *British Museum* y de Cambridge.

—Si no se tratase de una broma —respondió sir George—, tomaría este escrito por un amuleto o un talismán. Se diría una especie de plegaria para «ahuyentar el dolor»: la palabra dolor puede ser tomada, igualmente, en un sentido moral. Es un

latín macarrónico, difícil de entender, no comprendo muy bien el sentido de «Faibus», por ejemplo. Pero, como les he dicho, se trata de una broma...

—¿Le parece?... Es usted un buen amigo de la familia, ¿no? He aquí lo que veo más claro. Una broma consistente en poner sobre el pecho de un muerto una piadosa súplica para ahuyentar el dolor, sería de bastante mal gusto, creo... ¿Comienzan a darse cuenta de que esta familia es bastante extraña?

—Completamente de acuerdo —respondió Masters—, pero...

—Aunque no abarque usted todavía el problema en su conjunto, Masters, voy a darle algunas indicaciones antes del puñetazo final. Si quiere usted descubrir a la persona que estaba en esta habitación al mismo tiempo que Bender, el campo de investigaciones es bastante limitado. ¿Por qué? Porque con excepción de dos, todas las personas disponen de una coartada indiscutible. Mientras llamaban a la policía, a grandes voces, hice muy tranquilamente mi trabajito. He aquí la lista de las personas implicadas en el caso.

Alzó la mano para contar con los dedos.

—Primero, los invitados a la cena: Alan, Guy, Isabel, Carstairs, Ravelle, Tairlaine, George Anstruther y yo mismo. Segundo, los ausentes: Judith y Arnold. Tercero, los criados: el mayordomo, el ama de llaves, la cocinera, dos camareros y un chófer. ¿Me sigue?

—Sí, señor; esto es lo que me gusta oír.

—De las diez y cuarto a las once y media, y aún más tarde, todos los sirvientes estuvieron ocupados en comer en el sótano. Judith y su novio estaban en el teatro, con unos amigos que los trajeron en coche hasta aquí a las doce menos cinco. Y, por último, yo tuve a los demás bajo mis ojos durante el período crítico..., con excepción de dos personas. ¡Esto parece fácil, verdaderamente demasiado fácil, Masters, y no me agrada!

—Las dos excepciones —dijo Masters tomando nota— son el señor Guy Brixham y la señorita Isabel Brixham, ¿no? ¡Pero espere! ¿No me dijeron que Ravelle había abandonado también la mesa?

—Masters no simpatiza con los extranjeros —apuntó H. M.—. Ravelle no dejó la mesa antes de las once y media. Bender ya había muerto, por consiguiente, y la voz había respondido dos veces en presencia de Ravelle. Su coartada vale tanto como las nuestras.

—Y yo ya tengo suficiente para ocuparme esta noche con los otros dos —declaró el inspector—, de modo que primero... ¡Oh!, entre, doctor. ¿Ha...?

El médico forense avanzó con vivacidad, puesto el abrigo y su sombrero en la mano.

—Necesito una orden para que se lleven el cadáver, Masters; no puedo afirmar nada antes de la autopsia, pero apostaré ciento contra uno a que sir Henry no se ha

equivocado. No hay duda de que se trata de curare.

—¿Oye, Masters? —exclamó H. M., cuya faz lunar expresó un súbito regocijo—. Masters abriga dudas a ese respecto, y desea preguntarle a usted si el curare es mortal cuando es bebido. ¿Qué opina, Blaines?

—Que no lo es —respondió el médico—, y en el caso presente estoy absolutamente seguro de que el veneno no ha sido ingerido por vía bucal. He practicado una extracción de sangre; casi se podían ver los efectos a simple vista.

—¿Cuánto tiempo emplea el veneno en actuar?

—La parálisis muscular se produce en unos tres minutos, la muerte en diez.

Masters juró.

—Pero la inyección, ¿cómo fue hecha?

—Nada puedo decirle con seguridad mientras no haya efectuado el examen completo del cuerpo. Tiene en la parte inferior de la mejilla una desolladura que parece un corte hecho al afeitarse, pero, a menos que se haya llevado su navaja al cuarto, no se le puede imputar ese corte. ¿Nada más se les ocurre? Fírmeme pronto esa orden y me voy. ¡Ah!, me olvidaba. El doctor Arnold y la señorita de más edad desean verlos.

Masters, después de cambiar una mirada con H. M., dio orden de hacerlos entrar. Por primera vez, Tairlaine pudo examinar al doctor Eugene Arnold. Comprendió enseguida las razones de la antipatía de Carstairs por aquel hombre demasiado seguro de sí, de lenguaje sin rodeos.

Arnold tenía un rostro atractivo, cuya expresión, habitualmente muy dura, podía transformarse súbitamente en bondad; poseía ojos castaño claro, de penetrante mirada, y esos cabellos negros plateados en las sienes que tanto agradan a las mujeres. ¡Un hombre de mucho seso, de seguro juicio, Eugene Arnold! Carstairs parecía un chiquillo comparado con él. Al verle introducir a la señorita Isabel Brixham, con una deferencia matizada de altivez, Tairlaine pensó en los retratos del primer duque de Marlborough: así se presentaba Arnold... dominador, ponderado, invariable el humor, y probablemente tan ávido de dinero y tan mezquinamente interesado como el propio Marlborough.

—Quiero hablarles —dijo Isabel con voz sorda, mirando alternativamente a Masters y a H. M., con aire de vacilación.

Parecía trastornada y tenía los ojos encarnados.

—Es preciso, porque... soy responsable en cierto modo de la muerte de ese pobre muchacho. Pero ¿estamos obligados a permanecer aquí? ¿No es posible ir a otra parte?

—Me permito insistir acerca de este punto, señores —dijo vivamente el médico—. Estoy encargado de velar por la salud de la señorita Brixham, y es evidente que ha sufrido una intensísima sacudida nerviosa.

—Entonces... —dijo H. M., mirándole de reojo—, entonces, ¿por qué la trajo aquí, amigo?

Arnold le miró, preguntándose visiblemente cómo debía tratar a H. M.

—Disponemos, por desgracia, de un informe bastante importante que interesará sin duda a la policía...

Sobrevino un silencio, pero H. M. no formuló pregunta alguna.

—A propósito del pobre Ralph Bender.

—Comprendo. ¿Así que era médico?

—No tiene usted indudablemente nada que reprocharse, tía Isabel —interrumpió Arnold—. Quebrantaré, en cierto sentido, el secreto profesional, pero se trata de un crimen, y mi intención es no ocultar nada: Ralph Bender había sido, este año, el estudiante más brillante de la Facultad. Una vez terminados sus estudios clínicos en Santo Tomás, deseaba especializarse en psicopatología; pero carecía de los fondos necesarios para instalar un consultorio. En consecuencia...

—Lo tomó usted en calidad de sustituto sin sueldo para cuidar los casos menos graves; ¿los de su dispensario, quizá?

—Creí hacer una buena obra... Pero no tengo dispensario, señor. ¿Ignora usted sin duda de qué naturaleza son mis ocupaciones?

—No... Sí. Se ocupa usted de psiquiatría, ¿no?

—Solamente en una...

Se interrumpió, el semblante súbitamente endurecido.

—Perdón, señor, ¿a quién tengo el honor de hablar, me hace el favor?

—Vamos, vamos —exclamó H. M., chupando su pipa—, no se encrespe, amigo. No permita que la cólera ensombrezca esa magnética mirada. Continúe hablándonos de Bender.

—Trabajaba conmigo, lo mismo que otro joven de gran porvenir —prosiguió Arnold, repentinamente calmado—, cuando la señorita Isabel Brixham estuvo a verme hace poco tiempo para hablarme... de cosas que usted conoce, creo. Me hallé en una situación muy delicada, pues me habría sido imposible intervenir..., buscar..., interrogar, aun del modo más discreto. ¿Me comprende?

—Sé que Mantling detesta a los médicos y en particular a los que se ocupan de los alienados.

Arnold prefirió tomar la observación por el lado bueno.

—En particular a los que se ocupan de los alienados, como dice usted. En cuanto a mí, me toleran a condición de que hable únicamente de deportes. Pero, para abreviar, si uno de los miembros de la familia estaba verdaderamente loco, lo importante era colocarlo en una casa de salud, evitando, en lo posible, el escándalo. La señorita Brixham tuvo la idea de introducir aquí a Bender, presentándolo como uno de los artistas a quienes protege, lo que fue tanto más fácil, a causa de la estancia

del señor Ravelle aquí. Bender estaba encargado de descubrir...

—¿Y lo hizo?

—Sin duda, descubrió algo —repuso Arnold con calma—, puesto que fue asesinado.

El cofrecillo sin aguja

Compréndame bien, por favor —prosiguió el doctor Arnold—; mentiría mostrándome profundamente afectado por la muerte de Bender. Obró como un tonto al dejarse pescar en la trampa esta noche. Lamento su muerte; me era útil, y yo hubiera, desde luego, prohibido este insensato experimento. La señorita Brixham...

Su expresión era pura bondad y piedad al mirarla.

—La señorita Brixham considera, como yo, que se trataba de una insensatez, y sé que ha hecho todo lo posible por impedirlo. No quiero contribuir a abrumarla con mis reproches, pero lamento que no haya sido más franca conmigo.

Dicho esto, el doctor Arnold sonrió a Isabel, para mostrarle que la perdonaba. Aquella mujer tan serena hacia unas horas, parecía ahora al cabo de sus fuerzas y a punto de llorar como un niño.

—Pero ya que las cartas han sido puestas boca arriba sobre la mesa, podrá cumplir usted con su deber —dijo H. M.—. ¿Qué piensa hacer?

Arnold se encogió de hombros.

—Feliz o desdichadamente, el asunto está en la actualidad entre sus manos y ha cesado de concernirme. Todo lo que podría yo hacer es impedirle que detuviera al asesino, una vez que le haya echado el guante.

—No veo muy bien cómo puede usted descargarse tan fácilmente de toda responsabilidad, amigo —dijo H. M., mirando el fondo de su pipa—, pero comprendo sin dificultad que ha arreglado su vida como uno de esos jardincillos de los suburbios; sabe usted qué huéspedes honrarán su mesa en lo sucesivo y el hecho de tener un loco por cuñado no puede hacerle olvidar que sus armas estarán bordadas sobre su camisa de fuerza.

—Admiro su franqueza, señor, pero parece usted olvidarse que amo a la señorita Judith Brixham.

—No lo olvido, y por esa misma razón son tan insultantes mis palabras. El estado mental de la señorita Judith no le produce motivo alguno de inquietud, ¿verdad? Ni el de la señorita Isabel...

—¡No se imaginará usted...! —exclamó Isabel.

—Vamos, vamos, señora. ¿Ni el de la señorita Isabel? No. Quedan, pues, dos personas solamente; si no puede usted ayudarnos, nos veremos obligados a hacer nosotros mismos lo necesario.

Arnold lo observó con atención.

—Me es imposible responderle en este momento, no habiendo podido formarme una opinión por un interrogatorio apropiado. Pero sin hablar de nadie más, estaré siempre dispuesto a considerar a lord Mantling como a un hombre perfectamente sano de espíritu.

—¡No es posible! —refunfuñó H. M., frunciendo el ceño—. Tengo que reflexionar. Continúe, Masters.

Al punto comenzó el inspector con su persuasiva afabilidad. Rogó a Isabel que se sentase; no lo hizo hasta que no le hubieron traído una silla del comedor. El cuarto parecía hipnotizarla, pero Masters tenía sus razones para negarse a proseguir el interrogatorio en ningún otro sitio.

—Tendremos que recoger sus declaraciones —manifestó—; es una formalidad necesaria. Si no ve en ello inconveniente, doctor, empezaremos por usted.

—Para poder interrogar a la señorita Brixham a solas, ¿no es cierto? —preguntó vivamente Arnold.

—No le causaremos ningún daño, señor. Es usted médico y no abogado. ¿Quiere comunicarnos aproximadamente cómo empleó el tiempo durante la velada?

Por primera vez, una franca sonrisa iluminó el rostro de Arnold.

—¡Dios le bendiga, inspector; no fui yo quien mató al pobre diablo, si esto es lo que quiere usted insinuar, y Judith tampoco! No soy tan tonto como para correr el riesgo de que me ahorquen.

Habló ajustándose su corbata y estirando su chaleco blanco ante el espejo con una magnífica indiferencia.

Después de cenar en el restaurante, Judith y él acompañaron a unos amigos al teatro Haymarket, donde representaban la célebre pieza *Una coartada de diez minutos*; luego se trasladaron todos a un cabaret de Regent Street, en el que estuvieron bailando hasta las doce menos veinte. A causa de la niebla, el coche que los trajo de vuelta empleó mucho tiempo en cubrir su trayecto y era casi medianoche cuando de nuevo entraron en la casa.

Concluida su declaración, Masters obligó a Arnold a abandonar el cuarto; se volvió luego hacia la señora Brixham, diciéndole con bondad:

—No se deje impresionar por esta habitación ni por lo que voy a preguntarle, señora; nada absolutamente puede ocurrirle.

—Sé que soy absurda, pero, la verdad, no comprendo lo que me pasa. Hace solamente dos horas no me habría imaginado jamás que podría sentirme tan trastornada. Es... la primera vez que veo realmente este cuarto... Cuando mi padre murió yo no contaba más que tres años y no me acuerdo de nada. Pero ¿qué deseaba usted preguntarme?

—¿Después de la entrada del señor Bender aquí, decidió usted, señora, no permanecer en el comedor?

—Sí, me sentía incapaz de soportar aquella espera Guy me siguió, pretextando que el experimento le aburría.

—¿A dónde se dirigió usted al abandonar el comedor?

—A mi tocador, en el primer piso. ¿Por qué?

—Simple cuestión de rutina, señora. ¿Cuánto tiempo se quedó usted allí?

—Hasta que oí el grito de Judith, es decir, cuando...

Hizo un gesto brusco en dirección al lecho.

—Ese muchacho que traje aquí...

—Crea, señora, que participamos profundamente de su pesar. ¿Alguien estaba junto a usted? ¿Una criada?

—Pero... Guy estaba conmigo.

El lápiz de Masters estuvo a punto de escapársele de las manos.

—¡Sí! —gruñó—, sí, es natural. Pero no habrá permanecido todo el tiempo en su compañía, señora. Quiero decir que los jóvenes..., gustan de deambular por la casa.

Isabel le miró.

—No sé qué se trae usted entre manos, inspector, pero Guy estaba, en efecto, horriblemente agitado cuando entró en mi tocador.

—¿A qué hora?

—Una media hora después de comenzar el experimento, es decir, a eso de las diez y media; estoy segura, pues Dios sabe cómo he acechado el reloj durante esa espantosa espera. Cuando llegó Guy, tratamos de jugar al ajedrez, a menudo ocupamos de este modo nuestras veladas, después a las cartas; pero estábamos demasiado nerviosos, y, al fin, nos pusimos a hablar de lo que ocurría.

—¿Y el señor Guy Brixham permaneció constantemente junto a usted hasta medianoche?

—Sí.

Tairlaine miró a sir George, que parecía aliviado: «¡Perfecto! Todo el mundo disponía ahora de su coartada en la casa». Pero Masters no estaba satisfecho y su rostro se ensombreció todavía más al oír a H. M. canturrear con aire distraído.

—¿Desearía usted quizá formular una pregunta a esta señora, sir Henry?

—En efecto —dijo H. M., frotándose el mentón—. Dice usted señora, que su sobrino le habló del cuarto. ¿En qué sentido?

—Me tranquilizó mofándose del pretendido peligro.

—¿Del peligro de una trampa envenenada?

—Sí. Me dijo: «Suponiendo que una trampa de este género hubiera existido originariamente, ¿crees que el veneno conservaría su poder durante tantos años?».

H. M. contrajo el ceño.

—No se sabe...; si causó su primera víctima en 1803 y la última en 1876, esto indica un período de virulencia muy largo... A propósito, Masters, esto me recuerda el caso del cofrecillo de Cagliostro, del que hablé en la mesa: el viejo Bricci, el coleccionista, fue hallado muerto, sin señal aparente, en su museo particular. Hágame recordar más tarde esto. Pues bien, el cofrecillo con trampa, causa de su muerte, había sido fabricado en 1791 o 1792... Le ruego continúe, señora Brixham.

Ésta le miraba fijamente.

—Sí..., recuerdo haberle respondido a Guy: «Lo que dices es verdad, pero alguien...».

Arrojó una furtiva ojeada a H. M.

—«... alguien ha entrado en ese cuarto..., lo ha limpiado..., arreglado. ¿No podemos suponer que esa persona haya vuelto a cargar la trampa en esta ocasión con veneno de flechas?».

—Pues precisamente ha sido empleado veneno de flechas —dijo Masters—. Lo que resulta particularmente raro es cómo ha podido procurárselo. Entre las armas del despacho de su sobrino, no en las de las panoplias, hay dos o tres flechitas en una caja guardada en un cajón de su escritorio.

Masters silbó entre dientes.

—Paciencia, amigo, ya volveremos sobre este punto —dijo H. M.—. Es su conversación con su otro sobrino lo que ahora me interesa, señora. ¿Qué respondió cuando le habló usted de la posibilidad de que hubieran vuelto a preparar la trampa?

—Su respuesta me tranquilizó —repuso la mujer, estremeciéndose—. Me dijo: «¿Crees, acaso, que una persona que se propusiera matar a su víctima de este modo sería lo bastante estúpida para ir a limpiar la pieza, poner tornillos falsos y barrer el comedor? Habría dejado el cuarto en el mismo estado, para no despertar sospechas..., como ha ocurrido». Y es verdad, ¿no?

—Un buen tanto para Guy —refunfuñó H. M.—; yo me hice la misma reflexión, y, desgraciadamente para mi reputación, también me tranquilizó... ¿Hizo otras observaciones?

Isabel vaciló.

—Hizo una reflexión extraña... Después de haberme afirmado que la pieza no encerraba el menor peligro, añadió: «Y no ofrece el menor interés, a menos que resuelvan el problema de la masilla».

—¿De la masilla? —repitió Masters—; ¿se refiere usted a la masilla de los vidrieros?

Tairlaine observó el sobresalto de la señorita Brixham.

—¿Qué quería decir?

—No sé nada: no quiso explicarse. ¿No comprende usted? —exclamó—. Reclamo su ayuda, le digo todo cuanto sé con la esperanza de que se halle al fin la verdad.

—¿Cómo es, señora —continuó Masters—, que el señor Guy Brixham sabe tanto acerca de un cuarto que nunca ha visto?

Tuvo ella una ligera sonrisa.

—Es que es el historiador de la familia, el único que se ha ocupado en descifrar los viejos papeles. Conozco, por supuesto, la historia de este cuarto...

Con los ojos repentinamente extraviados, clavó la vista en la enorme mesa de palo áloe, sobre la cual una gran flor de lis se dibujaba en tinte más oscuro, y en las seis sillas incrustadas en cobre, con asiento de satén rojo.

—Todos están sentados ahí —dijo, tendiendo el índice hacia las sillas—: el señor de París, el señor de Tours, el señor de Blois, el señor de Reims..., los seis...

—Poco importa por el momento —dijo H. M.—. Calma, Masters, hierve usted de curiosidad y yo comienzo a formarme una horrible idea de la famosa leyenda. Pero quiero oírla por boca misma de Guy, porque... Dos preguntas todavía, señora, se lo ruego. Ya que está usted al corriente de la historia de este cuarto, tal vez pueda hablarme de su primera víctima, que me interesa particularmente: Maria Brixham, muerta en 1825, la víspera de su matrimonio.

—¿Qué quiere usted saber acerca de ella?

—No acerca de ella, sino del hombre con el cual se iba a casar: George Bettison. ¿Quién era?

Levantó Isabel sus ojos pálidos, visiblemente sorprendida.

—Sí, sé algo sobre él. Era un joyero muy de moda. Cuentan que después de la muerte de su novia, su comercio decayó bruscamente; una vez arruinado, desapareció. ¿Por qué esta pregunta?

—Páseme ese trocito de pergamino, sir George, y usted, Masters, deme el naipe.

H. M. se levantó, y poniendo el pergamino sobre la mesa, delante de la mujer, dijo bruscamente:

—¿Ha visto usted esto?

Isabel se tensó y alzó hacia H. M. un rostro desesperado.

—No —dijo al fin—. Es latín, y he olvidado lo poco que sabía. ¿Qué significan estas palabras?

—No se inquiete; alguien colocó este escrito sobre la pechera de Bender.

Sin quitarle los ojos de encima, le mostró la carta.

—Y esto, ¿lo ha visto?

—Pero si es un naipe..., el nueve de picas; pues sí, alguien debió sacarlo esta noche. ¿También lo encontró sobre él?

—Calma, señorita Brixham. La cosa sería demasiado fácil, en verdad, si alguien hubiera sacado esta carta. Sus recuerdos no son exactos: ha sido su sobrino Alan quien sacó el nueve de trébol. Gracias, señora, he terminado. ¿Quiere usted hacer el favor de enviarnos a Guy? He de hacerle varias preguntas de importancia.

Se levantó la interlocutora, vaciló un instante, humedeció sus labios y, tras un visible esfuerzo, logró expresar lo que la atormentaba:

—Escúcheme, se lo ruego. He respondido a todas sus preguntas, y eso me da derecho a saber...

Señaló con un movimiento de cabeza los postigos herrumbrosos que protegían la

ventana.

—Alan me lo aseguró, pero... ¿esos postigos estaban bien cerrados con cerrojo por el interior?

—Sí, y los cerrojos se hallaban tan atascados por la herrumbre que fue preciso el empleo de una lámpara de soldar para abrirlos... No se preocupe de la razón que puede haberla impulsado a formular esta pregunta, Masters.

Cuando hubo partido Isabel, H. M. sacó su bolsita de tabaco, y, mientras atiborraba su pipa, miró al inspector con aire irónico:

—¡Se trata de sólidos postigos, Masters! ¿Se da cuenta? ¿Se enfrentó usted alguna vez con la pesadilla de una situación imposible...? Pero ¿recuerda que hablé de un cofrecillo de Cagliostro? Hay uno de la misma clase en esta habitación... Pardiez, Masters, no salte de ese modo, que me crispera los nervios. Se parece tanto al otro, que se diría fabricado por la misma persona. Y es muy posible.

—Pero usted afirmó que no había nada sospechoso aquí —exclamó Masters.

H. M. suspiró y se dirigió hacia el peinador colocado en el ángulo izquierdo de la estancia. Examinó el espejo injuriado por las moscas, la cubierta de mármol, los cajones de madera dorada. Cediendo a su presión, el cajón superior de la derecha se abrió rechinando.

Apareció un cofrecillo de plata ennegrecida, de unos veinticinco centímetros de largo y doce de ancho, provisto de pequeños pies de unos diez centímetros de alto. Sus laterales, bombeados, se adornaban con pastores danzando al compás de las flautas de Pan; una guarnición de rosetones esculpidos bordeaba el contorno de la tapa interrumpiéndose dos centímetros a cada costado de la cerradura. La tapa, que parecía de un techo, llegaba hasta el borde de los rosetones, pero sobrepasaba la cerradura, en la que aún permanecía una llavecita ennegrecida.

—Vea —dijo H. M.—; la llave no está echada, la quito. Continúe Masters..., abra el cofre.

Masters se frotó el mentón.

—Es que, señor...

—¿Alguno de ustedes se siente con valor? Ensaye usted, Tairlaine; no hay riesgo, créame.

Cediendo al irresistible impulso que solía llevarle al encuentro de todo peligro oculto, Tairlaine tocó la prominencia que había sobre la cerradura, luego introdujo su dedo bajo el borde de la tapa, que procuró alzar. Nada se produjo; alzó la caja entera, pero la tapa resistía.

—Cuidado —exclamó sir George.

Tairlaine tomó el cofrecillo entre sus manos y apoyando la diestra sobre la tapa, el pulgar colocado bajo la prominencia, tiró de nuevo. La tapa cedió un poco, descubriendo una delgada abertura en la que introdujo la uña del pulgar...

Algo se soltó dentro y la caja se abrió de un golpe.

Un sudor frío perló la frente de Tairlaine. Pero sólo una ligera nube de polvo salió del cofrecillo.

—¿Comprende usted la treta, ahora? —preguntó H. M.—. Sus movimientos han sido exactamente los que se esperaban de la víctima, si la caja hubiese estado preparada. Hay que hacer un esfuerzo para vencer la resistencia de la tapa, lo cual ya está calculado. La han construido de tal modo que no se puede abrir sino poniendo el pulgar bajo esta prominencia. Cuando cede un poco, se introduce la uña del pulgar en la estrecha abertura. En el preciso instante en que la cubierta se abre, una minúscula punta de acero sale de la parte posterior, pincha debajo de la uña y desaparece al abrirse completamente la tapa. ¿No es sencillo?

Tairlaine clavaba una mirada aún intranquila en el interior del cofrecillo, tapizado con lo que en otro tiempo debió de ser felpa. Un gran medallón medio borrado descansaba en el fondo. Cerró el cofrecillo con un golpe seco.

—Bastante simple, en efecto —dijo—; la aguja pincha sin dejar señal. Pero no hay semejante trampa aquí... a menos que yo no haya sentido...

—¡Vamos, vamos! Insisto en que ese cofre no encierra peligro, yo mismo lo probé. Las iniciales de su fabricante están grabadas en la tapa. Mire bien y verá las letras M. L. Da la casualidad de que, con motivo de otro caso, tuve que estudiar a los artesanos de esa época. El que fabricó esta clase de cofres era un artesano francés, un *fabricante de muebles*, fíjese en el detalle, del que nada sé, excepto el nombre que dejó.

—¿Y...? —apremió Masters.

—Ese nombre es Martin Longueval, amigo —dijo H. M.—. Sí, puede usted perfectamente pensar en la persona que lleva estos dos nombres. ¿No sería el constructor del cofrecillo un pariente de nuestro amigo Ravelle?

Nadie tuvo tiempo de responder. La puerta volvió a cerrarse violentamente y la voz que resonó aparecía impregnada de un furor tal que H. M. se volvió con brusquedad.

—¿Qué diablos está haciendo usted con ese cofre? —gritó Guy Brixham.

Todavía el as de picas

Guy, lo bastante inteligente para advertir que no maquinaban nada peligroso, recobró su sangre fría, aunque todavía estaba pálido y tembloroso cuando avanzó con paso silencioso por la habitación y sacó su pañuelo para enjugarse el sudor de su frente.

Había en la apariencia de Guy algo de rectilíneo, que acentuaba su estrecha cabeza, de frente demasiado elevada, su modo de moverla lentamente, sus arrugas y su sonrisa.

—Disculpen mi actitud, señores —dijo—. Profeso singulares prejuicios, y ver a extraños manipular lo que ha sido el patrimonio de mis antepasados, me parece una verdadera herejía.

Sus ojos no cesaban de agitarse detrás de sus gafas negras.

—¡Así que éste es el famoso cuarto! Muy interesante. Entra, Judith.

No había advertido su presencia en el marco de la puerta. Vaciló y pareció hacer acopio de valor, como si quisiera imitar el aplomo y el espléndido equilibrio de Arnold, sin lograrlo en absoluto. El caballeresco Tairlaine ya había admirado a la hermosa joven. Notablemente bien formada, Judith Brixham era una morena de piel blanca, cuyo rostro impresionaba no sólo por su belleza, sino también por la variabilidad de su expresión. Tan pronto fruncía el ceño con aire reflexivo, como sonreía con exquisita picardía.

—Sí, deseo entrar —dijo—; tengo ganas de ver esta habitación. No parece inquietarles mucho, señores.

—Sí, por cierto que se toman todas las libertades... —apuntó Guy—. No, no es un reproche, señores. Pero ¿puedo saber, por simple curiosidad, qué les interesa del cofrecillo de las miniaturas?

H. M. parpadeó.

—¿El cofrecillo de las miniaturas? —repitió—. Singular denominación. Pero, en verdad, ¿cómo conoce usted su existencia?

—Podría decirle más acerca de este cuarto que aquéllos que lo han visto. El cofre debería contener, si nadie las ha robado, dos miniaturas de ciertos... antepasados. Un miembro de nuestra familia fue quien lo fabricó.

—¿Martin Longueval era, pues, uno de sus parientes? —preguntó Masters.

Esta pregunta sorprendió visiblemente a Guy Brixham.

—Asombroso —murmuró con esfuerzo—. Scotland Yard sabe mucho más de lo que nosotros, simples mortales, podemos imaginarnos. ¿De modo que oyó hablar de Martin Longueval? Por intermedio de usted, supongo, sir Henry... Sí, era uno de nuestros parientes lejanos.

—Pariente también de la familia del señor Ravelle —insistió Masters.

Guy se encogió de hombros.

—En un grado muy lejano, creo. ¿Examinaron el cofrecillo?

La pregunta fue formulada demasiado como al descuido, y se sentía el esfuerzo en la voz de Guy. ¿Por qué? Tairlaine miró el cofre y luego a H. M., mas el rostro de este último había recobrado su impasibilidad.

—Muy interesante —dijo H. M.—. No he visto nada sospechoso, pero no soy competente. Un perito podrá quizá informarme. No se preocupe por la cuestión. ¿Fabricó Longueval ciertos muebles de esta habitación?

Guy vaciló.

—Sí, tengo muchas razones para creerlo, de acuerdo con las cartas que poseo, pero no puedo decirle cuales.

H. M., cesando intencionadamente de interesarse por Guy, trasladó su atención a la joven.

—Entre, señorita Brixham —le dijo amablemente—, y siéntese. Si los asientos de aquí le dan miedo, utilice esta silla del comedor, que es inofensiva. Es usted la prometida de Hipócrates, ¿no?

—¡Oh! —exclamó la joven escandalizada—. ¿Se refiere al doctor Arnold? Sí, en efecto. Pero podría usted no mostrarse tan descortés conmigo como con él. Sé que no le aprecia. Por su parte, presentará una queja al jefe de policía por la forma en que le han tratado.

—¿Al viejo Boko...? Vaya, acaba usted de hacerme recordar una apuesta que le gané y que no me fue pagada. Gracias por el aviso, es usted muy amable.

—¡Oh, ya sé! Alan dijo quién era usted y Eugene reconoció que, sin duda, se había engañado. Añadió incluso que en otra época, aún era usted joven, resolvió muy bien todos los casos que le fueron confiados —agregó la joven con candor.

Sonrió, reflexionó un instante y exclamó de pronto:

—¿Es posible? ¡Un hombre ha sido asesinado en esta habitación de un modo horrible, que ignoramos, y helos a ustedes aquí instalados tan cómodamente como si estuviesen en el club!

—Es un modo como cualquier otro de exorcizar a los demonios. Pero desearía saber qué piensa usted de este suceso.

—Jamás sentí simpatía por ese insoportable Bender. ¡Oh!, naturalmente, estoy consternada por su muerte, pero no me agradaba su modo de interesarse por todo y de hacer preguntas absurdas, mirando de una manera rara.

—Gracias. ¿Así que no había usted descubierto que era médico alienista?

—¡Dios mío, no! Si lo hubiese sabido, quizá habría reñido a Gene por haber ocultado a ese perro guardián en la casa. Es preciso moderación en todo, hasta en la virtud. Un hombre debe mostrarse humano, embriagarse en caso de necesidad, hacer el tonto si se es necesario, pero no admito que juegue con el cerebro de las gentes.

—En una palabra: ¿es una mentalidad como la del joven Carstairs la que le agrada?

—Y usted —dijo H. M., dirigiéndose a Guy—, ¿había penetrado en la verdadera personalidad de Bender?

—¿Yo? No, lo confieso. No hacía mucho caso de él; lo tomaba por uno de esos psicólogos aficionados que suelen perseguirnos con sus manías. Además, no podía menos de prever las preguntas de aquel solemne pajarraco y responderle de modo tal que le sumiese en la mayor confusión. Pero volvamos a lo nuestro, sir Henry: ¿qué desea usted preguntarme?

—No es cosa que me preocupe mucho..., me dice que dispone usted de una coartada indiscutible... Como todos aquí, por otra parte, lo cual atormenta particularmente a nuestro amigo Masters.

—Lo siento, inspector —declaró Guy con malicia.

—Me han dicho también que no cree usted en una trampa emponzoñada —prosiguió H. M.

—¡Ah! ¿Ella le dijo eso? Francamente, no estaba muy seguro de eso, pero quería tranquilizar a Isabel. Sin embargo, como todos poseen una coartada, la hipótesis de una trampa previamente tendida resolvería sus dificultades, me parece...

—Desgraciadamente no, porque había en el cuarto una persona que imitó la voz de Bender, que tomó su agenda de notas y colocó un rollo de pergamino sobre su pecho...

—¿Qué?

Sorprendido, Guy manifestó un asombro sincero y por primera vez pareció asustarse.

—¿Un pergamino, dice? Dio usted con el modo de hacerme perder mi sangre fría; le felicito. ¿Puedo verlo?

H. M. se lo tendió. Las manos de Guy temblaban al desenvolver el manuscrito sobre la mesa.

—¿Sabe usted qué es? —preguntó H. M.

—Sí —respondió lentamente Guy—, y voy a decírselo; se trata de una tentativa para comprometerme. Mira, Judith, ¿reconoces esto?

—Parece —dijo la joven— uno de tus...

—En efecto. He comprado una media docena de hojas de un pergamino especial, y muy caro, de piel de cabra, y este trozo procede de una de esas hojas.

—Reconoce usted entonces que le pertenece —dijo Masters.

—Les he dicho que no tengo nada absolutamente que ver con este manuscrito —exclamó Guy, que empezaba a perder su afectación y a obrar como un ser normal—. ¿No han mentado ustedes para tenderme una trampa? ¿Es cierto que lo hallaron?

—¡Qué curioso! —comentó H. M.—. Creo que dice usted la verdad. ¿Y para qué

compró este pergamino?

Guy se dejó caer en una silla.

—Escuche —dijo—, y trate de comprenderme. Me intereso particularmente por las antiguas supersticiones: es mi manía. Magia, nigromancia, ocultismo, adivinación, ejercen sobre mí una verdadera fascinación. Es como un entretenimiento para mí...

—¿A qué disculparte? —cortó Judith con impaciencia—. Por mi parte, adoro los cocodrilos disecados y las hierbas mágicas... Guy tiene una biblioteca asombrosa.

—En todo caso, es una ocupación para quienes, como yo, se aburren en la vida —dijo Guy—, y continuó, a pesar de las incesantes bromas de Alan, prodigiosamente irritantes. Pero le devuelvo golpe por golpe, y uno de estos días le daré una buena lección. ¿Lo oyó usted esta noche? Si me agrada comprar un pergamino y entretenerme en escribir un estudio acerca de Salomón...

H. M. lo observaba.

—¿Qué piensa de la inscripción? —dijo.

Guy empleó esta vez más tiempo en responder; se diría que un pensamiento súbito acababa de atravesar su espíritu y una expresión de malevolencia triunfante se pintó en su rostro.

—¿La inscripción? Evidentemente, es un talismán para ahuyentar al demonio; una receta de Alberto Magno probablemente. Buscaré en mi biblioteca, si quiere, pero Alberto Magno ha escrito veinte gruesos volúmenes.

Se volvió hacia sir George y le preguntó:

—¿No la reconoce usted?

—No —respondió sir George en tono breve—, pero no me sorprendería que supiera usted a qué atenerse, Guy. No, no se enoje... No pretendo que la haya usted escrito o colocado donde la hallamos. Digo solamente que la reconoce.

—¿De veras? Crea lo que le parezca. Pero le digo desde ahora que no estaremos más avanzados cuando hayamos encontrado la cita. Algún imbécil...

Apretó los puños.

—... ha copiado un talismán a su antojo y lo colocó aquí para comprometerme.

—¿Sospecha de alguien?

—Quizá.

—Espero que tenga usted la bondad de explicarse, señor —dijo Masters.

—¿Me toma por un tonto? No, inspector, no señalaré a nadie. Sería un caso de difamación; no soy más que un hermano menor sin patrimonio y no podría pagar las costas.

Mostró una sonrisa maligna.

—Tal vez obre de acuerdo con una hipótesis que me es personal. Me dijo usted que habían robado la agenda de Bender. ¿Recogió algún otro indicio acerca del cual desearía mi opinión?

H. M. puso el nueve de picas sobre la mesa.

—Hallaron esto al lado del cadáver. ¿Encierra este naipe una significación práctica o simbólica?

—¿Junto al cadáver? Muy interesante. Me adula usted, sir Henry; cualquier echadora de cartas le diría que las picas indican siempre disgustos, el nueve particularmente; pero me pregunto si esta carta estaría ahí a título de presagio...

H. M. se inclinó sobre la mesa.

—He aquí que de pronto se pone usted de buen humor —dijo—. ¿Qué le ocurre?

—De tan buen humor me siento, que voy a darle una idea. Esta carta acaba de sugerírmela. Jamás me hubiera creído con madera de criminalista; es una facultad que acaso me conviniera cultivar; hazme recordar esto más tarde, Judith. Procurando razonar lógicamente el problema, advertí que comete usted un error capital: no se remonta a sus orígenes. ¿Cuáles son estos orígenes?

—Aquí están —respondió H. M., señalando con un amplio gesto toda la habitación—. El indicio importante, el que nos suministrará la clave del misterio, está contenido en la historia de este cuarto. Esta historia es lo que espero oír de su boca, y no una teoría fantástica.

—Encantado de proporcionarle esa satisfacción. Pero escúcheme un momento, quiero hablar del origen de la muerte de Bender. ¿Dónde reside? Bender vino a esta casa como médico alienista, para descubrir al sádico demente que estranguló al loro y degolló al perro.

La risa de Guy sobresaltó a Tairlaine.

—Vino enviado desde el manicomio, y como descubrió al demente... debía morir.

—Qué ridículo —exclamó Judith—. Por el amor de Dios, Guy, cesa de representar una comedia y muéstrate natural. Tienes exactamente la misma voz que adoptabas para referirme historias de aparecidos acerca de...

Miró la mesa y las sillas con visible malestar, golpeando con el pie con actitud infantil.

—Ya no eres una niña, querida —repuso Guy—. Tienes treinta y un años. Déjame continuar. Bender era, pues, una víctima ya señalada. Y en la tirada a la suerte de esta noche, por una curiosa coincidencia, tomó justamente la carta que habría de enviarlo a esta habitación. ¿Debemos creer que el naipe le fue entregado por el azar?

—Siga —dijo H. M. con una voz sin timbre.

—Gracias. Donde la coincidencia se hace realmente inverosímil, señores, es en el momento en que Bender no recibe en el reparto una carta cualquiera, sino que, para añadir lo pintoresco, saca precisamente el as de picas de que la tradición popular ha hecho el naipe de la muerte. La casualidad no entra para nada en ello, créame. Pero ¿cómo diablos se las compusieron para ejecutar la treta? No puedo explicármelo. Reflexione un momento: se puede hacer saltar el corte jugando una partida, pero aquí

las cartas estaban esparcidas en abanico sobre la bandeja que Shorter hizo circular. Bender fue justamente el último en servirse. ¿Cómo, pues, habrán podido forzar la carta, puesto que él mismo la escogió? Nos hallamos en presencia del problema mejor planteado que yo conozca. ¿Cuál es su solución, sir Henry?

H. M., que había logrado sentar su enorme cuerpo en una de las manoseadas sillas de palo áloe, detuvo bruscamente el movimiento que hacía para llevar su pipa a la boca.

—Masters —dijo—, ¡he sido un idiota! Masters, hijo mío, soy el último de los imbéciles. Los hechos más simples no me han saltado a los ojos. ¡Oh, Dios mío, decir que he visto eso sin sospechar nada! ¡Pronto, llame a Shorter! Que traiga el paquete de cartas de que se sirvieron esta noche. ¡No quiero preguntas, voto a...! Haga lo que le digo.

Cuando el inspector hubo traspasado la puerta, H. M. miró a Guy con aire sombrío.

—Por el momento, lleva usted la mejor parte, amigo; mis laureles palidecen.

—Ignoro lo que piensan —dijo Judith, dilatados los ojos por el estupor—, pero Shorter..., es absurdo. Está a nuestro servicio desde hace años...

—Tú no lo comprendes —observó Guy—; creo que sir Henry sabe a qué atenerse.

Masters reapareció acompañando a Shorter, muy desconcertado, aunque no ofrecía en absoluto la apariencia de un culpable.

—No sé para qué me quiere este hombre, señor —manifestó con aire de dignidad ofendida—, mas aquí están las cartas de que se han servido esta noche; yo mismo volví a guardarlas en su caja. Si desean verlas...

—Bien —dijo H. M.—. Cuéntelas.

—¿Señor?

—¡Cuéntelas! Sabe usted contar, me imagino.

Shorter obedeció con mano temblorosa.

—La cuenta está justa —dijo frunciendo el ceño—; hay cincuenta y dos cartas.

—Haga el favor de volver a hacerlo, mirando las cartas una a una para ver si nota alguna particularidad extraña. No me pregunte cuál. Haga lo que le digo.

—Pero ¿qué significa esto? —preguntó sir George.

—Paciencia, ya lo comprenderá. Tómese su tiempo, Shorter... ¡Ah, ya estamos! ¿Qué encuentra?

—No sé si me equivoco, señor, pero se diría que hay dos ases de picas.

—¡Delo por seguro! Masters —dijo tristemente H. M.—, he aquí una de nuestras mejores pistas reducida a la nada. ¡Bender representó muy bien la comedia! Esto no le dice nada porque usted no lo vio, pero los demás se acordarán. Después de sacar su carta, Bender puso su mano bajo la mesa como si tomase extremas precauciones para

mirarla sin que sus vecinos la pudiesen ver. Recuerden: a pesar de la perfección con que desempeñó su papel para no despertar nuestras sospechas, no pudo menos de hacer una curiosa mueca producida por el as de picas. Recuerden también que poco antes, durante la velada, un paquete de cartas fue retirado de su caja y esparcido por el vestíbulo sin ninguna razón aparente. ¿Comprenden ahora lo que ocurrió? Bender tomó el as de picas de ese paquete, y luego, en la mesa, lo sustituyó simplemente por la carta que en realidad había sacado. Era el último en escoger, y ya sabía que nadie había sacado el as de picas del verdadero paquete. Por una razón que se nos escapa, tenía interés en venir a este cuarto..., y el nueve de picas no abandonó el bolsillo de su esmoquin. Han notado ustedes que el naipe está arrugado. Debía de estar buscando algo en su bolsillo en el momento en que el veneno comenzó a hacer efecto y sacó la carta al caer. Este nueve de picas que tomamos por un indicio serio es simplemente la verdadera carta que sacó en la mesa... ¡Me mataría, Masters, por no haberlo comprendido!

El talismán

E stá claro —dijo sir George.

—De una sencillez elemental —apoyó Guy, con una risa desagradable—. Estoy encantado de hallarme con un problema policiaco en el que la víctima desempeña el papel de villano. Supongo que el muchacho no se habrá suicidado sencillamente de un modo teatral. ¿No les parece?

Masters, más lento en asimilar aquella nueva versión, comentó:

—Todo esto es muy bonito, señor; pero ¿qué interés tendría Bender en permanecer en este cuarto?

—Esperaba que el asesino viniera a atacarlo y se ofreció como cebo. El asesino acudió, en efecto... Bender no carecería de valor, y me pregunto si no tenía un arma en su bolsillo: el nueve de picas pudo haber caído al sacarla. En tal caso, también habrían robado el arma.

—Un momento —exclamó Masters—. Se me ha ocurrido una idea y una breve investigación podrá demostrarnos que es buena. Quiero decir que quizá exista, después de todo, en este cuarto, una trampa emponzoñada.

—¡Dios mío! —repuso H. M.—, no es muy original su ocurrencia. ¡Así se lo lleve el diablo! ¿No ha oído, entonces, todo lo que hemos dicho esta noche?

El inspector ni pestañeó.

—Espere, y verá que mi explicación es perfectamente original. Acaba usted de probar que el nueve de picas había caído del bolsillo de Bender, ¿no? Entonces, ¿qué habría impedido al rollito de pergamino caer también?

—Pero le insisto, inspector —intervino Guy—, que jamás he...

—No se inquiete, señor; puede explicarse de muchas maneras la presencia de ese documento entre las manos de la víctima. Continúo: ignoramos si el asesino había tendido una trampa cargada de curare, disimulándola en un ornamento del mobiliario, por ejemplo, o en otra parte. En el momento en que Bender percibe que está envenenado, ¿qué hace? Guarda en su bolsillo una terrible acusación contra el asesino, consignada en la agenda; su instinto le impulsa a ocultar esa agenda en un sitio donde la policía podrá hallarlo antes que el autor del crimen lo descubra. Tiene apenas el tiempo justo para cumplir su propósito..., quizá se halle la agenda disimulada en el lecho, por ejemplo, lo que explicaría la posición del cuerpo. En el momento de sacarla del bolsillo de su esmoquin, la carta y el rollo de pergamino salieron también; la carta cayó al suelo y el rollo, por accidente, quedó sobre su pecho. Ahí tiene —concluyó el inspector.

H. M. se irguió lentamente.

—¡Por el alma de mis antepasados! —exclamó—. He oído muchas reconstrucciones disparatadas en mi vida, pero jamás ninguna desafió a tal punto las

leyes del equilibrio y del sentido común. ¿Cree usted de veras esa funambulesca historia, hijo?

—¿Por qué no? Cada cual dispone aquí de una coartada válida, la ventana está protegida por postigos de hierro cerrados con cerrojo y cinco personas vigilaban la puerta. ¿Qué piensan entonces?

—Si es preciso mostrarle su error, lo haré. ¿Lo ve usted, señor Guy? —dijo H. M.

—Pero, vamos —protestó Judith—, ¿cómo quiere usted que Bender haya tenido bastante fuerza para sacar su agenda del bolsillo y apresurarse a esconderla y no la haya tenido en grado suficiente para llamar en su socorro? Es absurdo... Por otra parte, si sacó, al mismo tiempo que la agenda, la carta y el pergamino, los dos objetos habrían caído al suelo. Bender estaba echado *sobre la espalda*, yo le he visto, de modo que habría sido necesario que el rollo de pergamino diera vueltas en el aire como una mariposa, esperando su caída... Seguramente va a hacerme usted salir de aquí, pero eso no me impedirá decirle que su hipótesis es absurda.

—¡Calma, Judith! —intervino Guy—. Me adhiero a su parecer, inspector, por más que su hipótesis me parece un poco traída por los pelos. Pero si la aceptamos, ¿cómo explica usted la voz que respondió a las llamadas?

—No estoy encargado de suministrarle explicaciones —respondió tranquilamente Masters—. Si autorizo las hipótesis, es únicamente porque sir Henry está aquí. ¡He oído hablar de invenciones mecánicas capaces de reproducir la voz!... Algunas personas podrán burlarse, si eso les divierte, pero tengo aquí tres hombres y haré sencillamente una pequeña investigación para asegurarme por mí mismo de lo que hay en este cuarto... ¿Desean quedarse para ayudarnos?

H. M. manifestó tener algo más importante que hacer. Quería trasladarse al despacho de Mantling, e insistió para que los demás le acompañasen. Guy, que acechaba a Masters detrás de sus gafas negras, esperó a que estuviesen a punto de abandonar el cuarto; apoyando entonces la mano en el cofrecillo de plata, solicitó:

—Ya han examinado ustedes este cofre sin encontrar nada sospechoso, me han dicho... Permítame que me lo lleve, me interesa. Puro sentimentalismo de mi parte, naturalmente, pero querría...

Masters previno el gesto de Guy, y sin manifestar lo que pensaba, respondió:

—Lo siento, señor, pero nada de lo que se halla aquí puede ser sacado por el momento. Personalmente, no vería inconveniente alguno..., pero la regla es inflexible. Entre nosotros, ¿por qué tiene tanto interés por este cofrecillo?

—No tengo ningún interés particular por él —repuso Guy.

Estaba tranquilo, pero el desagradable brillo —rabia, desesperación, temor o simple perversidad— ya percibido antes, asomaba ahora en su mirada. ¡Extraño joven! No conseguía situarlo: tan pronto amable y natural, un instante después no era más que afectación e incluso tomaba, a veces, un aspecto reptil. Su voz temblaba.

—No tengo ningún interés particular por el cofre, pero hay una miniatura en su interior, creo habérselo ya dicho y quisiera... ¿Le parece sospechoso? ¡Qué absurdo!

Acechando al joven con el rabillo del ojo, Masters abrió la tapa y retiró el objeto que Tairlaine ya había visto. Era un medallón ovalado, con borde de oro, de unos ocho centímetros de largo, que contenía dos miniaturas sobre marfil, pegadas una contra otra; representaba una de ellas un rostro de mujer, la otra uno de hombre.

Guy tomó la alhaja con precaución y Judith se acercó a mirar.

—Charles Brixham —dijo Guy, pasando la yema de los dedos por el vidrio—, el primero de los que murieron en esta pieza, y su mujer. No pondrá usted seguramente objeción a que...

—Deje que se lo lleve, Masters —dijo H. M.

En el momento en que salían de la habitación, Judith se apoderó del medallón para examinarlo: aquellos retratos parecían fascinarla; mostró por último el medallón a Tairlaine y, por primera vez, las sombras del pasado tomaron un aspecto tangible en aquella casa. Ahora adquirirían figura los seres vivientes que habían ocupado el *cuarto de la muerte*.

Una de las miniaturas representaba el delgado rostro de un joven de unos veinte años, con mirada de visionario; su expresión, de extrema dulzura, indicaba casi debilidad. No llevaba peluca, pero sus cabellos estaban peinados en trenza; una corbata de caza rodeaba su cuello; estaba vestido con un severo traje de montar, color marrón, de alta botonadura. Con el mentón apoyado en la mano, parecía reflexionar. A despecho del colorido de la pintura, se adivinaba la palidez del modelo, como se advertía, asimismo, un cerebro poco equilibrado, predispuesto a sucumbir bajo el peso de sus elucubraciones.

En perfecto contraste con el rostro del hombre el de la mujer —una belleza latina de contornos redondeados y ojos oscuros—, impregnado también de una cierta dulzura, revelaba un sentido práctico tan neto, tan visible, como los rizos de su empolvada peluca. Su tez parecía de un natural brillante y su boca, de firmes contornos, ofrecía una expresión un poco dura.

—¿Cree usted que me parezco a ella? —preguntó Judith—. Guy lo pretende, según el gran retrato que se halla en el primer piso, pero que me ahorquen si veo la menor semejanza. Los ojos y los cabellos, no son del mismo color; me arrojaré al agua si alguna vez mi cara toma este aspecto de luna llena.

—Era una mujer muy inteligente, querida —dijo Guy.

Aquellos retratos obsesionaban todavía a Tairlaine cuando llegó con todos al despacho de Mantling. El agente de servicio ante la puerta abierta fue despachado por H. M. para ayudar a Masters.

Inclinados sobre un pequeño billar de mesa instalado sobre el escritorio, Ravelle y Carstairs terminaban una animada partida; este último recogió vivamente sus

ganancias.

—No había más remedio que hacer algo —dijo Carstairs a Judith, a manera de excusa—, puesto que nos secuestraron aquí. ¡Caramba!, Judith, no tiene usted necesidad de mirarme con ese aire de desagrado; le he ofrecido mi ayuda, mi simpatía, le he ofrecido...

—No le haga caso —intervino Ravelle con indulgencia—, está un poco nervioso, compéndalo; el whisky es el responsable. Me decía: «Camarada, le ofrecí mis consuelos y los ha desdeñado», y se echaba un vaso al colete. «Pero ¿de qué quería consolarla?»; yo le respondía. «¡Oh! —continuaba—, no se trata de eso, es por principios», e ingería otro vaso. ¡Pardiez! Yo mismo soy muy inglés, pero no alcanzo a comprender esa mentalidad. Haré bien en beber todavía un poco de whisky. Mi viejo Merrivale, venga a jugar conmigo una partida, y apuesto a que le gano...

—Va usted a quitarme inmediatamente ese billar —tronó H. M.—, y... No, espere; ¿dónde están los otros? ¿Dónde está Mantling?

—Se acostó —respondió Carstairs—. No alcanzo a comprender qué le ocurre a Alan, tan dueño de sí, tan lleno de sangre fría ordinariamente. Parece desconcertado por este asunto...

—¿Y la señorita Isabel? ¿Qué ha sido de ella?

—Creo que padece una crisis nerviosa —respondió Ravelle—. Figúrese que apenas nos habíamos instalado aquí, cuando entró como un ventarrón, corrió al escritorio y arrojó por tierra todo lo que había en los cajones. El hombre de guardia en la puerta saltó sobre ella y...

—¡Basta de charla! —interrumpió Carstairs—. Se puso en un estado espantoso y costó llevársela. Haría usted bien en ir a hablarle, Judith. ¿No se le ha metido en la cabeza que las flechas traídas por Alan y por mí, no las de las panoplias, sino las de mano que tienen cinco centímetros de largo, están envenenadas...?

—Pero ¿no es la verdad? —preguntó suavemente Guy—. Usted mismo se ha jactado de creerlo.

—Ya lo sé, pero se puede muy bien decir que se ha conseguido traer de un viaje algunas armas envenenadas cuando se sabe que hay mil probabilidades contra una de que no las haya; eso las hace interesantes —replicó Carstairs—; por ejemplo...

—Nadie se preocupa de lo que le parece a usted interesante o no, amigo —dijo vivamente Judith—; si me permite que le hable con franqueza, ya estamos cansados de soportarle en esta casa. No me es posible echarlo porque es usted un amigo de mi hermano, pero compórtese al menos con decencia mientras está aquí. Beba su maldito whisky, y continúe divulgando sus repugnantes mentiras acerca de...

Se volvió jadeante.

—¿A propósito de qué deseaba usted hablarnos, a Guy y a mí, sir Henry?

Carstairs se había interrumpido de súbito y la observaba con estupefacción; de

pronto la luz pareció hacerse en su espíritu:

—¡Dios mío! —dijo, en un soplo—. ¡Es eso, entonces!

Un crujido de faldas de seda... y Judith partió. Carstairs, inmóvil, quedó mirando la puerta, luego hizo ademán de arrojar unos dados sobre la alfombra. Tairlaine, que esperaba un estallido por parte de H. M., quedó sorprendido al oírle decir en tono pacífico:

—Vamos... Ya sospechaba yo que había habido gresca en alguna parte.

—Son esas malditas armas —afirmó Carstairs—; pero ¿cómo hubiera podido yo saber? No me dijo nada en el primer momento. Se rió, y deduje... Vea usted, pretende detestar el sentimentalismo, y las mujeres tienen hoy día ideas tan extraordinarias que la cosa es cierta algunas veces; mas, ¿cómo saberlo? Una tarde que estaba yo aquí refiriéndole hermosas historias y haciendo molinetes por encima de mi cabeza con una flecha, me pinché casualmente una mano. Tras un segundo de verdadera angustia, resolví sacar partido de la situación presentándole una comedia digna de los mejores actores del cine. Aproveché para describirle mis sentimientos hacia ella, añadiendo que eso no tenía importancia puesto que iba a morir. No repetiré lo que me contestó, porque soy un caballero, pero cuando le había hablado del mismo modo una semana antes, se burló de mis «charlatanerías». Las cosas se echaron a perder cuando se precipitó llorando en busca de socorro y regresó en el preciso instante en que bebía yo de la botella para darme ánimos, siendo así que me creía inerte en mi sillón. Todo quedó destruido...

Ravelle meneó la cabeza.

—Es preciso más delicadeza en amor, amigo mío; lo esencial es ir progresivamente hasta el momento en que se está seguro del éxito.

—¡Muy bien! —gruñó H. M.—. Ya veo lo que ocurrió; ella rió, tomó la cosa a broma, afirmó que desde el primer instante había advertido la superchería, y la jornada transcurrió en una atmósfera de cordial intimidad. Pero dos o tres días más tarde se enoja con un fútil pretexto y rompe con todo... Pero oiga, joven, no estoy aquí para escuchar extravagancias; quiero saber a qué atenerme respecto a ese veneno.

—Lo peor es que esa arma no estaba emponzoñada —dijo tristemente Carstairs.

—¿Y las otras?

—Las lanzas y las flechas de la panoplia son absolutamente inofensivas y creo que las flechitas de Alan también. Pero pronto sabrá usted a qué atenerse. Ya le dije que la solterona armó un jaleo del diablo, que no sólo atrajo al agente de guardia en la puerta, sino también a otro de sus compañeros y a los expertos que cotejaban impresiones digitales en el cuarto vecino. Estos últimos se llevaron las flechas, y Arnold condujo a Isabel a su habitación. Espero que ya se haya repuesto.

—¿Es todo cuanto tiene que decirme? Entonces, ¡lárguese! ¡Sí, váyase de aquí,

pero no abandone la casa!... ¡Usted, quédese! —dijo H. M., reteniendo a Ravelle—; necesito de su presencia porque deseo oír una pequeña historia de familia...

—¿Una historia de familia? ¿De qué familia?

—De la suya —respondió H. M.—. No me había dicho usted que era pariente de los Brixham.

Ravelle entornó los ojos, mostrando asombro.

—Oiga, ¿es una broma? Me sentiría, naturalmente, muy halagado, pero ¿quién me considera pariente de mis amigos Brixham?

—La policía, de una parte —contestó Guy—, y yo por la otra. Es que, vea usted, he estudiado un poco los papeles de la familia. Pero soy el único en saberlo; Alan no tiene la menor sospecha y pensé que más valía no decir nada, puesto que usted mismo no había mencionado nuestro parentesco. Me pregunto por qué.

—Seré franco —dijo repentinamente Ravelle—, pero abandone ese aire solemne. He oído decir, en efecto, que éramos parientes, pero, en un grado tan lejano, que nada se opone a nuestra amistad..., por otra parte, al venir aquí, abrigaba en cierto modo el propósito de adquirir algunas cosas. Póngase en mi lugar: ¿iba a colocar a mis amigos en un brete? Me concibe usted diciéndole a Alan: «Oiga, ¿va usted a dejarme este mueble al precio que le ofrezco porque somos parientes?». ¡No sería deportivo! Tengo por costumbre practicar juego limpio.

Guy inclinó la cabeza.

—Puesto que los dos sabemos que no es así —dijo—, las cosas no varían y nos atendremos a eso. Me es igual.

—Muy bien. Mil gracias —respondió Ravelle sin alterarse—; por lo demás, he bebido demasiado whisky esta noche para prolongar esta discusión. Asimismo, pienso en ese pobre muchacho muerto tan trágicamente y me felicito de estar aún vivo. ¿Puedo preguntar qué han descubierto? El agente no ha querido decirme nada, y la cosa me interesa.

—Uno de sus antepasados también se interesó en asuntos parecidos —observó H. M.—. ¿Sabe usted si en el siglo dieciocho Martin Longueval fabricó algún mueble o algún objeto de ese cuarto?

Ravelle enarcó las cejas.

—Le aseguro, señor, que no conozco ningún Martin Longueval que haya vivido en una época tan distante; el primero de este nombre es mi tío segundo.

—Entonces —dijo lentamente H. M.—, si el mobiliario no le dice nada, ¿es quizá la masilla lo que le interesa? Porque sé que esta materia no le es indiferente a Guy.

Sobrevino un mortal silencio. Tan largo tiempo había sido diferido el golpe, que Tairlaine casi había olvidado la frase pronunciada por Guy en el tocador de Isabel. El efecto fue impresionante, pero, con gran sorpresa de Tairlaine, distinto del previsto. Guy se limitó a pasear una ojeada por los asistentes y a aplaudir. Pero Ravelle, que

encendía un cigarrillo, se quemó los dedos y se volvió jurando para arrojar la cerilla al fuego. El movimiento tuvo, sobre todo, por objeto ocultar su semblante; había recobrado su máscara de afabilidad cuando de nuevo mostró la cara a los presentes, pero las venas de sus sienes estaban singularmente hinchadas.

—¿Masilla? No comprendo. ¿Qué quiere decir?

—Según todas las probabilidades, querido amigo —dijo Guy con una exquisita cortesía—, comprende usted mucho mejor que él. Tanto me ha admirado el modo cómo Merrivale acaba de hacer su jugada, que eso me decide a referir con toda franqueza la historia del Cuarto de la Viuda. No tenía intención de decírselo todo, sir Henry, pero usted merece que lo haga. Comprenderá la causa de esas muertes... si es lo bastante sagaz. Le lanzo un desafío.

Su rostro de arrugas múltiples expresaba una súbita alegría; se aproximó al aparador.

—Un vaso de oporto para aclararme la voz. Veamos: Alan debe de tenerlo en uno de estos compartimentos.

Se aseguró de que su extraña entonación había despertado la atención de sus interlocutores. Con aire de conspirador, hizo girar la llave de la puerta de la derecha.

—Van a probar el oporto 1898, de Alan. ¿Por qué diablos las puertas del aparador son todas tan difíciles de abrir? Esta...

La puerta se abrió rechinando; Guy se echó atrás a fin de no tapar la luz y Tairlaine, inclinado sobre el hombro de sir George, percibió su rostro...

Un rostro que, desde el interior del aparador, los miraba, los ojos muy abiertos. Una segunda ojeada tranquilizó a Tairlaine y lo llenó de cólera. Guy reía bajito.

—El oporto debe estar del otro lado... Lo siento señores. Espero no haberlos asustado. Alan se divierte con chiquilladas; su mayor placer consiste en hacer referir a ese maniquí anécdotas de gusto dudoso delante de sus amigos... ¿Olvidé quizá decirles que mi hermano es un ventrílocuo aficionado y con talento?

Abrió otra puerta.

La leyenda

La historia del Cuarto de la Viuda —dijo Guy—, comienza en París, en el mes de agosto de 1792 —es decir, en la época del terror— y aún no ha terminado.

Sentado detrás del escritorio, Guy, con el medallón entre sus dedos, volvió hacia sus cuatro oyentes el retrato del joven.

—... Charles Brixham, hijo único del fundador de nuestra casa, tenía entonces veinte años; acababa de terminar sus estudios en París y sus cartas de entonces inspiradas en Rousseau, prueban que profesaba todavía un verdadero culto por la Revolución Francesa. *«Tres años de encarnizados esfuerzos»*, escribía en abril a su padre, *«y esto no ha concluido todavía; pero gracias a Dios hemos vertido hasta aquí menos sangre para cumplir nuestra tarea, que la que los tribunales de Inglaterra han hecho correr en seis meses. Nuestro nuevo ministerio girondino ha dado pruebas de una firmeza exenta de violencia. Hay, por supuesto, algunos extremistas, que se han agrupado bajo el nombre de jacobinos, pero el señor Roland sabrá reducirlos»*.

»El viejo Brixham, hombre rico e hijo de sus obras, revolucionario fanático él también, respondió irónicamente al joven Charles que no se hace una tortilla sin romper los huevos. Indignado por ese punto de vista, su hijo declaró apasionadamente: *“que no podía aceptar el menor subsidio de un padre imbuido de tan sanguinarias ideas”*. Lo malo es que el tonto consiguió salir adelante, y volvemos a hallarlo en 1792 viviendo miserablemente en la calle Saint Julien le Pauvre, los cabellos sin empolvar, leyendo a Rousseau a la luz de una triste vela y frecuentando las ruidosas tribunas de la Asamblea Nacional. Hasta un niño hubiera podido prever la tempestad que iba a desencadenarse sobre Francia cuando el ministerio girondino declaró la guerra a Austria. Los reveses del ejército francés provocaron una violenta reacción en todo el país; se gritó traición; María Antonieta, la Austríaca, fue denunciada y Marat exigió víctimas. Renació un poco la calma cuando el rey, con el gorro frigio a guisa de sombrero, arengó a la muchedumbre. Pero Prusia declaró la guerra y su ejército marchó sobre París. El poder de los jacobinos aumentó. Charles Brixham se hallaba a las puertas de Orleáns cuando los federados marseleses hicieron su entrada en la capital, a tambor batiente, cantando el más hermoso himno patriótico que la historia haya jamás registrado. Respondió a aquellos nuevos acentos con un “Viva Roland” y recibió al punto un puñetazo en la nuca que lo hizo rodar desvanecido bajo una puerta cochera. El diez de agosto, habiendo Danton disuelto la Asamblea, Charles Brixham oyó desde su casa la fusilería, en dirección de las Tullerías. Se precipitó a la calle y supo que la guardia suiza había sido arrasada y el rey y la reina hechos prisioneros. Con Danton, Marat y Robespierre en el poder, la guillotina comenzó a funcionar en la plaza de la Revolución. Fue entonces cuando el amor apareció en la vida de Charles Brixham. Las circunstancias de este

acontecimiento distan de ser ordinarias: el 16 de agosto, arrastrado por la muchedumbre hasta la pared del Hotel de Ville, Charles Brixham se había encaramado a una ventana, con algunas personas, para seguir los debates. Oyó a Robespierre reclamar con urgencia la institución de un tribunal revolucionario, luego otro personaje tomó la palabra y su discurso sanguinario indignó a Charles, que quiso protestar; pero como la emoción le hiciera olvidar su francés, gritó en inglés algunas palabras que aquéllos que le rodeaban tomaron, evidentemente, por una aprobación. En su agitación, cayó pesadamente entre la multitud contra la pared en que la gente se apoyaba.

»Una mujer envuelta en un manto gris con capuchón le ayudó a levantarse...

Guy volvió el medallón y mostró la cara redondeada de la joven, de ojos inteligentes y risueños, boca dura.

—Le dijo ella: “sé inglés: ¿estáis loco, milord?”. Al instante aquel aturdido joven gritó en francés: «¡Abajo esos malditos jacobinos, esos asesinos!». La muchedumbre quiso acabar con él; apoyada la espalda contra el muro, se defendió hasta que su espada quedó rota. Aprovechando un revuelo, la mujer del manto gris le arrastró vivamente de la mano, y, sin cesar de correr, llegaron, exhaustos, a la orilla del Sena y se sentaron en los escalones que descendían al agua ondulante. Se negó ella a decirle su nombre, pero le dio un beso prometiéndole que le volvería a ver. ¡Imagínense el efecto de ese encuentro en un joven visionario, medio enloquecido por el derrumbamiento de su ideal político y atiborrado de concepciones acerca del amor extraídas de *La Nueva Heloísa*! Una mujer desconocida se había convertido en su diosa, en su única esperanza, en su razón de vivir. Escribió a su padre en el pomposo estilo de la época: “*He contemplado a una criatura mortal adornada con el rostro de un ángel*”. El viejo Brixham debió de responder con alguna broma bastante cruda que puso término por algún tiempo al intercambio de correspondencia. En el mes siguiente, Charles no pensaba sino en recorrer las calles en busca de su bienamada: era la época de las persecuciones de septiembre. La halló de nuevo la noche de la coronación de la Diosa Razón; salía furtivamente de una puerta de la calle del Temple, llevando bajo el brazo un paquete que parecía consistir en libros de cuentas, y al instante dedujo que acababa de cumplir una misión caritativa. Aunque se mostrase contenta de verlo, su primer impulso fue huir. Entraron juntos en un café, y, más tarde, le propuso ella espontáneamente acompañarlo a su casa. Vivieron tres días de felicidad; la joven respondía a sus ruegos: “Sí, nos casaremos, pero no enseguida” y persistía en negarse a decirle su nombre. La mañana del cuarto día huyó, mientras él dormía, dejándole una misiva. Una larga y triste espera comenzó, y aún no había dado otra vez con «su ángel» aquella fría jornada de invierno que vio caer la cabeza de Luis Capeto, el ex rey de Francia. Charles Brixham asistía a la ejecución, perdido entre la muchedumbre, entre la que escaleras y gemelos se alquilaban a precios de

oro. Como alguien le prestara unos de estos últimos, percibió a los dos ejecutores cubiertos con groseras blusas destinadas a preservar sus ropas y le arrancaron los anteojos en el momento en que la víctima ascendía las gradas del patíbulo. Charles cerró los ojos, pero antes del inmenso clamor que saludó la ejecución había oído los tres golpes sordos que ponían en movimiento la máquina de muerte^[4]. Charles Brixham partió tambaleante en el momento en que el coche se aproximaba para cargar con el cuerpo y la cabeza, y recordó la reflexión de uno de los vecinos, quien había dicho que Samson, el verdugo, ganaría una bonita suma vendiendo los rizos de los cabellos de Luis Capeto. Enseguida su espíritu horrorizado por aquella carnicería, se volcó sobre la marcha de la ejecución. ¿Dónde llevarían el cuerpo? ¿Aquellos montones de cabezas y de cuerpos? ¿Qué sería de los efectos de los ejecutados? ¿Cada cuánto tiempo debían afilar “La *Louissette*” o reemplazarla? ¡Terribles pensamientos, peligrosas cavilaciones!... Desde aquella época, el sentido práctico y la extravagancia se han mezclado tan extrañamente en nuestra familia. El alojamiento de Charles Brixham no quedaba lejos de la *Conciergerie*; a veces iba a acechar la partida de la última banda de condenados, y los veía trepar penosamente a la carreta, con las manos atadas a la espalda, temblando bajo el aire helado.

»Se dio a beber alcoholes costosos y a plantear las preguntas que le obsesionaban a un cafetero del Quai du Nord, temiendo a la vez que tuviese éste por sospechoso a aquel joven inglés sin afeitar, de bien provista bolsa, que no llevaba escarapela y olvidaba a menudo llamarle ciudadano. Pero juzgando, sin duda, aquella presa de poca importancia para “La *Louissette*”, el tabernero le dijo que fuese, de noche, a la colina que se alzaba detrás de Père Lachaise si deseaba enterarse de lo que la República hacía de sus enemigos. Desdichadamente para la integridad de su razón, Charles Brixham siguió aquel consejo y sus sueños se vieron en adelante turbados por el terrible espectáculo: a la luz de enormes fogatas, los enterradores cavaban hileras de fosas en las que eran precipitados los cuerpos de los condenados, luego de haber sido despojados de sus ropas, que clasificadas y colocadas en pilas, eran tasadas y consignadas en un libro por un inspector; después se las enviaba a lavar antes de venderlas. Otra imagen vino un poco más tarde a herir su cerebro: a principios de febrero, cuando graves rumores de guerra circulaban ya, siguió el volquete de los condenados hasta el pie mismo de la guillotina. Uno de los dos ejecutores era un joven de imponente estatura, elegante y muy digno, que sostenía una rosa entre sus dientes. Una sola esperanza retenía a Charles en París, la de encontrar a «su ángel»; aparte de esto, nada le interesaba; ni siquiera abría ya sus cartas y no le conmovió la advertencia de su padre, que le aconsejaba regresar inmediatamente a Inglaterra, pues la guerra estaba a punto de estallar. Es de suponer lo inmenso de su júbilo, cuando cierta mañana tornó la bella joven y le dijo con profunda emoción: «Me es preciso adoptar una resolución: si continuas amándome, nos vamos a casar, pero

abandonaremos Francia inmediatamente después». Se afeitó, y por primera vez, sacó de su cofre el chaleco de satén de otro tiempo. Se casaron el mismo día (formalidad muy sencilla en la época de la Diosa Razón), sin testigos. No leyó la firma de su mujer en el registro, pero ella le dijo llamarse Maria Hortense Longueval...

Tairlaine se sobresaltó al oír la tonante voz de H. M. gritar:

—¿Longueval? ¿Está seguro?

El encanto, empero, no se desvaneció. Sir George Anstruther, inclinado hacia delante, tenía un cigarro apagado entre sus dedos. Martin Longueval Ravelle se restregaba maquinalmente los ojos, pero ya no sonreía. El más afectado de todos era Guy; Tairlaine sentía como si aquel relato formase parte de su vida misma.

—Sí, era su nombre, en el sentido de que ella tenía cierto derecho a él. Ya verán por qué. ¿Mi historia les interesa, señores? La he repetido muchas veces.

Bebió un trago de oporto y continuó:

—Charles Brixham alquiló un carruaje para ir al pueblo de Passy, donde debían pasar una semana en la posada antes de embarcarse para Inglaterra. Cuando interrogó a su bienamada acerca de sus padres, ella le rogó que no se inquietase; nuestro joven idealista se contentó con esa respuesta. El idilio quedó interrumpido dos días después: Maria Hortense oyó gritar la noticia y muy pálida vino a decírselo: la guerra había sido declarada a Inglaterra. Danton clamaba que colgaría a los malditos «Rosbifs» de todos los faroles de la calle San Antonio y el posadero iba a verse obligado a denunciar que tenía un enemigo bajo su techo. El primer movimiento del joven fue echarse a reír al pensar en los navíos de lord Howe que vigilaban la Mancha. Pero Maria Hortense rebatió su soberbia: «Estás loco, tonto», dijo; «tenemos que ocultarnos, estaremos seguros en casa. Ahora eres mi marido y sabrás guardar lo que te pertenece». El tono con que pronunció ella estas palabras le sorprendió. Alquiló el joven una silla de posta y, al caer la noche, escaparon a rienda suelta hacia París. «No olvides que eres mi marido y no te sorprenda verte ante una hermosísima mansión», le dijo su esposa, no sin orgullo. Al desembocar en la calle Neuve Saint Jean, fueron detenidos por una banda que les gritó que sólo los “aristos”^[5] y los ingleses podían disfrutar de un coche. Maria Hortense asomó la cabeza por la portezuela y dejó caer su capuchón, diciendo: “¿Me reconocéis, ciudadanos?”. Con gran horror del joven marido, el hombre que había asido ya el pestillo retrocedió y sus camaradas se disculparon. Los recién casados se detuvieron en una esquina de la calle Neuve Saint Jean. “*La casa era muy hermosa —escribió él—, pero contenta una profusión de objetos artísticos en desorden y retratos colocados hasta en el suelo*”; le chocó también el nerviosismo de los criados. “¿Está aquí mi padre?”, preguntó Maria Hortense a un majestuoso mayordomo de peluca empolvada. Charles pensó que entraba en casa de unos descuidados “aristos”. “El señor de París está comiendo”, respondió ceremoniosamente el lacayo, “con su señora abuela y cuatro de sus señores

hermanos venidos de provincias. Su quinto hermano se ha visto retenido, pero el señor Longueval llegó de Tours... ¿La señorita no ha olvidado el cumpleaños de la señora Marthe?”. “Quiero ver a mi padre”, respondió Hortense. Luego, dirigiéndose a su marido, añadió: “Festean a mi bisabuela, una verdadera tirana, que mañana cumple noventa y ocho años. Has escogido un buen momento para ver a toda la familia Espérame aquí, debo hablarles primero”. Esperó con el corazón palpitante; el ruido de una animada discusión llegó a sus oídos, después la voz de María Hortense que gritaba: “Es un milord inglés y tiene fortuna”. Apareció enseguida con las mejillas hechas un fuego y le pidió que entrara. La pieza estaba brillantemente iluminada con bujías. Imagínense en el esplendor de sus dorados la habitación que han visto esta noche, esta misma mesa cubierta de vituallas y las seis sillas en derredor. Había una séptima, una especie de trono, en la cual una anciana, con la cabeza cubierta de finos encajes, el rostro pintado, se hallaba sentada. Sostenía en una mano un vaso de vino tinto y en la otra una muleta. Los cinco hombres, robustos, mocetones, cuyos cabellos sujetaban cintas de vivo color, eran hermanos, visiblemente; el quinto tenía figura de pariente pobre. El primogénito se levantó, hizo un saludo cortés y dijo: “No debéis ignorar, ciudadano inglés, que el matrimonio de mi hija nos ha producido sorpresa. La cuestión es saber si os enviaremos a prisión u os admitiremos en la familia. Mis hermanos y yo no podemos arriesgar nuestras situaciones y nuestras cabezas por un capricho de niña, pero mientras tomamos nuestra decisión, seréis nuestro huésped. Martin Longueval, dadle una silla; señor de Blois, servidle de beber”. “Es necesario que hayáis estado locamente enamorado, joven”, dijo uno de los hermanos en son de burla, «porque escasas son las personas que se sienten inclinadas a formar parte de nuestro círculo». La anciana se apresuró a exclamar: “Un poco más de orgullo, Louis Cyr”, dijo, golpeando el suelo con su muleta. “Nuestro cargo le fue donado, hizo en septiembre último ciento cuatro años, al padre de mi marido por el Gran Rey en persona. En cuanto a este inglés... ¿por qué no? ¿No se casó mi hija con un músico? Si nuestra Maria Hortense siente amor por él, lo tendrá. Por otra parte, me agrada. ¡Acercaos y besadme, joven!”. “Señor Longueval”, dijo Charles con insegura voz, dirigiéndose al padre de Maria Hortense, “señor Longueval...”.

»“¿Longueval?”, repitió el otro. “¿Por qué os servís de la antigua forma de nuestro nombre? Sólo una lejana rama de nuestra familia la ha conservado. ¿Será posible que Maria Hortense os haya ocultado nuestro verdadero apellido?”. Una formidable carcajada sacudió a los invitados e hizo vacilar las llamas de las bujías. En el mismo instante, poco faltó para que Charles Brixham cayera desvanecido. Un joven de imponente figura, elegante y digno, una rosa en la boca, entró en la habitación. “En nombre del cielo”, exclamó Charles, “¿quién sois?”. “Este ciudadano”, respondió el padre de Maria Hortense, “es mi hijo mayor, que me ha

reemplazado en el servicio activo. En cuanto a nosotros, ciudadano, pertenecemos a la familia de los Samson, ejecutores de elevada categoría de padre a hijo, en todas las altas cortes de Francia”.

Guy Brixham se detuvo para considerar a su auditorio. Un reloj en el vestíbulo dio la media.

—Por supuesto, lo han adivinado ustedes hace rato, pero he debido darles estos detalles para remontarme a las verdaderas causas del drama que debía seguir. Háganse cargo, también, que los Samson no eran demonios, ni siquiera malas personas. Acogieron al extranjero bajo su techo en un momento en que éste representaba un verdadero peligro para ellos. Los Samson cumplían concienzudamente las tareas de su profesión sin perder de vista el lado económico, naturalmente, pero jamás intentaron influir en Charles, como pareció éste haberlo confesado. Si su cerebro no hubiese estado ya afectado, y hay razones para suponerlo, sin los manejos de la anciana Marthe Debut Samson, el matrimonio hubiera podido ser feliz. Pero el pobre Charles Brixham había de morir loco. Demasiado orgulloso para reprochar a Maria Hortense que le hubiera ocultado su secreto, no cesaba de amarla. Los terribles sueños comenzaron a asediar sus noches; un día percibió en la cocina una pila de ropa limpia que evocó para él la de los guillotinos. En otra ocasión, su propia imagen en el espejo le causó un espanto sin límites. En marzo, cuando el Terror estaba en su apogeo, se embriagó en la biblioteca y salió tranquilamente de la casa para ir a entregarse. Pero apenas había descendido algunos escalones, cuando se encontró con el joven Henri...; éste, que hablaba bien el inglés, le interpeló con amabilidad y le asestó un puñetazo en la nuca para aturdirlo y hacerlo entrar a la fuerza en la casa. Maria Hortense acogió a su marido sin reproches, pero estuvieron días sin hablarse. Charles había escrito a su padre pidiéndole que buscara el medio de hacerlos salir de Francia; largo tiempo después un apoderado le respondió que su padre había muerto, pero que iba a hacer él lo necesario para permitirle regresar a Inglaterra. Maria Hortense afirmó entonces, como buena esposa, que seguiría a su marido dondequiera que éste fuese. “*La ternura podría existir entre nosotros*”, escribió Charles, “*sin mi maldita mentalidad, Dios de misericordia, ¿cómo podré jamás vencerme a mí mismo?*”. Pero la peor enemiga del matrimonio era, en mi opinión, la señora Marthe, que orgullosa de la estirpe de los Samson, y conocedora de los verdaderos sentimientos de Charles, había concluido por profesarle un odio feroz. El cierzo de marzo estuvo a punto de resultar fatal para la anciana, y su terrible rencor creció a medida que declinaban sus fuerzas. El cuarto de la mesa de palo áloe era el suyo: recostada en las almohadas del gran lecho en forma de cisne, el rostro sin afeites, una pañoleta protegiendo su garganta, recibía a Charles y le hablaba de los pasados horrores, de los presentes recibidos por su marido para que cumpliera más deprisa su siniestro trabajo y muchas otras cosas que pueden imaginarse;

rumiaba su cólera al verle escuchar sin emoción aparente, pero aquellas conversaciones producían su envenenado fruto, y jamás debería olvidar Charles el cuarto maldito. A fines de abril llegaron noticias de Inglaterra: un barco los esperaba mar adentro, a cuatro millas de Calais. Falsos pasaportes les permitirían quizá salir de París, la aventura debía intentarse. La señora Marthe estaba moribunda cuando supo el proyecto de fuga. Maria Hortense había pasado horas a su cabecera y la malvada anciana supo utilizarlas, sirviéndose de argumentos singulares: le mostraba “*extraños cofrecillos de oro y de plata en presencia del primo Longueval*”, escribió más tarde Charles: “*Una vez hasta le hizo prestar juramento sobre un crucifijo, Henri me lo ha dicho*”. La sardónica risa de la vieja los persiguió cuando partieron en un coche cerrado. Su huida no tropezó con dificultades y entraron en posesión de una bonita fortuna. Todo parecía encaminado a arreglarse de la mejor manera cuando, unos dieciocho meses más tarde, al descender Charles la escalera una hermosa tarde de verano, la atroz visión volvió a aparecersele repentinamente: un volquete lleno de cuerpos decapitados y sangrientos subía a su encuentro... Aquella noche, el odio se instaló en su hogar. Visiones semejantes a la anterior le persiguieron a intervalos; las ha descrito todas en su diario. No tardando mucho, ya no se atrevió a salir de su casa. A principios de 1796, Maria Hortense le dio dos gemelos, un varón y una niña, y el 2 de julio de ese mismo año, se enteraron de que la señora Marthe había muerto la víspera de su centenario dejando un singular testamento: legaba todos los muebles y objetos de su cuarto, sin excepción, a su bisnieta Maria Hortense, con orden de hacerlos llegar a Inglaterra. También había dictado una carta a Martin Longueval, que fue largamente retribuido por sus molestias. Éste se la llevó a Maria Hortense, que la quemó enseguida de leída, pero jamás olvidó su contenido, aunque no hiciese sino una vez mención de él. Charles no se opuso a recibir el mobiliario. Se había entregado a la lectura cotidiana de la Biblia, y permitió a Maria Hortense acostarse sola con sus hijos en el reconstruido cuarto de su abuela... Por sí mismos podrán completar ustedes este relato. Maria Hortense murió de muerte natural antes que Charles. La leyenda de una maldición vinculada a ese cuarto y pronta a descargarse sobre quienquiera que se atreviese a permanecer a solas en él, parece provenir de un ama de llaves que cuidó a Maria Hortense durante su enfermedad. En la última entrevista que sostuvo ésta con su marido, lo abrazó, todo rencor desvanecido, y le murmuró dulcemente algunas palabras; el ama de llaves oyó únicamente «en caso de gran necesidad». Después aguardó la muerte siendo la mano de su marido. De pronto hizo un esfuerzo para hablar, pareció querer formular una advertencia, pero no logró proferir una palabra. Los dos niños permanecieron aferrados a ella largo tiempo después que la vida la hubo abandonado, pues tenían miedo de su padre y de la carreta fantasma que no cesaba de perseguirlo.

Cerbatanas y ventriloquía

Cuando aquella suave voz se calló, Tairlaine debió hacer un esfuerzo para ahuyentar las malas sombras, tan alucinante había sido la evocación del pasado.

—Y ahora, señores —dijo Guy, levantando la mano—, ¿admitirían, sin asomo de duda, la existencia de una trampa emponzoñada? Están seguros de que el instrumento de muerte construido, por inspiración de la señora Marthe, por el artesano Martin Longueval fue enviado a su bisnieta con instrucciones acerca de la manera de utilizarlo para desembarazarse del loco que era su marido...

—Y usted, joven, ¿cree en la existencia de esa trampa? —dijo sir George—. Maria Hortense trató de poner en guardia a su marido en el último minuto y no pudo hacerlo... ¿Qué piensa del cofrecillo de plata que la anciana le mostró en presencia de Martin Longueval? Nos hemos ocupado mucho de un cofrecillo de plata esta noche.

—En el cual nada sospechoso hallaron —replicó Guy.

—No, es decir... —refunfuñó el otro, echando una furtiva ojeada en dirección a H. M.

Estaba éste sentado tranquilamente, vaga la mirada tras sus gruesos lentes, y dijo:

—Una hermosa historia la que acaba usted de referirnos, y no deja de ser admirable que haya evocado torrentes de sangre sin pronunciar más que una o dos veces la palabra terrible. Pero lo interesante es saber si simpatizamos con ese pobre cerebro desquiciado de Charles Brixham o con su mujer y la familia de ésta. En cuanto a usted, sus simpatías no se dirigen ni a unos ni a otros, sino únicamente al pasado. Le fascina el pasado a través de este relato.

—¡Bueno! —preguntó Guy, apretando los dientes—, ¿y si así fuera...?

—Responderé a esta pregunta —dijo H. M.—. Me preguntó usted, Anstruther, si esa caja ocultaba algún peligroso secreto; sí, por cierto...

—Pero todos convinimos... —principió Tairlaine.

—Sí, ya sé, nos pusimos de acuerdo para declarar que no encerraba ninguna trampa emponzoñada y que jamás la había contenido. Pero les pregunto ahora qué peligroso secreto puede ocultar. Usted, señor Ravelle, que es descendiente de ese Martin Longueval, ¿tiene una idea?

Cosa curiosa, el jovial Ravelle parecía el más afectado por el relato, y se mostraba como perdido en sus meditaciones. Debió de darse cuenta de lo extraño de su actitud y procuró explicarse.

—¿Se imagina usted que yo también he visto fantasmas? Quizá. No sé nada del cofrecillo, pero esas cabezas cortadas me impresionan. Si alguna vez hubiera visto funcionar la guillotina, como me ha ocurrido a mí, no le agradecería mucho abordar el

tema.

Se enjugó la frente con su pañuelo.

—Ustedes, los ingleses, pueden hablar de esto a su placer, porque en este país no se emplea ese aparato para castigar a los criminales. Y deberían felicitarse que en lugar de ello los ahorquen.

—¿Por qué? —dijo H. M.

—¿Por qué? Pues porque necesariamente se ahorcará a alguno por el crimen de esta noche, ¿no es así? —preguntó Ravelle, volviéndose hacia él—. No creerá usted, supongo, en esas absurdas trampas envenenadas. No ha dado con ninguna; mi anciano padre tampoco, en otra época. No digo que en su origen no haya habido un artificio de este género, pero Bender murió de una manera diferente. La policía afirma que le mató el veneno de que se sirven los indios para sus flechas. ¿Supone usted que se conocía ese veneno sudamericano en tiempos de la Revolución? No por cierto.

—He aquí —dijo una sonora voz— la primera palabra sensata que se haya pronunciado esta noche.

Tairlaine se volvió vivamente. No había oído abrir y cerrar la puerta, e ignoraba cuánto tiempo hacía que Alan estaba allí. Mantling parecía aún más corpulento en aquella penumbra.

—La primera palabra de sentido común, les digo. Oí la mayor parte de tu historia de aparecidos, Guy, y no me ha producido ni pizca de impresión.

Se acercó al escritorio.

—El caso es, amigo, que Guy adora las manifestaciones de este género. La única persona a quien llega a espantar con sus cuentos es a la pequeña Judy; los prepara como una conferencia. ¿No es cierto, George? ¿Qué bebes, Guy? ¿Oporto? ¿Abriste de nuevo mi aparador?

—Ambos amamos todas las manifestaciones públicas, me parece —replicó Guy—. Pero, eso sí, no me tienta imitar los diálogos espirituales que cambias con ese maniquí. No, no lo he tocado, sigue en el aparador.

—Hablábamos justamente... —dijo H. M.

Mantling abrió el aparador y arrojó al interior una mirada de sospecha.

—Su hermano nos ha dicho que es usted un excelente ventrílocuo.

—Vaya, H. M. —repuso Mantling, divertido— ustedes, los policías, son gente de lo más curioso. ¿Forma parte, por causalidad, de sus métodos, perder el tiempo con un muñeco ventrílocuo, cuando el cadáver de un pobre diablo descansa en la habitación vecina? Sutil, quizá, pero... Sí, ahí está Jimmy; lo saco algunas veces. ¿Le entretendría verlo en su tarea?

Sacó el muñeco y lo instaló junto a él.

—Recientemente —dijo H. M.—, un ventrílocuo amigo me aseguraba que este

modo de «lanzar la voz» era un mito imposible de realizar...

—¡Atrás, todos! —ordenó Mantling—, que fracasará el efecto si están ustedes demasiado cerca. Y ahora, Jimmy, vas a escucharme con atención: te pregunto... Bueno —continuó Mantling, volviéndose con impaciencia hacia la puerta—, Shorter, ¿qué diablos quiere?

—Perdone, señor —dijo la voz de Shorter— pero tienen que venir inmediatamente; el inspector de policía está extendido en el suelo, en el Cuarto de la Viuda; parece muerto.

H. M. brincó jurando y dejó caer su pipa. Tairlaine, al volverse hacia la puerta, oyó a sus espaldas una ruidosa carcajada. Mantling se oprimía los costados.

—Ahí tienen, señores, una pequeña muestra del humor de mi hermano —dijo Guy, sin hacer un movimiento—. Creo que les ha dado una breve demostración práctica.

Mantling, que reía hasta saltársele las lágrimas, volvió a guardar su muñeco.

—Así es; ¿han visto? Vamos, H. M., no me mire con esos ojos. No me sentía en disposición de hacer marchar a Jimmy esta noche, pero quise darles un ejemplo de mi habilidad. Guy tiene razón: es una demostración práctica. Hice que concentraran ustedes la atención sobre el muñeco para que no sospechasen que me preparaba a jugarles una treta con la puerta y conseguí engañarlos... Sin embargo, su amigo tiene razón, H. M., no se puede «lanzar» la voz. Todo es comedia: los oyentes no consiguen situar los sonidos sino cuando se sabe encauzar su atención.

H. M. lo consideró un segundo, mientras recogía su pipa.

—¿De veras? Pero ¿cómo llega usted a cambiar su voz? Eso no es comedia, ¿eh?

—¿El asunto le interesa? Perfectamente —dijo Mantling con evidente satisfacción—. Comprenderlo exige experiencia, pero voy a darle una idea. Adopte hace un momento lo que se llama la voz cavernosa. Mire: abro la boca y bostezo, y mientras mi garganta está en esta posición, hablo bostezando. Después alzo la lengua contra el paladar; cuanto más lejos vaya, más parecerá la voz distante y profunda, y serán los músculos del estómago los que le darán su vigor; los contraigo como para toser. Todo esto es fácil; donde empieza la dificultad es en el momento de pronunciar las palabras sin mover los labios. Ciertas consonantes son imposibles de decir, y hay que sustituirlas por otras... Pero ¿qué les pasa? ¡Todos parecen extrañados!

—Vamos por partes —dijo H. M., parpadeando—. ¿Dice que puede emitir esa voz cavernosa hasta cualquier distancia?

—No, no tanto; quise hablar de una distancia razonable dentro de la cual pudiera atraer la atención general. La voz, naturalmente, jamás es muy clara, dado el modo como se emite. Y cuanto más lejos se ve obligado uno a enviarla, más ahogado resulta el sonido, hasta...

Se detuvo repentinamente, abierta la boca, los ojos dilatados, y sus pecas se

hicieron de súbito más visibles.

—¡Estúpido! —le apostrofó Guy con voz muy clara—, ¿no ves que acabas de describir exactamente lo que ha ocurrido esta noche?

Mantling dio un paso adelante; en el mismo momento se abrió la puerta y apareció Masters. Advirtió al punto la tensa atmósfera de la pieza; sus ojos pasearon en torno a los presentes y cerró su agenda, pronto a obrar. H. M. se adelantó a su pregunta:

—Hemos sabido cosas muy interesantes referentes al pasado, pero pueden esperar. ¿Cómo le ha ido a usted? ¿Encontró la libreta de Bender?

—No, señor, pero nos hemos manejado muy bien, y creo que pronto estaremos en condiciones de probar de qué modo fue producida la voz. Como dice usted, eso puede espe...

—Repare en que mi hermano está a punto de sufrir un ataque de apoplejía, inspector —dijo Guy, oprimiéndose, nerviosamente las manos—. Mejor hará usted en hablar. ¿Por casualidad, habría sido producida la voz por un ventrílocuo?

Masters, muy dueño de sí ordinariamente, pareció tan impresionado, que Alan se echó hacia atrás con una sorda exclamación.

—¿Por un ventrílocuo? —repitió el inspector—. ¡Un ventrílocuo! Justamente. Usted comprenderá, señor, que no nos está permitido...

—Lo que el inspector procura hacerle entender, —dijo H. M., chupando su pipa—, es que los miembros del Cuerpo de Policía no están autorizados a hablar de cosas acerca de las cuales aún no saben nada concreto. Masters es de ordinario muy cortés, pero todavía no sospecha de usted, Mantling.

Masters se aclaró la garganta.

—¿Lord Mantling? Le buscaba, señor. Todos han prestado declaración menos usted y el señor Ravelle; si pudiésemos concluir enseguida, no necesitaría volver a molestarle esta noche. Por supuesto, continuaremos trabajando en el cuarto del crimen...

Mantling trató de recobrar el aliento.

—¡Está bien, inspector!... Bueno, vaya. ¿Qué desea usted saber? ¡No fui yo quien lo mató, caramba!

—No, señor. Se trata ahora de las flechitas.

—¿De las flechitas? ¿Qué flechitas?

—Las procedentes de América del Sur, señor. La señorita Isabel Brixham las sacó de un cajón de su escritorio y se las dio a uno de mis hombres...

Mantling se inclinó sobre el escritorio, tanteó los cajones y pareció sobrecogido de estupor al encontrar una llave en uno de ellos.

—¿Sabía usted que estaban envenenadas con curare?

—¿Sí? Pues ya es extraño... ¡oh, no, las flechillas no!... quiero decir... Perdón,

¿qué me preguntó usted, inspector?

—¿Sabe usted que están envenenadas con curare? El toxicólogo que las ha examinado acaba de telefonarnos.

—Bueno... sí y no —dijo Mantling—; es decir, todas las flechas para cerbatana deben estar envenenadas, ya se sabe; sin esto, ¿para qué servirían? He aquí por qué las guardaba en un cajón cerrado con llave. Pero ¡los indígenas de los bosques mienten tan a menudo! Les gusta que se crean envenenadas sus armas, porque eso hace que se los respete, pero con frecuencia las heridas se infectan sin que el arma tenga nada que ver en ello. El tétanos interviene en el asunto y la leyenda del arma envenenada toma más consistencia de la merecida. No sabía yo nada preciso al respecto, pero, por prudencia, las había puesto bajo llave, y es extraño...

—¿Cuántas flechillas tenía usted?

—Ocho. Les dije a sus hombres que tuvieran cuidado, ¿no?

—No hallaron más que cinco en el cajón, señor.

Mantling vaciló y los dos hombres se miraron.

—Pues había ocho —insistió Mantling—. Yo las vi con mis propios ojos la...

—¿La...?

—Vaya, que ya no recuerdo bien; la semana pasada... ¿quince días antes...? Imposible acordarme. Lo más curioso es esta llave. La última vez que miré las flechas, colgaba de mi llavero y hela ahora en este cajón. ¡Demonio!, ¿por qué todos me miran así...? Yo no he entrado solo aquí esta noche, inspector.

El rostro de Masters era de piedra mientras tomaba notas. Continuó:

—Habló usted de flechillas para cerbatana, señor. ¿Tiene usted también la cerbatana?

—¡Ah, ya veo! —exclamó Mantling—. ¿De modo que cree usted que ese pillastre que se intitulaba artista pudo ser muerto por una flechilla disparada con una cerbatana? La hipótesis, en todo caso, es más plausible que la de una maldición vinculada al cuarto... Escúcheme, la cerbatana ha desaparecido, efectivamente. Yo...

Masters avanzó un paso.

—Yo mismo me veo obligado a admitir que esto parece serio —refunfuñó H. M.—. ¿No encontró usted una flechilla, por casualidad, al efectuar su investigación, Masters?

—No, señor, no hemos encontrado nada que se le parezca, pero más valdría asegurarse. No, ni rastro de cerbatana.

—Dígame, amigo, ¿qué ha descubierto, entonces? —inquirió H. M., observándole—. Parece endiabladamente orgulloso. ¿Impresiones digitales, quizá?

El rostro de Masters reflejó una secreta alegría; al fin había dado con un caso que confundía a Merrivale tanto como a él mismo y eso le regocijaba.

—¿Impresiones digitales?... A montones. De todo el mundo. Todos han entrado

en el cuarto antes que... que a usted se le ocurriese la idea de llamarme. Y la persona que limpió la habitación fue lo bastante amable y ordenada para haber cuidado de llevar guantes... tal vez con el propósito de no ensuciarse las manos. Pero hemos recogido, sin embargo, algunas huellas de su paso.

El tono de Masters era tan tajante, que Tairlaine tuvo la impresión de que pronunciaba para alguno de los presentes palabras cargadas de amenazas. Inmediatamente después, cerró su agenda.

—Muchas gracias, señoría, ya no tengo necesidad de usted por esta noche, a menos que me pueda sugerir...

—¡Dios mío, no!

—Muy bien. Veamos usted, señor Ravelle.

Ravelle, que se había alejado subrepticamente para servirse un vaso de whisky, bebió un largo sorbo para darse ánimo. Masters, advirtiendo su emoción, le dijo con amabilidad:

—No tiene de qué alarmarse, señor, no estamos autorizados para detener a nadie por simples sospechas. Un breve testimonio...

—Le juro, señor, que no sé absolutamente nada acerca de este asunto. Dispongo de una coartada... lo que me hace sospechoso. Pero a despecho de esa coartada, no fui yo quien mató al pobre Bender y jamás lo había visto antes. Es todo cuanto puedo decirle. ¿Me permite concluir mi whisky?

—Desde luego, señor... pero no se trata de la cena; deseo saber lo que ocurrió después. ¿A qué hora abandonó usted la mesa?

—A las once y media, después que Bender hubo respondido a la llamada. ¡Señor, no es fácil que lo olvide! Ya estaba muerto hacía tiempo, me han dicho, y es una suerte para mí.

—¿Adónde se dirigió usted al salir?

—A mi cuarto: tenía que enviar dos cablegramas a París y debía escribir una carta. Telefoneé mis despachos a la *Western Unión*, sirviéndome del aparato que está en mi cuarto, escribí la carta y bajaba con ella al vestíbulo cuando oí gritar.

Masters le observó un instante y luego, consultando su libreta, prosiguió:

—¿Su cuarto, si no me equivoco, queda en el primer piso, sobre la fachada... exactamente frente al tocador de la señorita Isabel Brixham? Bueno, eso es. Probablemente no echó un vistazo hacia ese lado, al pasar, ni habló a la señorita Brixham, ¿verdad?

—No, no la hablé. La puerta, sin embargo, estaba abierta, y ella sentada ante el fuego, de espaldas, con la cabeza tan inclinada sobre el pecho que creí que dormía. De manera que no la molesté.

Un prolongado silencio sobrevino; Masters arrojó una ojeada a Guy, sentado muy derecho, las manos crispadas. Dijo el inspector con suavidad.

—¿Y dónde se hallaba el señor Guy Brixham?

Ravelle abrió mucho los ojos.

—¿Guy? No comprendo; él no estaba allí.

—Se equivoca usted, amigo —dijo Guy con la mayor sangre fría—. No podía usted verme, eso es todo. Supongo que no entró en el tocador. Si tiene la menor duda, interrogue a mi tía.

Dio el otro señales de evidente turbación y de pronto estalló.

—Oiga. No tengo intención de causar disgustos a nadie, y además, es usted mi amigo, pero mentir a los policías..., eso no lo haré. Lo encierran a uno muy fácilmente. Usted no se encontraba allí, estoy seguro, porque me adelanté a mirar... a menos que estuviera escondido en el baúl. La señorita Brixham estaba sentada en el gran sillón de cretona; se le veía la parte superior de la cabeza, pero usted no estaba allí.

—Lo siento —replicó Guy, encogiéndose de hombros—, serán dos testimonios contra uno, nada más.

—Interrogaremos de nuevo a la señorita Brixham para aclarar este punto —dijo Masters—. Gracias, señor Ravelle. Dígame: cuando bajó usted llevando su carta —era alrededor de medianoche— y volvió a pasar delante de la puerta; ¿miró hacia el interior?

—No... Espere... Creo recordar que la puerta estaba cerrada, pero no estoy seguro.

Masters cerró su libreta.

—No los molestaré más por esta noche, señores —dijo—, a menos que tengan algo que añadir... ¿No?

Echó una ojeada a H. M., que parecía de mal humor.

—Me vuelvo a casa —dijo este último—, necesito reflexionar, es esencial. Son casi las tres, veamos.

Advirtió con un guiño a Tairlaine y a sir George:

—¿Hacia dónde van ustedes? Usted vive a mi lado, Anstruther, haremos el camino juntos, fumando un cigarro. Y usted, profesor, supongo que no regresará a Kensigton esta noche, porque con esta niebla no podría estar allí hasta mañana por la mañana. Véngase conmigo, que ya le encontraremos un jergón para dormir. Necesito hablar con alguien... Masters, tengo que decirle algo en privado: venga al vestíbulo.

Tropezando con dificultades para hallar una conveniente fórmula de despedida, al separarse de su anfitrión, Tairlaine se contentó con murmurar una frase ininteligible al estrecharle la mano. Ravelle recorría nerviosamente la habitación sin mirar a Guy, Mantling refunfuñaba entre dientes y Guy, inmóvil, juntas las manos, mantenía los ojos obstinadamente bajos.

H. M., vestido con un abrigo adornado con un cuello de pieles comido por la

polilla y un viejo sombrero de copa, echado hacia atrás, discutía con Masters, cuando Tairlaine y sir George se le unieron en el vestíbulo.

—Usted se vuelve a su casa, señor —le decía Masters con indulgencia—, pero nos hallamos lejos de haber terminado aquí... mientras no tenga la descripción de esa cerbatana... Apostaría que es corta... En tanto no pueda mostrarle el conjunto de indicios completo, prefiero no decir nada. Pasaré por su oficina mañana por la mañana, si me lo permite.

—Entonces, ¿cree usted conocer al asesino y saber cómo fue cometido el crimen?

Masters hizo señas a Shorter, que ayudaba a los otros a ponerse sus abrigos, de que se alejase, y luego los acompañó a la puerta. La niebla seguía espesa, Tairlaine se estremeció.

—Estoy seguro de conocerlo —respondió al fin el inspector—. Me faltan todavía uno o dos detalles por precisar —detalles solamente — y todo se hará claro.

—¿Así que el culpable es...?

—Guy Brixham. Por una vez, sir Henry, me permitirá usted adoptar su actitud, entregando a sus meditaciones algunos indicios bastante sugerentes.

—Está bien.

—Me siento seguro de no equivocarme —dijo Masters—; primero, porque he visto un poco de bruma... como ésta. Y segundo, porque visitando el cuarto de Guy, he descubierto que poseía un auténtico kimono japonés... Le llevaré la prueba mañana por la mañana. Buenas noches, señores. Cuidado con los escalones.

El inspector saludó, como un mayordomo bien educado, antes de cerrar la puerta.

El hombre de la ventana

Cediendo a las instancias de H. M., Tairlaine aceptó pasar el resto de la noche en la amplia casa de Brook Street. Debió primero sufrir las lamentaciones de su anfitrión acerca de la ausencia de su mujer, que sólo regresaba para revolver la vivienda y recibir a numerosas personas a quienes él no deseaba ver; contra sus dos hijas que se iban con su coche y regresaban a la madrugada, tocando la bocina bajo sus ventanas para despertarlo; contra el Ministerio de la Guerra, demasiado parsimonioso para instalarle un ascensor y evitarle subir a pie sus cuatro pisos, etcétera.

Aquel demonio de hombre obligó a Tairlaine a jugar con él a la «batalla naval», complicado juego en que destacaba el viejo sabueso; luego le impuso acertijos de su invención, y por último se entretuvo buscando en sus libros citas que Tairlaine, como profesor de inglés, era de suponer que debía completar. Eran las cinco y media cuando al fin autorizó a Tairlaine a acostarse en un lecho cualquiera. Medio dormido aquél, se despertó para reprochar a su anfitrión no haberle dicho una palabra del caso entre manos.

—No se preocupe —respondió H. M.—. Es usted el mejor Watson que jamás haya yo encontrado. Si necesita whisky, golpee dos veces en el suelo. Los criados comprenderán.

Algunas horas de sueño le devolvieron su aplomo y Tairlaine regresó a su casa para cambiar de traje. A las diez, llegaba al despacho de H. M. en Whitehall, donde tenía cita con sir George. H. M. le esperaba en medio del pintoresco desorden que le servía de marco.

—¡Siéntese! ¡Cuidado!, esa silla no es muy sólida —advirtió H. M., apartando el teléfono—. Estoy atormentado, horriblemente atormentado. Se me ocurrió una cosa, anoche, mientras jugábamos a la «batalla naval», y he reflexionado largamente mientras estaba usted acostado... Quizá debiera haber prevenido a Masters..., pero el pobre es el mejor de la familia, después de todo, y quiero dejarlo que saque sus conclusiones. Me pregunto...

—¿A qué se refiere usted?

H. M. esbozó un gesto vago.

—Se trata de Guy. Usted no comprende, naturalmente, pero Masters va a llegar de un momento a otro. Veo en qué sentido orienta su investigación y eso precisamente es lo que me inquieta... ¡Bah!

El teléfono sonó para anunciar la llegada de George Anstruther. Pronto el baronet, arropado en un espeso abrigo, hizo su aparición.

—Esto va mal —dijo, sentándose para recobrar el aliento—, Mantling me telefoneó esta mañana.

—¿Y qué?

—Ignoraba el número de su teléfono privado y usted ya había partido cuando él llamó a su casa. Lo que tenía que decir no concierne a la policía, espero, a menos que...

—No irá usted a informarme...

—Tranquilícese, que no se trata de una nueva muerte; aunque sí de un incidente bastante desagradable. Mantling no ha sido muy claro en sus explicaciones, pero parece que Carstairs y Ravelle estuvieron a punto de matarse anoche...

—¿Qué? —exclamó H. M.—. ¿Está seguro de lo que dice? ¿*Carstairs y Ravelle*? Parecían hacer buenas migas, sin embargo, a menos que... ¿Cómo se produjo?

—Masters y sus hombres partieron una media hora después que nosotros. Todo estaba tranquilo y cada cual había entrado en su cuarto, salvo Alan, que los acompañó hasta la puerta. Masters, cuya negligencia me parece imperdonable, ni siquiera había dejado un guardián en la habitación del crimen. Suponga que existiese verdaderamente una trampa emponzoñada que alguien hubiera tenido interés en llevarse... La precaución era elemental...

—Precaución elemental —dijo H. M.—, que le había suplicado que no adoptase. No creí que me obedecería. Bien, ¿y qué?

—Alan se fue a acostar; había bebido mucho whisky y se durmió como un tronco. Un ruido le despertó, un ruido que parecía continuo: en el tiempo que empleó en recobrar el dominio de sus sentidos y girar el interruptor, el alboroto se hizo infernal en la planta baja. Eran exactamente las cuatro y veinte. Armado de su revólver, Mantling descendió la escalera, y por más que se niegue a admitirlo, debe de haber sentido un miedo terrible al descubrir que el ruido provenía del Cuarto de la Viuda. Oyó a Carstairs gritar en la oscuridad: «¡Lo tengo, lo tengo!». Alan encendió la araña del comedor y, provisto de una linterna, avanzó hacia el cuarto donde la lucha continuaba en medio del estrépito de los muebles derribados; el haz de su lámpara iluminó un salvaje cuerpo a cuerpo en el instante en que uno de los luchadores se desplomaba inanimado; el otro, Carstairs, que quedó en pie, estaba demasiado sofocado para hablar y bastante maltrecho también. Encendieron el gas en el momento que Ravelle comenzaba a recuperar el sentido. Cuando Carstairs lo reconoció, no pudo dar crédito a sus ojos... es lo que afirma, en todo caso.

H. M. interrumpió al narrador.

—Hubiera debido sospecharlo —exclamó—, hubiera debido saberlo. Pero no me imaginé que fuera hasta ese extremo... y soy yo, ahora, quien va a decirle esto: Ravelle tenía un cuchillo consigo, ¿no es verdad?, y, probablemente, también un punzón de acero muy largo, fino como una aguja, con punta acerada.

Se pintó la estupefacción en el rostro de sir George.

—¿Cómo diablo lo sabe...? Es cierto; hallaron sobre él esos dos objetos. Alan me

describió lo que llama usted el punzón, como una especie de aguja de tejer provista de un mango; afirma que Ravelle debió de utilizarla para cometer el crimen.

—¿Qué?

—Sí. Recordará usted que en la mesa Ravelle estaba colocado al lado de Bender. Alan pretende que Ravelle, luego de emponzoñar esa aguja con curare, pinchó a Bender por debajo del mantel en el momento que partía. Pero que no habiendo conseguido arañar la piel, el veneno tardó más tiempo en obrar: Bender habría muerto, sin embargo, antes de su primera respuesta a nuestra llamada, y una especie de gramófono fue quien contestó... ¡Oh!, no ponga cara de mártir. Sé que la explicación es absurda, o al menos lo parece, pero enloquece a Alan la idea de que le acusen de haberse servido de su habilidad de ventrílocuo y desvaría... Pero, para concluir con mi relato, descubrieron además sobre Ravelle algo cuya utilización no puede explicarse: una media docena de varillas de plastilina, envueltas en un pañuelo; esas varillas de modelar que hay en el departamento de juguetería, en la casa Woolworth, y que regalan a los niños... ¿Qué opina?

H. M. había recobrado su buen humor.

—Digo que esas varillas lo explican todo: Ravelle las necesitaba para reemplazar la masilla... No olvide la masilla que usted no ha visto, amigo; asumirá una importancia capital, pero apostarí, sin embargo, a que Ravelle fue por lana y salió trasquilado. Ravelle conoce el secreto de ese cuarto, no hay duda, y está al corriente de las trampas mecánicas...

Sir George brincó:

—¡Caramba! Henry, un poco más de orden en las ideas, por favor. ¿Existe o no la trampa? Usted nos afirmó solemnemente que no la había. ¿Qué quiere decir, con exactitud?

—No se enoje —repuso H. M.—. En vez de decirle lo que pienso, busquemos más bien la respuesta a una cuestión mucho más importante: ¿qué piensan Ravelle y Carstairs? ¿Cómo explican su actitud? En una palabra, ¿qué ocurrió?

—No he podido obtener de Alan explicaciones suficientemente claras. Ravelle se negó a hablar —la lucha fue dura, ambos conservan las huellas—, se incorporó no sin dignidad, salió tambaleándose y ganó su cuarto, donde, con gran furor por su parte, Alan lo encerró. En cuanto a Carstairs...

Bajo sus enmarañadas cejas, George arrojó una ojeada a H.M.

—... En cuanto a Carstairs, no quiso facilitar largas explicaciones. Dice haberse deslizado a ese cuarto para esperar al criminal, que, según él, debía de «venir a hacer alguna cosa...».

—A propósito, ¿por qué se encontraba Carstairs en la casa? No vive ahí, que yo sepa...

—No... Debí de volver subrepticamente después de que creyeran que se había

ido; quizá posee un duplicado de la llave de la puerta de entrada. Se puso de vigilancia en la oscuridad; un poco más tarde, alguien se escurrió en el Cuarto de la Viuda. El que llegaba apenas había traspuesto el umbral, cuando nuestro héroe le saltó encima.

—¡Así se lleve el diablo a ese atolondrado joven!... Por qué no habrá dejado... ¡Ah!

H. M. miró con aire furioso al teléfono que sonaba.

—¿Saben a quién anuncia? A Masters, por supuesto, que llegará triunfante, orgullosísimo de haber vencido allí donde la vieja guardia fracasó... ¡Demonio! Todavía tengo tiempo de ganarle de mano. Si desenterró su última prueba...

El rostro del inspector mostraba a las claras que había obtenido éxito; saludó con amplio gesto y depositó su cartera sobre el escritorio.

—¡Buenos días, señores! —exclamó con jovialidad—, ya hice un buen trabajo esta mañana, como pueden adivinar. Naturalmente, ¿ya les impacienta conocer los nuevos indicios?

Turbado por la mirada poco benévola de H. M., se sentó y aceptó un cigarro.

—Para ser preciso, me documenté acerca de la vida privada del señor Bender y si bien los informes no añadieron nada nuevo, confirman mi hipótesis. Bender habitaba un hotelito de Bromsbury, situado muy cerca del Hospital de Psicoterapia, donde podían necesitar sus servicios. Interrogué a su patrona, sus informes han corroborado mis sospechas... hasta en un pequeño detalle concerniente a los callos.

—¿Qué? —exclamó George.

—He dicho bien: a los callos —repitió el inspector, señalando amablemente su enorme pie—; espero por su bien que ignore hasta qué punto esa molestia puede ser dolorosa...

—¡Al cuerno! —bramó H. M., descargando un puñetazo sobre su escritorio—. No puedo soportar el oír semejantes imbecilidades. ¿O es que pretende usted por ventura, Masters, hacernos creer que asesinaron a Bender por medio de un callicida emponzoñado?

—No se irrite, señor... voy a explicarme, pero no he podido resistir al deseo de imitar sus propias comedias.

Cesó de sonreír.

—Helo aquí. Bender llevaba, al parecer, la conciencia profesional a sus límites extremos. Recordará usted que yo no podía admitir que hubiese ido a ese cuarto de *motu proprio* sabiendo que se exponía a caer en una trampa tendida por un loco cuyo estado mental conocía. Fue lo que hizo, sin embargo, impulsado por una conciencia escrupulosa hasta la anormalidad; fíjese que parece que sufriendo cierto día un dolor tan agudo que se creyó por un momento en un ataque de apendicitis, se trasladó, no obstante, a su servicio, y se negó a hablar de ello con todos, pretendiendo que eso

apartaría su atención del enfermo... Absurdo, ¿no? Hasta para una pequeña molestia, como un callo en el pie...

—Pero ¿no era su apéndice el que estaba enfermo? —refunfuñó H. M.—. ¿Por qué todas estas historias a propósito de fruslerías?

—Porque sé cómo ha muerto —respondió Masters con calma, abriendo su maletín—. Tengo, aquí, dos piezas de convicción, un trozo de hilo fino y una fotografía con ayuda de las cuales le mostraré cómo el señor Guy Brixham cometió su crimen. No temo afirmar que está loco... por consiguiente, escapará al castigo. Pero me permitirán, señores, mostrarles primero con qué dificultades aparentes he tropezado y en qué amplia medida estas dificultades me han ayudado. He aquí el cuarto.

Tomó una hoja de papel y trazó un cuadrado perfecto, escribió *puerta* sobre el lado más próximo a él, *ventana* enfrente, *chimenea* a la izquierda y *pared vacía* a la derecha.

—Ven ustedes que nos hemos hallado desde el primer momento ante muchas dificultades aparentes: puerta vigilada, ventana protegida por postigos de hierro asegurados con cerrojos completamente inmovilizados por la herrumbre; chimenea provista de un enrejado, y, por añadidura, tan repleta de hollín; que era imposible escurrirse por ella. Ningún pasaje secreto. Al principio, la existencia de algún mecanismo envenenado parecía segura, pero después de haber examinado la habitación de arriba abajo con mis hombres, debí reconocer que no había cosa alguna parecida.

—¿Está seguro? —preguntó sir George.

—Absolutamente. Segunda inverosimilitud: por más que se hubiese oído una voz y que un hombre hubiese sido envenenado, todos disponen de una coartada. Me perdonarán, señores, si les digo que abordé esta dificultad con el solo auxilio de mi sentido común. Era preciso, ante todo, atacar las coartadas para destruirlas si fuese posible. No ofreció dificultad, pues dos personas no tenían, en realidad, ninguna, en el sentido de que sus coartadas estaban confirmadas, únicamente, por sus mutuas declaraciones. Sospechaba yo seriamente de Guy Brixham de haber mentido y haberse hecho sostener por su tía. Recordaba la extraña actitud de esta última durante su declaración y me chocaban particularmente las palabras finales que pronunció antes de abandonarnos. Señalando de improviso esta ventana, dijo en tono de evidente angustia: «¿Esos postigos estaban verdaderamente cerrados con cerrojo por el interior?».

H. M. se levantó.

—No está mal, Masters —refunfuñó—. Temo que adopte la costumbre de pronunciar conferencias en mi estilo, pero asimismo le felicito. Yo me había hecho la misma reflexión, pero... ¿de modo que su atención fue atraída hacia la ventana?

—Sí, porque me acordaba también del lugar en que el cuerpo estaba extendido: del otro lado del lecho. ¿Se acuerdan? No exactamente en la prolongación de la ventana, pero casi, entre la esquina de la cama y esta pared. ¿Por qué la señorita Brixham se preocupaba tanto por saber si los postigos estaban cerrados? Reflexioné: supongamos que Guy se hubiera separado de ella durante unos momentos y hubiese regresado a confesarle que había mirado por la ventana y asistido a la muerte de Bender, jurándole, al mismo tiempo, que él no podía ser culpable, puesto que los postigos estaban cerrados... Después le había suplicado proveerlo de una coartada para evitar que sospechasen de él. En tal caso, había formulado ella la pregunta que la atormentaba exactamente como lo hizo. Ahora bien: una persona situada en el exterior de la casa podía perfectamente ver el interior del cuarto aplicando el ojo contra una de las fisuras, bastante anchas, practicadas en los postigos para la ventilación...

—Un momento —dijo sir George—. ¿En qué estado halló usted la ventana y los vidrios? Pensando, recuerdo...

—Que había una corriente de aire en la habitación —prosiguió Tairlaine—; dos de los cristales estaban rotos.

Masters hizo una señal de asentimiento.

—Así es. Yo también lo noté más tarde, cuando un poco de niebla muy espesa había penetrado en el interior. Ayudado por mis hombres rompí los cerrojos y abrí los postigos: no habían sido éstos tocados; sin embargo, todos los cristales de la ventana se hallaban negros de mugre, con excepción de uno que faltaba y que había sido cortado con diamante a una media altura. Nos costó mucho trabajo abrir la ventana, pero cuando lo conseguimos, comprendí todo el asunto. Esa ventana, situada en la parte trasera de la casa, da a un patio, de alrededor de un metro de ancho, que la separa de la pared de la casa de enfrente. Queda a cierta distancia del suelo, pero un muro de sostén, muy ancho, corre directamente bajo la ventana y va a unirse a la escalera de la puerta trasera... Véanlo aquí: alguien podía fácilmente salir por esa puerta, seguir el muro hasta la ventana, apoyar el rostro contra el postigo y mirar a través de la fisura todo lo que ocurría en la habitación. Fue entonces cuando tuve una súbita inspiración: si por ahí alguien podía ver y oír, podía a *fortiori* hablar, emitir exactamente esa especie de grito ahogado, inarticulado, que respondió a la llamada de ustedes y que parecía venir, en efecto, de ese cuarto.

Masters, deteniéndose para recobrar el aliento, paseó su mirada triunfante sobre sus oyentes y sacó después de su cartera algunas hojas de papel.

—Estoy seguro, por otra parte, de que Guy Brixham es el culpable. Aquí están las ampliaciones de las huellas digitales: había dejado dos sobre los grasientos cristales de la ventana y las comparé con las de su vaso de oporto: son las mismas.

La flechilla desaparecida

No me jacto, desde luego, de mi descubrimiento —prosiguió Masters, que, en realidad, rebosaba de orgullo—; se debe, sencillamente, a esas minuciosas investigaciones rutinarias que tanto odia usted, sir Henry. Pero, volviendo a las consideraciones prácticas, la maniobra era fácil: el único riesgo afrontado por Guy Brixham era que le oyesen desde el exterior, peligro casi inexistente, por varias razones. Primero, gritaba hacia el interior, la boca aplicada contra la ranura; segundo, la niebla ahoga de tal modo los sonidos, que el de su voz, perdido en el callejón, no habría podido alcanzar la calle; tercero, la pared de la casa de enfrente no posee ninguna ventana.

—Temo, en efecto, que esté usted en lo cierto —dijo sir George—, y hemos sido unos tontos al no verlo. Su razonamiento es ajustado, casi de una manera convincente, y, sin embargo, no consigo aún creer... Ha dado usted la explicación de la voz, pero no ha dicho una palabra del crimen.

H. M., que se había acercado a la chimenea para echar un poco de carbón al fuego, permaneció un instante inmóvil, clavados los ojos en la llama.

—Quizá —dijo al fin—. Sí, tiene usted razón, temo que no lo haya captado, Masters.

—¿Teme?

—Es decir, que no quedaré plenamente satisfecho si orienta usted la solución del caso en el sentido en que lo hace... pero el crimen, ¿cómo fue cometido?

—Con una flechilla envenenada, proyectada por una cerbatana a través de una de las ranuras del postigo —respondió el inspector.

Un buen muchacho, este Humprey Masters, pero a veces demasiado pomposo; articuló la palabra «proyectada» como si ya estuviese prestando testimonio ante la justicia.

—Preveo la objeción que me formularán, señores —continuó—. No hemos encontrado la flecha en el cuarto, desde luego, pero he aquí precisamente lo que voy a explicarles.

—Oiga, Masters —exclamó sir George—, ¿por eso me telefoneó usted esta mañana?

—Así es, señor, necesitaba una recomendación para el museo, donde me han dado valiosos informes acerca de las armas primitivas.

Masters buscó en su cartera.

—He aquí dos ejemplares de cerbatanas sudamericanas; la más corta es la que mejor encaja a nuestro problema. Y aquí están las flechas... No se asusten, que no se hallan envenenadas.

Puso sobre el escritorio un tubo de bambú de unos ocho centímetros de largo y

dos trozos de madera negra ligeramente afilados.

—Se preguntarán ustedes, naturalmente, cómo el criminal, apoyado contra el postigo, podía ver con suficiente claridad para alcanzar su blanco. Era fácil. Las rendijas de los postigos están separadas por intervalos de unos cinco centímetros; un hombre de esta estatura mediana, apoyando el orificio de este tubo contra una de las rendijas, tendría los ojos ligeramente por encima de la rendija superior; le serviría ésta de punto de mira para apuntar en un cuarto iluminado. Un poco de habilidad en el manejo de la cerbatana y el golpe puede descargarse. Miren ahora esta flecha, es exacta a las que lord Mantling guardaba en su escritorio... Cójala, señor, ¿qué nota?

Tairlaine quedó sorprendido de su peso; tocó con precaución la punta, tan aguda como la de una aguja.

—Parece lastrada —dijo sir George—, probablemente para darle más precisión. Pero ¿qué importa? Lo que nos interesa es saber cómo ha podido desaparecer después de haber sido arrojada ¡Demonios! Masters, ¡esto es más difícil todavía de explicar que lo del cuarto cerrado!

—¿Cree usted podernos brindar una pequeña demostración? —preguntó repentinamente H. M.

Los ojos de Masters brillaron con una alegría contenida; H. M. cogió un biombo de un rincón y lo desplegó, no sin que saltara una nube de polvo.

—¿Tiene un cortaplumas, Masters? —dijo—. Bien. Corte unas rendijas. El biombo no es de la misma altura que la ventana, pero, aun así, servirá para el caso. Póngase detrás y arroje su flecha; si puede hacerla desaparecer enseguida... ¿Cree poder conseguirlo?

Masters parecía un clérigo satisfecho.

—A menudo he lanzado pesos de este modo cuando era muchacho. Y tengo aquí lo necesario para lograr una pequeña demostración... He de pedirle a uno de ustedes, señores, que se siente en ese sillón, en plena luz; una vez detrás de este biombo, enviaré mi flecha y les desafío a que me digan cómo habrá desaparecido luego de herir.

—¡Que me ahorquen si lo consigue! —dijo H. M.—. Pero me parece que va usted un poco lejos, hijo; ¿y si ciega a alguien con ese jueguito?

—Le prometo pinchar con exactitud las ropas de modo que no haya peligro. ¿Preparados, señores?

Los tres hombres estaban tan deseosos de servir de blanco, que fue preciso tirar a cara o cruz; la suerte recayó en Tairlaine y Masters comenzó jubiloso a cortar sus rendijas en el biombo.

—Se creería uno en el guiñol —gruñó H. M.—. Daría cualquier cosa porque alguien entrase aquí durante la representación. Espero justamente a unos miembros de la legación de Austria. Si no escriben a Freud después de esto para referirle lo que

hayan visto, es que he perdido mis dotes adivinatorias. ¡Está bien! ¿Qué hay que hacer ahora?

—Encender la lámpara del escritorio, señor —repuso Masters, mostrando su cabeza como un fotógrafo—, para que yo pueda ver con claridad. Y ahora, profesor, arrastre ese sillón un poco hacia delante y siéntese de cara a la ventana. Eso es. No mire al biombo antes de que yo se lo diga... Voy a echarlo hacia atrás ligeramente... En cuanto a ustedes, señores, colóquense de costado y no miren en este momento en mi dirección. ¿Listos?

Tairlaine se encontraba sentado en uno de esos sillones giratorios que se inclinan hacia atrás en el instante de sentarse uno en ellos. Miró la ventana, donde se reflejaba la lámpara colocada a sus espaldas. H. M. refunfuñaba entre dientes; se oía también el chisporroteo del fuego; abajo, la incesante circulación se movía sobre el muelle del brumoso Támesis...

De pronto, alguien gritó detrás de él:

—¡Socorro! ¡Tairlaine, socorro!

Con el corazón palpitante, Tairlaine brincó al tiempo que alzaba la cabeza hacia el biombo. En el instante en que aquel movimiento descubrió su cuello, algo vino a golpearle y le pinchó vivamente bajo la barbilla. Sobrevino un momento de estupor, durante el cual se produjo un movimiento detrás del biombo; después Tairlaine se pasó la mano por el sitio herido, pero no sintió nada.

—Lo lamento, señor —exclamó Masters, que seguía oculto por su biombo—, no apunté tan bien como esperaba; pero la pequeña herida que le he infligido ni siquiera reviste la importancia de una cortadura producida al afeitarse... Lo esencial es saber si encontrará usted la flecha.

Tairlaine sacudió sus ropas y miró por todas partes a su alrededor sin resultado. H. M. avanzó colérico.

H. M. marchaba de arriba abajo dando muestras de irritación.

—¡Por supuesto! Era preciso que el veneno fuese introducido en el cuello para paralizar inmediatamente la palabra. Pero...

—Y el procedimiento obtuvo éxito —dijo Masters—; Bender tuvo un segundo de sorpresa, como el profesor Tairlaine hace un momento. Debió sobresaltarse y mirar a su alrededor para ver lo que ocurría y el veneno hizo su obra... Señores, miren esto; lo encontré oculto en el postigo.

Abrió un sobre y lo volcó sobre su mano, que extendió abierta.

—¿Qué es? —preguntó sir George—. No veo nada.

—Acérquese a la luz... ¡Ah! ¿Lo percibe ahora? Es un filamento delgado como un cabello, pero un poco más pesado... una hebra de verdadera seda japonesa, negra, cuya resistencia les asombraría.

Volvió el filamento al sobre, pasó detrás del biombo y regresó con las manos

tendidas y separadas.

—Dirijan la luz sobre mí, sin la cual no verán nada. Hay aquí tres metros de hilo de seda japonesa en dos hebras que no pesan más que una tela de araña. El principio de la maniobra ejecutada por el criminal es el mismo que el de esos cañoncitos infantiles que todos ustedes conocen... mi hijo tiene uno; se enrollan, en la extremidad opuesta a la punta de la flecha, dos centímetros de seda, poco más o menos, y se pega cuidadosamente; una vez detrás de la ventana, se pasa el hilo por la rendija del postigo, y se lo deja colgar en una longitud de unos tres metros para facilitar el lanzamiento. Nadie nos puede ver; el hilo es casi invisible, sobre todo a la luz del gas. Mantenemos la extremidad del hilo en la mano o lo atamos sólidamente en alguna parte; el otro extremo está pegado a la flecha, que se desliza libremente en la cerbatana con su delgada atadura... Lanzamos una llamada, y cuando nuestra víctima está colocada a buena distancia en un espacio libre, soplamos en la cerbatana. La flecha hiere, pero no permanece en la herida y la retiramos, valiéndonos del hilo, por la rendija del postigo, antes de que el pobre diablo sepa lo que acaba de ocurrirle... y hemos probado, al mismo tiempo, que su muerte es debida a una maquinaria oculta en la habitación maldita, lo cual refuerza la leyenda.

Masters enrolló cuidadosamente el hilo en derredor de la flecha y guardó todo en un sobre.

—... Y he aquí toda la historia —añadió.

—¿Usted solo se imaginó todo esto? —dijo pensativo H. M.—. Debí sospechar que un hombre que tiene la manía de los trucos espiritistas caería en esta solución. ¡Oh!, no ataco su hipótesis. Por el momento, y es una desgracia para este pobre Guy, no veo otro medio de cumplir ese acto de prestidigitación que supone el asesinato de Bender. Ha destruido usted su coartada y ha probado que fue a la ventana y respondió a las llamadas... Si puede tener la prueba, además, de que el hilo le pertenecía...

—La tengo, señor.

—Habló usted anoche —intervino sir George— de un quimono...

—De auténtica seda japonesa. Así es: se trata de una bata muy usada que encontré en su armario. El hilo de seda pertenece exactamente a las partes deshilachadas de esa prenda. Era fácil trenzar una delgada cuerdecilla de dos o tres hebras, de la longitud deseada, deshilachando los bajos del quimono. Hallé, también, un instrumento para cortar vidrio, señores. Un... instrumento oculto en el estante superior del armario. Creo que el círculo de pruebas se cierra completamente sobre Guy Brixham. ¿Qué opinan?

—Siéntense todos; cesen de caminar así, de arriba para abajo —exclamó H. M.

Tairlaine advirtió, con la mayor sorpresa, que daban vueltas como leones enjaulados. ¿De dónde provenía aquella tácita insistencia en protestar contra la culpabilidad de Guy? Al recordar aquella arrugada faz de maligna sonrisa, Tairlaine

sentía, sin lugar a dudas, que ninguna simpatía pesaba en la balanza...

—Es verdad —prosiguió H. M.— que Guy parece el más susceptible de ser atacado por la locura hereditaria. Hemos podido darnos cuenta durante su relato de que se regodeaba secretamente con la sombría historia del cuarto. Desde luego, pudo ir a escondidas durante la noche para devolverle su apariencia de otrora, estrangular al loro que gritaba a su paso y degollar al perro cuyos ladridos amenazaban traicionarlo. Muy bien pudo matar a Bender cuando éste descubrió su locura y matarlo del modo que hemos supuesto. Pero, aunque esté loco, posee tanta inteligencia y sentido común como su antepasado Henry Samson. Sí; parece claramente designado por la investigación y es el único a quien implican exactamente las pruebas.

—Pero —dijo sir George—, ¿de qué le habría servido matar a Bender? Otro médico hubiera podido descubrir asimismo su locura.

—Por supuesto... pero él no lo creía posible.

—Por otra parte, si tiene tanta inteligencia y sentido común, ¿por qué respondió a las llamadas largo tiempo después de la muerte de Bender? Si aceptamos la solución de Masters, no veo por qué nadie habría obrado así.

Masters sonrió con indulgencia.

—Quizá no sea yo muy versado en psicología —dijo—, pero el sentido común forma parte de mi profesión... Guy Brixham obró así porque quería asegurarse de que Bender estaría tan muerto como su abuelo cuando entraran ustedes en la habitación. Nadie, ni aun un toxicólogo, puede afirmar, con seguridad, qué tiempo empleará un veneno en producir la muerte. Recuerden que el cuerpo de Bender fue hallado en un sitio donde era imposible verle desde la ventana. Supongamos que Guy Brixham disparase su flecha inmediatamente después que Bender respondiera a la llamada de las once y cuarto. El resto es cosa lógica: Bender cae fuera de su vista; a las once y media, puede muy bien no haber muerto. Pero, si su respuesta no llega, ustedes están dispuestos, señores, a precipitarse en la habitación. ¿Quién sabe si el pobre diablo no tendrá fuerzas para murmurar algunas palabras antes de morir?... ¡No, nada de semejantes riesgos! Nuestro amigo Guy se quedará hasta el momento en que esté seguro de que su víctima ha fallecido. He aquí, en mi opinión, un caso de simple sentido común.

H. M., que se había instalado de nuevo en su sillón, dijo en tono plañidero:

—Oiga, Masters, olvida usted la agenda de Bender, me parece.

—Ya me rompí bastante la cabeza con ese asunto, señor —respondió el inspector—, y mi conclusión es que no hay que preocuparse por esa agenda.

—¡Oh! Admito mi derrota con humildad —dijo H. M.—; quería sencillamente hacerles notar que esa agenda ha sido robada.

—¿Le parece? Entonces, permítame formularle una simple pregunta: ¿vio usted,

con sus *propios ojos*, esa agenda? ¿Puede jurar que realmente existía?

H. M. refunfuñó entre dientes, pero no respondió.

—Es usted demasiado listo, señor —continuó Masters—, para no comprender que su testimonio no descansaría en nada si tuviese que exponerlo en el tribunal. Una hora antes de la cena, notó usted el abultamiento anormal del bolsillo interior del esmoquin de Bender. Voluntariamente tropezó con él y creyó sentir una agenda en su bolsillo. ¿Dónde está la prueba de su suposición? Y aun admitiendo que haya adivinado lo preciso, transcurrió cierto tiempo durante el cual perdió de vista a Bender.

—Evidentemente. Veo muy bien desde aquí el interrogatorio —gruñó H. M.—, y creo oír al viejo Gopsy Howell bombardearme a preguntas con su voz atronadora, mientras me amenaza con su lápiz.

H. M. movió la cabeza.

—Desde luego, no puedo jurar que fuera una agenda porque no la he visto... Es como si dijese a un hombre que no puede afirmar haber pasado el brazo en derredor de la cintura de su mujer porque el gesto se produjo en la oscuridad. ¡Bah! Estoy seguro, Masters, que llevaba una agenda en su bolsillo. Pero en la mesa...

—Advierto que vacila —dijo sir George—; ¿estamos, pues, vencidos?

—Lo temo. En el escritorio, sí que tenía la agenda y otra cosa además, pero después... Al viejo combatiente no le queda otro remedio que confesarse vencido en este encuentro. Masters y el sentido común se han anotado un tanto. El único as de triunfo que nos queda es ese rollito de pergamino. Pero ¿qué pesa contra el montón de pruebas? Por un milagro, vean ustedes, ese rollito habría podido hallarse en el bolsillo de Bender, lo mismo que el nueve de picas. Por otro milagro, Bender habría podido tenerlo en la mano y dejarlo caer sobre su pecho en los horrores de la agonía. Caramba, un buen abogado como Gopsy Howell no dejaría de sostener que hizo eso, precisamente, para atraer la atención sobre Guy, el asesino... Guy ha dejado impresiones digitales en la ventana, lo que permitió descubrir el hilo pasado por el postigo. Sólo Guy puede ser culpable, todas las pruebas convergen sobre él; hasta ese trocito de pergamino prueba... ese trocito de pergamino prueba...

De pronto H. M. se puso a repetir con voz monótona aquel final de frase, como un fonógrafo. Luego se apoyó con ambas manos en su escritorio y quedó mirando el vacío.

—¡Oh, Dios mío! —dijo por último, casi en voz baja.

Inmóvil, su silueta enorme se recortaba contra la ventana. Nadie habló. Transcurrió un largo minuto, luego el timbre del teléfono hizo sobresaltar a Tairlaine.

Transmitían la comunicación telefónica del despacho de sir George al *British Museum* y la voz de Mantling vibraba con tanta intensidad en el aparato, que todos supieron lo que había ocurrido antes que H. M. se lo dijese: Guy Brixham había sido

hallado muerto en el Cuarto de la Viuda. El crimen era evidente, pues su cráneo aparecía fracturado. Le habían encontrado debajo del lecho, con una cajita de plata deslustrada al alcance de su mano.

El cajón secreto

Como Masters avisara inmediatamente a la policía, el médico forense y el equipo reglamentario llegaron casi al mismo tiempo que el coche de Masters. Jamás olvidaría Tairlaine aquella carrera por las brumosas calles de Londres, cuya circulación les impedía a cada instante avanzar, ni el espectáculo de H. M., silencioso, arrellanado mal que bien junto a Masters. Una sola vez habló para decir:

—El asesino se descubre ahora y mucho temo que tengamos que habérmolas con un loco, un loco que no sería Guy... Creí anoche, durante un segundo, percibir una vaga luz de verdad, pero todavía disto de comprender. Lo que adiviné anoche puede no guardar ninguna relación con este desenlace y, sin embargo, lamento no haber dicho nada. Quizá hubiera impedido este nuevo crimen.

Los curiosos se agolpaban ante la casa de Curzon Street y algunos vendedores de diarios anunciaban las últimas novedades referentes al caso Mantling, ante su propia morada. Alan, que parecía haber envejecido diez años, les abrió la puerta y volvió a cerrarla ruidosamente.

—Tuve que reñir con los empleados del museo para saber dónde hallarlo, George —dijo con aire irritado.

Se pasó la mano por los ojos enrojecidos.

—¡Pobre... muchacho!

—Déjenos echarle un vistazo —interrumpió H. M., molesto como de costumbre, en presencia de una manifestación sentimental.

Había recobrado todo su aplomo; Masters, por el contrario, se mostraba estupefacto.

—No habló usted con claridad por teléfono. ¿Por quién y cuándo fue descubierto? ¿Por qué no nos llamó antes?

—¡Pero si apenas hace una media hora que Bob Carstairs y yo le encontramos muerto!... Habíamos ido al cuarto en busca de indicios...

—¿Qué indicios? —preguntó bruscamente Masters.

—Cualquiera; indicios que probasen que Ravelle había... Ya le contaré cuando lo haya visto todo. Mirábamos la ventana cuando Bob me asió del brazo y me mostró la punta de un zapato que salía de debajo del lecho. ¡Pobre Guy! Lamento que lo hayamos sacado de allí como si se tratase de un ladrón. Casi me desvanecí al reconocerle.

Se pasó de nuevo la mano por los ojos.

—Vengan; ya conocen el camino; murió hace tiempo; ya se ha enfriado.

Alan los precedió en el vestíbulo, excesivamente ornamentado, que parecía más sombrío aún a la luz del día. La atmósfera de aquella vieja casa encerraba algo de peligroso para el espíritu, algo extrañamente sugerente; parecía haber permanecido

idéntica desde que la carreta fantasma se apareciera por primera vez a Charles Brixham.

Carstairs los esperaba en el comedor. Cuando Masters percibió su mejilla hinchada y su frente vendada, se volvió bruscamente hacia Alan:

—¿Quisiera decirme exactamente lo que ha ocurrido aquí, señor? —le preguntó—. ¡Nos anuncia usted que un hombre ha sido asesinado, que su cráneo está fracturado, y me hallo frente a otro hombre que parece recién salido de una dura lucha!

Carstairs, a despecho de su aire huraño, dejó oír un grito de protesta que más pareció un ladrido. Alan se adelantó a responder:

—¡Oh! —dijo—, sus heridas no tienen nada de sospechoso. Se peleó con Ravelle anoche y le dejó sin sentido; le contaré esto dentro de un instante. Pero no se detenga en cosas insignificantes cuando el pobre Guy... ¡Vengan!

Por más que hubiesen abierto de par en par los postigos del Cuarto de la Viuda, la espesa capa de suciedad que cubría la ventana impedía que penetrase la luz del día, salvo por el hueco donde faltaba el cristal, en el que moléculas de polvo danzaban en un pálido rayo de sol. Cerca de la puerta, huellas de lucha eran visibles: una de las sillas de palo áloe tenía las patas arrancadas, el respaldo de otra aparecía apoyado sobre el asiento; la mesa había sido echada a un lado, la alfombra desgarrada.

—Ravelle y yo hicimos esto —dijo Carstairs—. No...

Señaló con el dedo en dirección del rayo luminoso, pero la mano le dolió y la dejó caer.

H. M. y Masters avanzaron al otro lado del lecho; Tairlaine los siguió, pero no permaneció mucho tiempo junto a ellos. El cuerpo rígido que habían sacado de debajo de la cama estaba extendido casi en el sitio en que hallaran a Bender, pero esta vez eran los zapatos y no la cabeza lo que sobrepasaba el pie de la cama. Estaba grotescamente cubierto de ese espeso polvo que se acumula de ordinario bajo las camas cuando no se hace limpieza, sobre todo cuando no se efectúa ésta desde hace unos sesenta años; tenía las piernas cruzadas y las manos aplastadas bajo el pecho, pues el asesino le había empujado debajo de la cama de cara contra el suelo; con excepción de la mandíbula inferior, toda desviada, el rostro parecía muy calmado en la penumbra. Las gafas negras, rotas y cubiertas de polvo, yacían en tierra, pero los párpados ocultaban ahora la mirada que aquellos vidrios ahumados disimularan hasta el presente.

—Estaría casi tentado de decir yo mismo: «Pobre muchacho» —dijo H. M. a Masters—. Morir debajo de una cama es casi tan triste como perecer en un sumidero.

Su pie tropezó con un objeto duro.

—¿Qué es esto? Caramba, ¿no pueden tener luz aquí? ¡Ah, es nuestra antigua conocida, la caja de plata!

Se puso sus guantes y la tomó con precaución.

—¿Cuál es el instrumento del crimen? ¿Lo ven ustedes?

—Puedo informarle —dijo tristemente Alan—, porque encendí una cerilla y miré debajo de la cama. ¿Recuerda el martillo que tomé anoche para abrir la puerta? Inclínese y lo verá allí, en el fondo. Yo... no puedo acordarme dónde lo puse... Lo he olvidado...

—Poco importa, porque yo me acuerdo —dijo Masters, que buscaba bajo el lecho, las manos enguantadas—. Nos servimos del martillo y de las tijeras para romper los cerrojos y abrir la ventana, y los dejamos sobre la cama... cubiertos de nuestras huellas digitales —refunfuñó el inspector, cuyo rostro enrojeció de cólera—. ¿Cuánto tiempo hace que está muerto, sir Henry?

H. M., arrodillado, reclamó luz imperiosamente y Masters abrió la ventana. Por primera vez, el vetusto esplendor de la habitación era visible a la luz del día, luz muy pálida, pero natural, al fin... Más allá del estrecho callejón, Tairlaine percibió un elevado muro de ladrillos sin ventana. Mirando en dirección al lecho, vio que H. M. alzaba la cabeza del muerto para tantear la herida y desvió los ojos.

—¡La hora de la muerte!... —gruñó H. M.—. A primera vista estimo que se produjo hace unas ocho o nueve horas, probablemente ocho. Veamos... ahora es un poco más de mediodía. Este muchacho fue asesinado alrededor de las cuatro.

—¿De las cuatro? —exclamó Carstairs, dilatados los ojos por el terror—. ¿No querrá usted decir las cuatro de la mañana?

—Pues sí —respondió Masters—. ¿Qué es lo que le asusta?

Carstairs tanteó para apoyarse en una silla; no hallándola, miró el cadáver.

—¿Quiere usted decir que estaba... muerto debajo de la cama, mientras yo esperaba a alguien aquí en la oscuridad y que no lo sabía?

—En efecto —respondió H. M.—. La evocación no ofrece nada de agradable, lo comprendo. Si se peleó usted con Ravelle a las cuatro y media, como creo haberlo oído decir, es exactamente lo que ocurrió. Mejor haría usted en contárselo todo a Masters, porque ese mobiliario en desorden le preocupa tanto como el cráneo fracturado.

Carstairs se acercó a la ventana. No era muy atractivo de ordinario y, en aquel instante, su cara pálida, sus ropas polvorientas, no contribuían a realzarlo; mas algo había en él de honrado, de sano, que despertaba simpatía. Su presencia chocaba en el cuarto maldito. Tairlaine pensó que sentía más profundamente que Mantling la muerte de Guy.

—Compréndame —dijo, vacilando—; yo estaba persuadido de que alguien habría de deslizarse aquí, aprovechando la noche, para buscar alguna cosa.

Masters sacó su libreta.

—¿Y qué le hizo suponer eso, señor Carstairs? —preguntó.

—Pero, caramba, si usted mismo lo dijo, usted u otro, cuando los policías registraron el cuarto y abrieron los postigos. Más tarde cambió de parecer y ni siquiera se tomó el trabajo de dejar un guardián en el cuarto. No irá a poner en duda sus propias declaraciones, me imagino.

—Poco importa, señor. ¿De modo que escuchaba usted en la puerta?

Carstairs enrojeció.

—Sí, en cierto sentido... Pasaba por ahí...

—¿Por qué?

—Sí, hay que decírselo todo; había discutido de nuevo anoche con Judith. Desde esa malhadada herida con la flecha que simulé emponzoñada, jamás hemos estado en buena armonía. Anoche estaba furiosa contra Arnold y cada vez que se enoja con alguno, descarga su colera sobre mí. Más tarde, en la velada, en el momento en que subía a acostarse, repitió su eterno estribillo: «¿Por qué no se convierte usted en alguien?». Después añadió «Pero se necesita pasta para eso; usted ni siquiera es capaz de fabricar un espantapájaros». Me encolericé, porque Arnold estaba cerca de nosotros, afectando ese aire de superioridad que le es habitual y...

—Cálmese, señor Carstairs. Son hechos lo que le pregunto. ¿A qué hora calcula usted que se produjo esa conversación?

—Estoy casi seguro que tuvo lugar inmediatamente después de la partida de estos tres señores —señaló a H. M, Tairlaine y sir George— es decir, a eso de las tres menos diez. Lo recuerdo, porque no había podido hablar antes a Judith; ella y yo estábamos en la biblioteca; salimos al vestíbulo en el momento en que Ravelle subía a acostarse; Guy le siguió de cerca. Algunos instantes más tarde, Arnold descendió, venía, al parecer, de calmar a la señorita Isabel, en el momento en que Judith me hacía esa observación acerca del espantapájaros. Tuve una súbita inspiración: «¿Y si descubriese al asesino?» —apretó los puños—. Mientras Judith y ese individuo se decían lo que tenían que decirse, me fui al comedor para reflexionar y tratar de saber dónde estaba la policía. Una idea cruzó mi mente: «¡Señor, si por ventura fuese Arnold quien había matado a Bender y pudiese demostrar que es el asesino...!».

Masters alzó bruscamente la cabeza:

—¿Cree usted que el doctor Arnold...?

—Es tan sospechoso como cualquiera de nosotros, creo yo... —protestó Carstairs—. Sí. Aunque, en realidad, no creo que sea culpable; es demasiado ladino para arriesgarse a cometer un crimen... Si he de decir la verdad, deseaba que fuese el asesino, porque puede ser culpable lo mismo que cualquiera de nosotros. He aquí por qué quise vigilar el cuarto anoche. Por supuesto, partí ostensiblemente de la casa para regresar más tarde...

—¿Y cómo pensaba usted poder entrar?

Mantling se interpuso con impaciencia.

—¡Pues del modo más natural! Bob tiene su llave; cuando proyectamos una pequeña excursión a alguna parte, hay que ocuparse de un montón de detalles y entramos y salimos veinte veces al día.

—Puesto que usted lo afirma, señor... ¿Y después, señor Carstairs?

—Di las buenas noches a todos y abandoné esta casa en compañía de Arnold, pero enseguida le manifesté verme obligado a tomar la dirección opuesta y, aprovechando la niebla, le seguí...

—¿Le siguió? —exclamó H. M.—. ¿Por qué?

—Pero ¿no jugaba yo a ser detective...? Pensé que quizá obraría de modo sospechoso...; por otra parte, no me quedaba nada mejor que hacer, puesto que necesitaba esperar a que todos estuviesen acostados. ¡Regresó a su casa, el animal...! Cuando volví aquí, eran casi las tres y media... Alan estaba en el umbral de la puerta y usted se despedía de él, señor Masters, lo mismo que los otros dos policías. Tuve que esperar en la acera opuesta, oculto en la sombra de una puerta, a que hubiese calma en la casa. Una media hora más tarde, cuando todas las ventanas estuvieron sin luz, atravesé la calle; en el momento en que me acercaba a la escalinata, una habitación se iluminó en el segundo piso.

—¿Cuál? —preguntó H. M.

—La de Guy...

Vaciló un instante, y sus ojos se dilataron de estupor.

—¡Escuche...! No había reflexionado sobre esto... Era entonces un poco más de las cuatro. Pero si Guy...

—Comprenderá, joven, que no fue Guy quien encendió esa luz. Veamos la continuación...

Carstairs buscó largo tiempo en su memoria antes de proseguir su relato.

—Retrocedí hasta mi refugio. Hacía frío y estaba tan transido y tan mojado, que poco faltó para que lo abandonase todo. Las cortinas de aquel cuarto estaban echadas, pero yo veía una sombra ir y venir.

La visión de aquella ventana iluminada, dominando la calle llena de niebla, y tras de la cual se movía una sombra que no era la de Guy, se impuso a Tairlaine, que se estremeció... Carstairs continuo:

—Cuando la luz se apagó, pensé: «Guy ha debido levantarse, medio dormido y ha vuelto a acostarse; ahora puedo aventurarme». Fue lo que hice. Temía, sin embargo, que Guy... temía...

—¿Qué? —exclamó Masters.

—Se lo contaré más tarde. Entré en la casa, donde todo estaba oscuro y silencioso. Confieso haber sufrido una penosa impresión; intenté deslizarse en un cuarto como éste, en medio de la noche, sin luz... ¡y ya me dirá después! Encendí algunas cerillas todo parecía en perfecto orden, pero resolví no sentarme ni apoyarme

en cosa alguna. Esperé aquí mismo.

Avanzó hasta el centro de la habitación y arrojó lentamente una mirada a su alrededor, como si no lograra conciliar el actual aspecto de las cosas con sus terrores de la noche.

—Hacía apenas unos diez minutos que estaba observando, cuando oí pasos; alguien se aproximaba por el corredor llevando una linterna eléctrica; recobré mi sangre fría cuando advertí que era...

—¿Quién? —exclamó Masters.

—Un ser humano —respondió Carstairs—. Comprenderá lo que quiero decir. En realidad, no debió de tratarse de sangre fría porque salté al punto sobre él. Dejó caer su lámpara, etcétera...

Carstairs mostró una ligera sonrisa.

—A pesar de lo que dice Alan, tengo cierta simpatía por ese viejo Ravelle; es un boxeador meritorio. Al diablo tu opinión, Alan...; el caso es que no se sirvió de su cuchillo contra mí. Me herí, accidentalmente, porque lo sostuve con la mano; enseguida lo soltó... Por otra parte, si había matado a Guy a las cuatro, ¿por qué habría cometido el disparate de regresar veinte minutos más tarde al lugar del crimen?

—Eres un buen muchacho, Bob —dijo Mantling con indulgencia—, pero no tienes una pizca de cerebro. Esperabas ver regresar a alguien, ¿no? Es la razón que te determinó a ponerte al acecho. ¿Y después?

Su ancho rostro adquirió una expresión dura.

—Permítame contarle ahora, inspector, lo que Ravelle tenía consigo.

Describió el cuchillo, la larga «aguja de tejer» provista de un mango y los bastoncillos de moldear.

—El ruido de la lucha le despertó a las cuatro y media, me ha dicho usted. ¿Qué otras personas de la casa la oyeron y se levantaron?

—Pues todas, salvo Isabel, que había tomado un somnífero. Envié a los criados a acostarse y ayudé a Judith a curar más o menos al pobre Bob. Pero ¡Dios mío!, jamás habríamos sospechado...

Señaló el cuerpo, estremeciéndose.

—¿No les sorprendió que el señor Guy no descendiese?

—¡Oh, no! No era hombre de tomarse esa molestia... No interprete mal el sentido de mis palabras, no quiero insinuar nada contra el pobre diablo.

Mantling, las manos en los bolsillos, se aproximó al lecho y miró el cadáver con curiosidad.

—Y le debemos excusas; no abrigaba malas intenciones.

—No le entiendo, señor.

—El viejo H. M. comprenderá —le dijo Alan—. Trataré, sin embargo, de

explicarle, por más que gozo de la reputación de no saber coordinar dos ideas. Quizá sea al contrario, demasiado imaginativo y, sin duda, por esta razón, temía este cuarto.

—Mire a Guy —señalando al cadáver— le creía loco o al menos un poco chiflado; y no sé todavía qué pensar, porque en definitiva ignoro si es o no culpable de haber dado muerte a Bender. Pero sería el mayor de los hipócritas si pretendiese no experimentar, con motivo de su muerte, no digo alegría, porque el término sería excesivo, pero sí un sentimiento de alivio. Guy no se adaptaba a ningún ambiente; su presencia en la casa no sólo me ponía nervioso, sino que obraba sobre los nervios de todos, incluso los suyos. Caramba, hablan de «atmósfera», y ¿no sienten más ligero el aire desde que para siempre ha quedado él reducido al silencio?

—Todo eso está muy bien, pero queríamos hechos —dijo Masters.

—Hechos... —exclamó Mantling con su voz estentórea—. Durante toda la noche pasada, creí a Guy loco, y loco al punto de cometer un crimen. ¡Guy, mi hermano, nacido de la misma sangre! Para ser sincero, no detesto de ningún modo a los médicos, sin lo cual no toleraría a Arnold y habría descubierto inmediatamente la verdadera personalidad de Bender, pero temía que se percibiesen de la tara de Guy. Anoche, después del asesinato de Bender, cuando Bob Carstairs me confió que había visto a ese muchacho salir subrepticamente del cuarto de Guy... cuando supimos más tarde que Bender vigilaba a alguien... tuve que ir a echarme.

—¿Cómo? —exclamó Masters—. ¿De dónde salía el señor Bender?

Carstairs se interpuso.

—Ahora ya no hay inconveniente en hablar —dijo—. A decir verdad, cuando vi el rostro de Bender, creí que había substraído alguna cosa y no pensé más. ¿Comprenden la importancia? He aquí los hechos: anoche, unas dos horas antes de la cena, había subido a mi cuarto para cepillarme un poco, cuando advertí que Bender asomaba la cabeza por el hueco de la puerta de Guy: arrojó una ojeada a derecha y a izquierda para asegurarse que la vía estaba libre y salió con paso rápido. Me fui derecho a su encuentro y noté su extraña expresión: retorció los botones de la manga de su americana, en los que una especie de largo hilo negro, o un cabello, se había enrollado... Por esta razón no me vio...

—¿Un hilo? —repitió Masters con voz cambiada.

—Un hilo —confirmó H. M.

Los dos investigadores se miraron.

—¿Y qué hizo, Carstairs?

—Nada, lo arrancó sencillamente, y lo arrojó al suelo, como cualquiera hubiese hecho; partió después a toda prisa. ¿Por qué?

—Escuche, Masters, y, sobre todo, no formule objeciones, porque usted mismo atribuyó una gran importancia a ese detalle —dijo H. M.—. El quimono de Guy es muy viejo y el borde del bolsillo está todo deshilachado. Vamos, reflexione: nada hay

de asombroso en que haya usted podido identificar tan exactamente el hilillo que recogió en el postigo de esa ventana; procedía evidentemente de ese bolsillo... Bender buscaba algo en el cuarto de Guy, introdujo la mano en el bolsillo del quimono y un botón de su manga se enredó en el borde gastado... ¿En qué parte del postigo halló usted ese hilo, Masters? ¡Pronto!

—Colgaba del borde rugoso de una de las rendijas de la ventilación. ¿No supondrá usted —murmuró el inspector— que el mismo Bender lo hubiese colgado? Había aún un trozo de hilo enredado en el botón de su manga... Es posible, posible, pero no seguro, que una vez solo en el cuarto fuese a comprobar el cierre de los postigos antes de instalarse... y un trozo de hilo quedara adherido a la rendija... ¿Es el fondo de su pensamiento?

H. M. se arrastró pesadamente hasta la ventana y contempló un instante el cielo gris.

—Masters —dijo al fin—, su magnífica teoría se derrumba como un castillo de naipes. ¿Qué queda de ese diabólico asesino que retiró su flecha por medio de un hilo de tela de araña? ¿Y qué de toda la sangrienta hipótesis? Surgida de la nada, a la nada vuelve.

Masters carraspeó nerviosamente.

—Se trata de una experiencia nueva para nosotros, amigo. Bender es el cadáver más maquiavélico que jamás haya visto yo. Nos indujo a error con el nueve de picas, hizo lo mismo con ese rollo de pergamino y nos asesta ahora el golpe final.

—¿Tendría usted la bondad de decirnos de qué diablos está hablando? —refunfuñó Mantling.

—Ni por todo el oro del mundo volveré a pronunciar una palabra respecto a esa flecha bumerán. Cuando pienso, hijos míos, en la comedia que representábamos hace unos momentos en mi despacho, la vergüenza me sube a la cara; en lo sucesivo, sólo confiaré en mi propio juicio. ¿Tiene alguno de ustedes sugerencias prácticas que enunciar?

Una oleada de cólera sacudió otra vez a Mantling.

—¿Se ha vuelto ciego? —clamó—. ¿No ve la evidencia misma? Échele el guante a Ravelle; eso es lo que hay que hacer. Mucho se ha hablado de la locura hereditaria en mi familia, pero Ravelle también forma parte de ella Guy me lo dijo anoche y es la última vez que lo he visto vivo. ¿Por qué empeñarse en echar la culpabilidad sobre nosotros, siendo así que Ravelle estaba en la casa cuando el perro fue asesinado y este siniestro caso comenzó? Nunca se había producido semejante cosa. ¿Por qué Ravelle está aquí, además? ¡Abandonar sus negocios durante tres semanas para venir a comprar dos piezas de un mobiliario cuya totalidad no vale más de un centenar de libras...! Y, en fin, ¿no advierte usted nada extraño en lo que ha hecho esta noche? ¿Qué busca?

—Voy a decírselo —respondió H. M., señalando con su dedo enguantado el cofrecillo de plata—. He ahí lo que buscaba, pero no sabía nada.

—¿No sabía qué?

—Para descubrir lo que deseaba, habría buscado en un mal sitio, porque habían cambiado de lugar el objeto. ¿Desea que se lo demuestre?

H. M. recogió el pesado cofrecillo y volvió a la ventana, donde se perfiló su maciza silueta, vestida con un abrigo de cuello de pieles y tocada con su viejo clac.

—Todos ustedes se han preguntado cien veces por qué Ravelle se deslizó furtivamente a este cuarto en medio de la noche. Pero ¿han llegado a preguntarse por qué Guy obró del mismo modo? Busquen la razón que le hizo venir aquí sin luz, permitiendo así a su asesino asirlo del cuello de la americana y herirlo por detrás... No necesitará usted reflexionar mucho, Masters, porque ha visto, como yo, a Guy al borde de una crisis de nervios cuando nos descubrió el cofrecillo entre las manos. Caramba, ¿no observó su insistencia en persuadirle para que le permitiera llevárselo? Pero usted rehusó y entonces acudió en su busca. ¿Por qué? A menudo he tratado de atraer su atención sobre el cofre, un centenar de veces le he repetido que debía contener algún truco, e infaliblemente me respondió usted: «No encierra ninguna trampa emponzoñada». De acuerdo; pero, en tal caso, ¿qué otra cosa podía encerrar? En una palabra, ¿para qué podía servir esa caja?

—¿Para qué, según usted? —dijo Masters.

—Para contener alhajas —contestó H. M.—. Puede tener un doble fondo.

La puso en plena luz y pasó la mano por la cara inferior; de pronto, un cajón poco profundo, soltado por un mecanismo, salió tan bruscamente que su contenido fue proyectado al exterior... El grupo brincó hacia atrás; una bolsita de cuero se aplastó contra el suelo, esparciendo un deslumbrante tesoro. Tairlaine contó cinco diamantes —dos de ellos aparecían engastados en pesadas monturas de oro—, una hebilla de zapato orlada de rubíes...

—Las alhajas ofrecidas al verdugo, aquéllas de que la vieja Marthe Samson tanto se vanagloriaba —exclamó H. M.—. ¡He aquí lo que él buscaba!

La silla de Marthe Debut

A caban de llamar a la puerta —prosiguió H. M.—. Seguramente es el médico forense y el equipo del Servicio de huellas digitales. Invadirán esto... Si quieren oír la historia completa del cuarto maldito, tal como la he reconstruido, mejor será que nos vayamos a otra parte. ¡Ah! Traigan la silla que lleva la inscripción «Señor de París», esa cuyas patas ahora están rotas, pues la necesitaremos.

Mantling se agachó para recoger la bolsa de cuero, que estaba nueva, y su contenido; en su mano extendida, las joyas brillaron esplendorosas y Tairlaine, que nada conocía en materia de alhajas, se inclinó con admiración sobre los dos diamantes engastados en oro, de un agua maravillosa, del tamaño cada uno de un huevo de paloma; otros dos, montados en unos aros, eran un poco menos puros; el último era una piedra enorme, tallada en facetas; la hebilla de zapato orlada de rubíes y un zafiro montado en un alfiler de plata, roto, como si hubiera sido bruscamente arrancado a alguien, completaban el tesoro.

Mantling señaló el voluminoso diamante.

—Ese pesa lo menos ochenta quilates, quizá cien...

—Guarde esas alhajas en su bolsillo —cortó H. M.—, le pertenecen desde ahora. Yo quería que las hubiese cogido Guy, que tuvo la inteligencia de descubrirlas y que no vio que corría a la muerte.

Cerró de nuevo el cajón del cofrecillo.

—¿Cien quilates, dice? En lugar de ver, como usted, el valor de esas piedras, mi imaginación barroca me muestra a unos pobres diablos ricamente vestidos, que, con las rodillas temblorosas, suben las gradas del cadalso y se arrancan una de sus joyas para que el verdugo cumpla de un solo golpe su tarea. Hay una mujer entre ellos... Miren esos pendientes. ¡He aquí su herencia! ¿Comprenden?

—Yo me pregunto —murmuró sir George— si no nos hemos engañado enteramente acerca del móvil del crimen.

—¿Acerca del móvil?

—Sí. No es necesario ser un loco para matar a fin de apropiarse de semejante fortuna.

—Así opino, pero es un loco quien mata sin apoderarse de la fortuna. Tome esa silla y venga. Vaya uno de ustedes a buscar a Ravelle, porque es esencial que esté presente.

En silencio salieron del cuarto maldito. Shorter acababa de introducir a la policía en el vestíbulo. Masters se detuvo para dar algunas instrucciones y se reunió con los demás en el despacho. Carstairs se ofreció a ir a buscar a Ravelle «para mostrarle cumplidamente que no le guardaba rencor». Mantling puso las alhajas sobre la carpeta del escritorio y H. M. tomó asiento tras el mueble.

—He reflexionado largamente sobre este caso desde el momento que conocí sus principales aspectos —dijo—. Una de sus fases, sobre todo, me ha intrigado, porque puede adaptarse a la idea de una maldición desencadenada al azar; me refiero a esa joven educada en el horror de ese cuarto en el que su padre murió loco y que resolvió bruscamente pasar en ella la noche precedente a su matrimonio, en 1825. Por otra parte, cuestión capital, ¿por qué la muerte hiere únicamente a las personas que permanecen *solas* en ese cuarto? Esto no se adapta ni a las reglas de la demonología, ni tampoco a las del sentido común. Y aun suponiendo que descartemos lo sobrenatural para adoptar la idea de la trampa envenenada, el enigma continúa tan misterioso como antes: la trampa, puesto que ha de tenderse de un modo permanente, no puede, desde luego, escoger ni su víctima ni el momento. Sin embargo, jamás se produjo nada de anormal cuando hubo más de una persona en la habitación. La respuesta acudió a mí repentinamente: esa joven de 1825 tenía una razón para obrar de modo tan extraño, una razón para querer permanecer sola. En realidad, todos los que se sucedieron después y hallaron la muerte perseguían el mismo fin. Esas víctimas buscaban algo a escondidas de todos... y murieron en su intento por encontrarlo. ¿Encontrar qué? Dos detalles podían tener importancia: primero, el mes de diciembre de 1825 vio estallar el mayor pánico económico del siglo XIX; segundo, el prometido de Maria Brixham era un joyero que hizo más tarde ruinosos negocios.

—Pero, varios —protestó sir George—, hemos establecido que ese cofrecillo no contiene ninguna trampa emponzoñada, que...

—Paciencia, ya llegaremos. Examinemos antes las víctimas que siguieron. En 1870, un fabricante de muebles, Martin Longueval, llega aquí procedente de Tours; es pariente del Longueval que fabricó una parte del mobiliario existente en esa habitación y posee probablemente papeles de familia que le conciernen... pero no dice nada. Todo marcha bien mientras el viejo Mantling, su abuelo, Alan, está con él, pero luego queda solo y muere. Durante años el abuelo Mantling parece no sospechar nada; pero he aquí que de pronto aquel hombre duro, esencialmente realista, se vuelve romántico y decide pasar una noche en el cuarto, donde muere. Es que había descubierto un indicio. ¿Cuál? Sin duda no lo sabremos jamás, pero la sucesión de los hechos nos demuestra que hay en ese cuarto un objeto escondido, de un valor enorme. Llego a la cuestión que los intriga. El representante de la siguiente generación, el gran industrial Mantling, sabe que hay, con toda seguridad, una trampa mortal en alguna parte; hace venir a su contemporáneo Ravelle, de la casa Ravelle y Cía. para examinar el mobiliario. No sólo acepta éste la misión, sino que, según nos han dicho, se lleva algunos muebles para efectuar un examen más minucioso...

—Y no encuentra nada sospechoso —dijo Alan.

H. M. silbó entre dientes.

—No sabemos si realmente no halló nada; sólo sabemos que así lo aseguró. ¿No

se les había ocurrido antes esa idea? —se detuvo para encender su pipa y continuó—: No concibo al gran Mantling, al hombre de negocios amante de las realidades, revisando una maleta llena de viejos papeles de familia. ¿Cómo hubiera podido saber que Ravelle era pariente próximo de los Longueval y que los Longueval estaban emparentados con los Brixham? Pero Ravelle no lo ignoraba y sabría evitar la trampa envenenada que protegía el tesoro; sabría retirar lo que era de fácil venta. Alcánceme esa silla, ¿quiere?

Masters examinó la silla rota, pasó las manos sobre la seda gastada; luego miró la cara interna del asiento; se percibía un adorno en la madera, en forma de flor de lis.

—Deme su cortaplumas, Masters —dijo H. M.—. No he hecho sino adivinar lo que seguirá; vamos a ver si la experiencia confirma mis previsiones. Anoche eché un vistazo por aquí, pensando que si la trampa existía verdaderamente, estaría en la silla del jefe de familia. Pero no la hallé, porque ya no está, gracias a Ravelle, el viejo. Miren...

H. M. pasó suavemente la punta del cortaplumas sobre el contorno de la flor de lis; hallando resistencia, apretó más fuerte; la hoja entró, y Tairlaine percibió en la madera una línea circular que parecía delimitar un pequeño escondrijo.

Se dejó oír un crujido.

—Me veré sin duda obligado a romperla —refunfuñó H. M.—; la masilla está pegada a la madera. Fíjense que es relativamente fresca. ¡Ah, la tengo!

El círculo se abrió bruscamente y el escondrijo, movido por un mecanismo interior, se alzó, descubriendo una superficie plana de masilla.

—Un bonito juguete, ¿eh? —exclamó H. M.—. El Martin Longueval del siglo XVIII conocía su oficio. Este escondite descubre una cavidad en la que debían poder introducirse los dedos para retirar alguna cosa... Hace sesenta años, Ravelle padre descubrió este escondrijo y lo desarmó y lo selló para que nadie lo conociese.

—Quiere usted decir que contenía las alhajas —dijo Masters—; pero entonces, ¿por qué no las cogió? No sólo están todavía aquí, sino en otro escondrijo.

H. M. comenzó a ahuecar la masilla con su cortaplumas.

—Guy, ese querido Guy, se cuidó de cambiarlas de sitio; he aquí por qué la masilla está fresca. En cuanto a la razón que impidió a Ravelle tomar las alhajas... quite esa masilla, quizá podamos adivinarla...

Mientras Masters ponía manos a la obra, H. M. continuó sus explicaciones:

—El caso sólo empezó a hacerse claro para mí a partir del momento en que Guy nos refirió la historia de Marthe Samson. ¿Recuerdan que la vieja mostró a María Hortense Brixham cofrecillos de oro y de plata? Esto no despierta la idea de trampas envenenadas, sino de alhajas. Los suntuosos presentes de que se jactaba. Una punta emponzoñada oculta en la tapa de un cofrecillo correría riesgo de matar accidentalmente a cualquier otra persona, fuera de la señalada; por otra parte, ¿de qué

serviría colocar las alhajas en el interior, si esa persona no podía ver el cebo sino una vez caída en la trampa? Se necesitaba un verdadero lazo y un cebo fácil de descubrir únicamente para la persona designada. ¿Recuerdan las palabras «gran necesidad», que Maria Hortense, en su lecho de muerte, obedeciendo las órdenes de la vieja bruja, dijo a Charles Brixham? Tengo idea de que estas palabras formaban parte de la frase que tarde o temprano todo hombre se sentiría dichoso de oír: *Si alguna vez tenéis gran necesidad de dinero, obrad de tal o cual manera*. Y el bueno de Charles, que padecía la manía de escribirlo todo, debió consignar esto en sus notas. ¡Ah!, la vieja Marthe iba a hacerle pagar caro el desprecio que mostrara por ese amor al lucro propio de los Samson. Podría esperar en su tumba el momento en que la economía de su enemigo disminuyera de modo alarmante, y entonces... ¿Y, Masters?

—La masilla no es muy espesa, señor. Mire ahora.

La cavidad no parecía muy grande a primera vista: podían introducirse dos o tres dedos hasta la articulación; se internaba después en ángulo recto, en forma de embudo, y concluía en una pequeña abertura redonda cegada aún por la masilla.

—Páseme ese grueso diamante. ¡Ahora estoy seguro! Una magnífica piedra se hallaba fijada ahí. Abría uno la tapa exterior, hundía los dedos en el escondrijo para sacar el diamante y el viejo truco del pinchazo bajo la uña funcionaba. Ya les dije que era la especialidad de Martin Longueval... Nada extraño es que no se hayan encontrado señales sobre sus víctimas. El diamante estaba tan bien sujeto, que durante los vanos esfuerzos intentados para retirarlo el veneno tenía tiempo de obrar... ¡Y la trampa volvía a cerrarse!...

—Pero éste no va —exclamó Mantling, que muy excitado procuraba ajustar el diamante en el interior—; es demasiado pequeño y no permanecería en el sitio...

—Así es —dijo H. M.—, y eso confirma mis suposiciones: falta la piedra más grande; Ravelle padre la guardó en su bolsillo hace sesenta años.

Una exclamación indignada resonó detrás de ellos. Volviéndose, Tairlaine percibió a Ravelle hijo, que traspasaba con aire de conquistador el umbral de la puerta; a despecho de la mejilla hinchada, no carecía de su aire de arrogancia, pero parecía un poco bebido.

—Caramba —dijo—, les he causado bastantes molestias y pido disculpa con toda sinceridad. Pero no me agrada su afirmación de que mi viejo padre, muerto hace tantos años, robase algo; por otra parte, no podría usted probarlo.

—Calma, tonto —dijo H. M., asiendo a Mantling por el brazo. Luego, dirigiéndose a Ravelle, añadió—: Tranquilícese, que nadie tiene intención de probar nada.

»Nuestro amigo Alan ha encontrado aquí una compensación suficiente... a condición, por supuesto, de que nos diga usted toda la verdad.

Ravelle apoyó amistosamente la mano en el hombre de Carstairs, que le

acompañaba.

—Claro que la diré, primero, por este viejo Robert, al que no guardo ningún rencor por haberme dado tan vigoroso puñetazo; pero, sobre todo, porque no tengo el menor deseo de ser acusado de un crimen.

Se estremeció.

—Ahora saben ustedes por qué llevé esos útiles a aquel cuarto. El cuchillo para abrir... esto, lo que llaman la «aguja de tejer», para sondear el interior del escondrijo; la plastilina, en fin, debía servir para reemplazar la masilla.

H. M. impuso de nuevo silencio a Mantling.

—Y ahora, amigo, todos estamos dispuestos a admitir que su anciano padre jamás pensó en un diamante y que se llevó un simple guijarro incrustado en esta silla. Vea sobre ese escritorio el montón de guijarros que hemos hallado: los más pequeños debían estar disimulados en el estrecho escondite situado detrás del Gran Mogol. ¿Por qué su padre no se los llevó?

El rostro de Ravelle se ensombreció.

—¡Pobre viejo! No pensó que alguien pudiese ser lo bastante idiota para ocultar tantas piedras, cuando una sola de gran tamaño bastaba como cebo. Ignoraba que la anciana Marthe había prometido todos los «guijarros», como usted dice, a Maria Hortense, si ésta incitaba a su loco marido a buscarlos... Creo comprender por qué el pobre viejo no vio nada. Dígame, ¿no halló uno o dos guijarros más, engastados en una ancha montura de oro toda plana?

—En efecto.

—¡Justamente! La lista completa está en Tours; cuando mi padre la vio más tarde, advirtió qué otras cosillas se le habían escapado. Esa montura de oro debía aplicarse directamente sobre la reducida abertura; mi padre la tomó por una de las numerosas incrustaciones de cobre que adornan estas sillas; supuso, por tanto, que el voluminoso diamante... ¡Hum! —exclamó Ravelle, que se mordió la lengua.

—Y tiene usted la desfachatez —dijo Mantling— de hablar de este modo en presencia de un oficial de policía, sin contarme a mí, de confesar...

—No tengo miedo de usted —replicó Ravelle—... En cuanto a la ley, nada puede contra mí. ¿Qué he hecho de malo? Entré en un cuarto, en medio de la noche... pero ¿no soy su huésped? ¿Que tenía un cuchillo abierto...? ¿Y si abrigaba la intención de comer un poco de fiambre? Y si no sabía usted nada de los guijarros, eso es cosa suya.

Una súbita cólera le invadió.

—Por otra parte, somos de razas diferentes y no comprendemos el deporte del mismo modo; ¿a qué tratar de entendernos?

Aquella salida tuvo por resultado aligerar la tensión general y, por primera vez, Mantling dejó oír una franca carcajada.

—¡Está bien, señor francés!... —dijo—. El incidente de los guijarros está terminado. ¿Tiene usted algunas sugerencias prácticas que darnos acerca del asesinato de Guy, que probablemente es obra suya?

—¿Lo cree usted? —exclamó Ravelle, dirigiéndose a Masters.

—Creo, señor Ravelle, que tiene usted muchas cosas que explicarnos. Buscaba usted esas alhajas, el señor Guy Brixham también...

—¿Están en mi poder? No, ¿verdad? Guy se me adelantó, las retiró de la silla y las puso en el cofrecillo de plata.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Mi amigo Carstairs acaba de decírmelo.

Masters dio media vuelta.

—Señor Carstairs, y usted también, lord Mantling, ayúdenos un poco, hagan el favor. ¿Quieren ir a buscar a la señorita Isabel y a la señorita Judith? Estoy seguro de que ellas saben lo que ha ocurrido.

—En otros términos..., salgan de aquí —dijo Carstairs—. Lo siento, inspector; Judith, en efecto, está al corriente, pobre chica, pero creo que Isabel duerme todavía. ¡Ven, Alan!

Una vez que la puerta volvió a cerrarse, Masters se volvió a H. M.

—Descubrió usted muy brillantemente el escondrijo de los diamantes, señor; pero ¿adonde nos conduce esto? A ninguna parte.

—Eso cree usted. Veamos, profesor, ayúdenos con sus luces. ¿Qué sabemos?

—Si Guy quitó las alhajas de la silla para ocultarlas en el cofrecillo —dijo Tairlaine—, entonces es él quien abrió el cuarto para trasladarse allí secretamente de noche...

—Desde luego —repuso H. M. con impaciencia—. Nadie lo dudó jamás. Pero esto no prueba que matase a Bender. Visitar de noche un cuarto antiguo y limpiar su mobiliario no prueba necesariamente la locura; es una excentricidad, a lo sumo. Pero los pintores cubistas, los jugadores de bridge y los nudistas hacen otras muchas cosas raras sin que por ello los encierren en un asilo de alienados.

—Evidentemente; pero ¿ese perro y ese loro?

—Falta todavía probar que su muerte es obra de Guy, y nada es menos seguro. En cuanto al ingenioso método de la flecha bumerán, no hay que sacarlo a colación. Veamos, pues, lo que podemos probar de modo seguro.

Contó con sus gruesos dedos.

—Primero, Guy visita de noche el Cuarto de la Viuda, limpia el mobiliario y oculta las alhajas en la cajita de plata. Segundo, según la evidencia suministrada por las huellas digitales, estaba del lado exterior de la ventana mientras Bender moría.

—¿Qué?

—Vaya, no hago más que aceptar su propia teoría, y es usted mismo quien ha

suministrado las pruebas. Por el hecho de que su imaginación le haya arrastrado un poco lejos con la hipótesis de la flecha y del hilo, reconocida falsa, no hay que rechazar la parte de verdad encerrada en ella... ¿No le parece? Guy acechaba detrás de la ventana como lo hubiera hecho usted mismo si hubiese tenido diamantes que valieran una fortuna ocultos en esa habitación, para asegurarse de que Bender, ese rey de los espías, no los hallaría. ¿Comprende por qué Guy adoptaba aires de superioridad esa noche? No, muchacho, Guy no es el asesino... pero asistió al crimen.

—Bueno, señor, pero suponiendo que esto sea cierto, ¿no irá usted a pretender que respondió a las llamadas en lugar de Bender, una vez muerto éste?

—Pues sí —respondió fríamente H. M.

—¿Un cómplice, entonces?

—¡En absoluto! Digo que asistió al asesinato, que vio funcionar la combinación, pero que, por un motivo sólo por él conocido, e independientemente del verdadero asesino, respondió a las llamadas. Una sospecha comienza a germinar en un cerebro y crece de minuto en minuto; comienzo a adivinar quién es el culpable y por qué Guy obró en apariencia como un insensato imitando la voz del muerto, cuando, en realidad, su maniobra era perfectamente racional... Comprendo por qué encubrió anoche al asesino, aunque éste no halló esa bondad de su agrado. Guy no fue asesinado a causa de las alhajas, porque éstas habrían sido entonces robadas. Guy sabía demasiado; era necesario suprimirlo.

Sir George Anstruther tuvo un gesto de cólera.

—¿Y le parece a usted que esa explicación nos ayuda? Pues la situación se hace más imposible cada vez. La ventana no sólo tenía puestos los cerrojos, sino que estaba guardada por alguien que no cometió el crimen, la puerta vigilada, etcétera. De suerte que si Guy vio al asesino...

—No he dicho que lo viera —replicó vivamente H. M.—. Afirmé únicamente que vio cómo moría Bender y este hecho le permitió descubrir al asesino.

—Entonces volveremos a la hipótesis de un artificio, de una estratagema cualquiera que no necesitaba la presencia de alguien para funcionar.

H. M. hizo un gesto afirmativo.

—Y el cuarto es perfectamente inofensivo en sí mismo, amigo. Encuentre la estratagema, si puede. Yo no la veo.

Ravelle carraspeó ligeramente.

—Si no necesitan de mí, señores, permítanme ir a arreglarme un poco. Por otra parte, mi presencia está ahora de más en esta casa; ya no tengo razón para permanecer en ella. Y puedo hablar francamente.

—¿Esto significa que sabe usted algo? —dijo H. M., observándole—. Díganos, pues, lo que le está quemando la lengua. ¡Vamos, hable! —añadió golpeando la mesa

con el puño.

—No tengo ningún motivo para ocultar la verdad —declaró Ravelle—. Anoche fingí sorprenderme respecto a las flechas contenidas en ese cajón... Me refiero al momento en que la señorita Isabel armó tanto alboroto. En realidad, la escena no me asombró, pues la señorita Isabel no hizo más que adivinar lo que yo ya sabía. En este instante, ya no me asiste ninguna razón para ocultar las debilidades de un tercero. Dos o tres flechillas y una cerbatana fueron sustraídas del cajón, y yo vi hacerlo.

—¿Sabe quién las cogió? —inquirió Masters.

—Fue Judith Brixham —dijo Ravelle—; yo la vi.

La última pista se desvanece

Ante aquella extraordinaria declaración, todos los ojos se clavaron en el enrojecido rostro de Ravelle y nadie oyó que alguien se acercaba. Ravelle pareció súbitamente avergonzado de su conducta.

—Sé lo que piensan todos ustedes y tienen razón —exclamó, descargando un puñetazo sobre el escritorio—. No creí hacer daño y ahora advierto el alcance de mi revelación. Si la hice, es porque fui atacado en esa habitación por el hombre hacia el que Judith se siente tan inclinada y a quien no he perdonado. Lamento mi acto, y quisiera poder decirles que he mentado; pero Dios es testigo de que dije la pura verdad.

—¿El hombre hacia el que Judith se siente tan inclinada? —repitió una voz a sus espaldas—. ¿Qué quiere decir?

Ravelle se volvió vivamente en la dirección de aquella voz, tan lenta, tan firme. El doctor Arnold, enfundado en un impecable chaqué, inclinaba hacia él su atractivo rostro, como si esperase una confidencia.

—Oí sus palabras —continuó—, pero no estoy seguro de haberlas comprendido.

—Pronto, Masters —cuchicheó H. M.—, tráigame a Judith y Carstairs. Deseo reunir al trío. Reténgalos detrás de la puerta hasta que me oiga toser.

Arnold contemplaba las alhajas expuestas sobre el escritorio; su mirada deambuló sobre la silla rota para volver por último a Ravelle. Éste le miraba con desprecio.

—¿Así que es usted alienista? —dijo—. Explíqueme entonces cómo ciertas palabras se nos escapan en un momento dado sin que podamos retenerlas... Sí, ha oído usted muy bien las palabras que desearía no haber pronunciado; decía...

H. M. se interpuso.

—¡Oh! No tiene importancia, discutíamos solamente acerca de si la señorita Brixham prefiere al joven Carstairs.

Arnold conservó su dominio, pero las alas de su nariz temblaban cuando respondió:

—¿Y eso es lo que encuentra usted tan sin importancia, sir Henry?

—Depende. Supongo que habrá usted oído hablar de la muerte de Guy, ¿no es así?

—Judith me telefoneó, naturalmente. He venido lo antes posible.

—Triste caso, ¿no?

—Para serle franco, sir Henry —respondió Arnold—, no es esa mi opinión. Hice alusión anoche a lo que esperaba verle descubrir a usted mismo, antes que me viese obligado a adoptar las medidas que se imponían: Guy Brixham estaba loco...

—¿Peligroso? —preguntó sir George.

Arnold, siempre cortés, manifestó, empero, cierta impaciencia.

—Mi querido señor, ¿por qué imaginar que la locura ha de ser invariablemente homicida? Estimo, sencillamente, que el desequilibrio es un estado peligroso. Los fenómenos mórbidos que comprobé en Guy podían agravarse, desde luego, hacerse inquietantes para sus familiares... es muy posible. Pero la cuestión es otra. Sueño con una forma de sociedad ideal. En ese estado bien organizado, los locos incurables, aquéllos a quienes ninguna terapéutica puede salvar, serían suprimidos... sin dolor, por supuesto.

H. M. exhaló una bocanada de humo.

—Desde luego, sin dolor. Escribiríamos sobre su tumba: «No habiéndole concedido Dios indulgencia alguna, los hombres le han negado su misericordia».

—¡Es usted despiadado!

—No soy un sentimental, si eso es lo que quiere usted decir... pero dejemos esta discusión. Quería prevenirle de una cosa, que por fortuna la muerte de Guy hace innecesaria. ¿Conoce usted, sin duda, al doctor William Pelham?

—¿Pelham, de Harley Street? Le encuentro bastante vanidoso, pero no desprovisto de valor. ¿Por qué le menciona?

—Le había pedido que viniese aquí a las cuatro para ver a Guy. Me había resignado a asistirlo, pero en cuanto a tomar la iniciativa...

Se estremeció.

—Tráigalo —dijo tranquilamente H. M.—, y los dos podrán darme una opinión médica. Cambiaremos de tema. Siento curiosidad por ver hasta dónde puede llegar su falta de sentimentalismo.

Se inclinó sobre el escritorio.

—¿Qué impresión experimentaría usted si le dijeren que su prometida está acusada de un crimen?

Arnold, completamente inmóvil, permaneció un instante sin responder; dijo luego fríamente:

—La impresión de oír un disparate.

—Bender fue envenenado con curare. Y un testigo vio a Judith tomar tres flechas emponzoñadas con ese tóxico, así como también una cerbatana del cajón de este escritorio... No; es inútil que se prodigue en palabras ociosas: no se trata de una broma.

Arnold parecía ahora menos seguro de sí mismo.

—Es... es...

—¿Un caso de locura, iba a decir usted? Quizá, pero no estoy seguro, y eso es lo que desearía saber.

—¡Esto sobrepasa lo imaginable! ¡Judith, apoderarse de unas flechas envenenadas! Tanto valdría como acusarme a mí mismo; yo estaba con ella.

—¿Y por qué no? —dijo H. M. con corrección—. ¡Ha sido usted acusado, amigo!

—Tanto peor... Por otra parte, lo mismo me da. Pero volvamos a Judith. ¿De modo que era eso lo que decía Ravelle cuando entré? Le aseguro...

—¡Bien! —cortó H. M.—. Esperaba oír estas palabras. Pero ¿cómo armonizaría usted su sentido de la justicia con esta nueva situación, si, por casualidad, Judith fuese culpable?

Arnold inclinó la cabeza sobre su pecho como para librar un combate interior. Cuando se resolvió a hablar, su evidente sinceridad sorprendió a todos los oyentes:

—Profesionalmente —manifestó—, he fracasado ante ustedes, ante todos ustedes. Una cerilla no sé enciende en todas las cajas y les soy antipático; nada puedo y no pienso siquiera defenderme. Pero parecen ustedes creer que soy de piedra... A pesar de todo lo que puedan suponer, amo a esa joven y estoy absolutamente seguro de que es inocente; por lo demás, aunque fuese culpable, eso en nada cambiaría mis sentimientos.

H. M. tosió.

Tairlaine, que recordaba la señal convenida, se volvió hacia la puerta; Masters y Judith entraron seguidos de Carstairs.

Avanzó la joven, bellísima a plena luz; su blanca piel contrastaba con el castaño dorado de sus cabellos y su traje negro. Sus ojos azules, de párpados enrojecidos por las lágrimas, no reflejaban inquietud alguna.

—Estoy acusada, me han dicho; ¿de qué, si me hace el favor?

—Calma, Ravelle —dijo H. M. a media voz, viendo a este último a punto de estallar—. Soy yo el encargado del caso... Se trata de una acusación de asesinato, señorita Brixham, pero no iremos aún hasta ahí. La acusan de haber cogido tres flechas envenenadas de ese cajón. ¿Es verdad?

Se advirtió un segundo de vacilación, en que permaneció con los ojos fijos, y en la mirada como el reflejo de un extraño pensamiento que hubiera cruzado su mente; Judith después respondió, muy dueña de sí:

—¿Quién le dijo eso?

—¡Yo, yo! —exclamó Ravelle—. Lo lamento en extremo, pero la vi.

Carstairs abrió mucho los ojos y dio un paso adelante; la joven se volvió y su insondable mirada se posó sobre él, luego sobre Arnold, que sonreía, y, al fin, sobre Masters.

—Es verdad —admitió al fin—. Sí, cogí las flechas y la cerbatana también.

Después de un largo silencio, continuó:

—Las sustraje, hace unos diez días, una tarde; el señor Ravelle pasaba al mismo tiempo por el vestíbulo y, a decir verdad, temí que me hubiese visto. Saqué la llave del cajón del llavero de Alan, una mañana, antes de que se hubiera levantado; estaba segura de que no lo notaría. Anoche, cuando supe la muerte de Bender, el terror se apoderó de mí, y en la emoción del momento corrí a mi habitación a buscar la llave,

la cerbatana y las dos flechas que quedaban...

—¡Las dos flechas que quedaban! —Exclamó Masters, extrayendo su libreta; y poco faltó para que la dejara caer.

—Sí, quería volverlas al cajón y me deslicé hasta aquí; pero la llave es un poco dura y en el momento en que la ponía en la cerradura oí acercarse a alguien; la dejé colocada y oculté vivamente los otros objetos. Guy entró casi enseguida.

Había enrojecido, pero su voz, muy clara, no temblaba.

—Vinieron a decirnos que nuestra presencia era necesaria en el Cuarto de la Viuda. Más tarde, lleno de gente como estaba el escritorio, me fue imposible poner otra vez las flechas en el cajón y las olvidé. Pero fui yo, en efecto, quien las cogió.

—¡Dios mío, Judith, no puede ser cierto! —exclamó Carstairs.

—¡Pues sí! ¿Y qué?

Le miró y se dejó caer lentamente en una silla, balbuceando algunas palabras ininteligibles. Arnold reía.

—Tus imprudencias te jugarán un día u otro una mala pasada, Judith —observó—. No apruebo esa clase de niñerías; eres una tonta. Pero lo que me divierte prodigiosamente...

Su regocijo parecía un poco ficticio, pero se mostraba muy a sus anchas.

—¡Es la curiosidad psicológica que reflejan los rostros que nos rodean! Apresurémonos a poner en claro este absurdo para que pueda la policía volver a las cosas graves.

—¿Dónde ocultó usted las flechas, señorita? —dijo Masters.

—Detrás de la gran fotografía de Alan que está colgada encima de esa biblioteca —respondió la joven.

De repente, se echó a reír nerviosamente y dio una brusca media vuelta hacia Ravelle, Carstairs y Arnold, presa de una verdadera crisis de nervios.

—¡Váyanse, salgan todos! ¡Por favor! Tengo que decirles algo privado a estos señores. Salgan, o alborotaré todo el barrio con mis gritos... ¡Tú también, Eugene! Pero te agradezco lo mismo...

—Oiga, no creo que... —comenzó Carstairs.

—¿Estás decidida? —preguntó Arnold—. ¡Vengan entonces, señores!

Una vez que la puerta se cerró, permaneció Judith inmóvil, los ojos llenos de lágrimas, en medio de la habitación. Movidó por un impulso irracional, Tairlaine se levantó y le estrechó la mano.

—Gracias —le dijo, aferrándose a él—, dentro de un instante me sentiré perfectamente. Me horroriza dar un espectáculo así, y adivino lo que piensan todos ustedes. Perdónenme esta pequeña comedia, pero quería comprobar algo.

—Prefiero esto —refunfuñó H. M.—, porque detesto el espectáculo de una mujer con lágrimas... Quiso usted ensayar un pequeño experimento sobre alguien, supongo.

¿Por qué fue lo bastante tonta para tomar esas flechillas?... ¿Las encontró, Masters?

El inspector trajo triunfalmente dos flechillas y una corta cerbatana, semejantes a las contenidas en su cartera.

—Ya es tiempo de que nos dé algunas explicaciones, señorita —dijo—. Desde el principio sospeché de estas flechas, y volvemos a ellas, me parece. Aquí están las dos flechillas que faltaban, dice usted. ¿Dónde está la tercera?

—En el laboratorio oficial de toxicología —respondió Judith—. Sir Bernard Temple, el perito del Gobierno, la tiene todavía en sus manos...

—¿En el laboratorio?

—Pero si... porque no habrá pensado usted seriamente que la he utilizado...

Tomó asiento en la silla que le ofrecía Tairlaine: un fulgor jubiloso cabrilleaba en su mirada, pero una oleada de sangre empurpuró súbitamente su rostro.

—Voy a parecerles tan absurda, que me avergüenza referirles esta historia. Pero estaba furiosa, y fue la cólera lo que me inspiró tal idea. ¿Les contó Bob la broma que me gastó con las flechas de la panoplia? El miserable pretendió que estaban envenenadas y voluntariamente se pinchó la mano, de suerte que... ¡Poco importa! —dijo, concluyendo su pensamiento con un gesto—. Pero quise pagarle con la misma moneda y me hice con las flechas ocultas en el escritorio, que creía realmente envenenadas: la punta de cinco de ellas estaba revestida de una substancia negruzca.

—Es el curare —dijo Masters—, y estamos en posesión de esas cinco flechas. ¿Qué más, señorita?

—Las otras tres parecían inofensivas, pero era necesario que me asegurase de su perfecta inocuidad. Una vez en poder de una flecha no envenenada, luego de que asimismo hubiesen analizado la cerbatana, tenía la intención de reintegrarlo todo al cajón; después habría hecho venir aquí a Bob, orientando la conversación de tal manera que le obligase a que me enseñara a servirme de la cerbatana. Fingiendo una torpeza involuntaria, le habría pinchado con una flecha inofensiva y hubiera visto entonces cómo ese señor héroe se comportaba cuando no se hacía el jactancioso y se creía realmente emponzoñado... ¿No era un ardid de guerra, después de todo? Pero —añadió, haciendo un mohín—, mi experiencia era inútil, ¡ahora... lo sé!

Se miraron.

—Todo esto está muy bien, señorita, pero ¿puede probármelo?

—Desde luego. Escribí al jefe del laboratorio de toxicología y fui a verle; pueden telefonarle, si les parece; me dijo que dos de las flechitas estaban absolutamente vírgenes de todo veneno; pero como la tercera llevaba un rastro de curare, la guardó para un análisis complementario; traje las que fueron esterilizadas en el laboratorio —suspiró—. ¡Oh!, ya sé que es espantoso contarles todo esto ahora que ese pobre muchacho ha muerto con ese mismo veneno. Y Guy... Guy muerto también, creo volverme loca cuando lo pienso. Pero ya que ustedes parecieron creer que yo había

matado a Bender con curare...

Masters la interrumpió con violencia.

—¡Pero es insensato, insensato, le digo! ¿Cómo habrá que explicar la muerte de Bender, emponzoñado por el curare? ¿De dónde procedía el veneno? Si su historia es cierta, las ocho flechas han sido encontradas y no han desempeñado, por cierto, papel alguno en el drama. ¿Entonces?

H. M., que veía a Judith mirar con una especie de fascinación horrorizada las alhajas esparcidas sobre su escritorio, las empujó a un lado.

—Oiga, Masters —terció—, convendría que hiciese analizar por sus peritos las otras armas que están colgadas aquí. Cuanto más pienso en sus flechas y en sus teorías, más vuelvo a mi primera idea: me refiero a la agenda y al rollo de pergamino. Por más que haya pretendido usted que el primero es una añagaza y el segundo una broma, insisto en que constituyen la clave del enigma.

Luego, dirigiéndose a sir George, añadió:

—A propósito, ¿envió usted copia de la inscripción del pergamino a uno de sus peritos del museo?

—Sí, se la envié a Bellow, que es el más capacitado para informarnos, pero vive en el fondo del Dorset y su respuesta tardará lo menos dos días en llegar... ¿Por qué no dejar a un lado a Bender por algún tiempo para concentrar todos nuestros esfuerzos sobre el pobre Guy?

—Eso digo —exclamó Judith—. ¿Quién se cuida de Bender? No hacen ustedes más que acumular conjeturas acerca de cómo le administraron el veneno. Pero ¿no es completamente anormal que hayan matado a Guy con un instrumento tan ordinario...? ¿Saben quién?

Perlaron las lágrimas sus pestañas, y señaló las joyas.

—Alan me ha hablado de esos horrores y, si me hacen caso, los arrojaremos a la basura. Guy los buscaba cuando murió. ¿Por qué no nos interroga acerca de lo de anoche?

—Si usted quiere... —dijo H. M. con paciencia—. ¿Oyó ruidos sospechosos? ¿Vio luces? ¿Advirtió a alguien?

—No, estaba tan cansada que me dormí enseguida y no me desperté sino al oír un ruido de lucha en la planta baja.

—¡Ya ve! ¿Qué más puedo preguntarle? Nos vamos a ver obligados a volver a Bender. ¿Se dio usted cuenta si llevaba consigo una agenda?

La joven se pasó la mano por la frente.

—Yo... no sé. No advertí nada de particular, él... se sobresaltó, como de costumbre. Alan entró cual un ventarrón en la habitación.

—Vea, H. M., me pidió usted que trajese a Isabel, pero tendrá que esperar un poco; se siente muy débil y Arnold dice que es necesario dejarla tranquila... He aquí

el encargo cumplido. Y ahora, Judith, ¿cuál es esa absurda acusación de que acaban de hablarme?

—Tranquilízate —respondió Judith, sonriendo—, ya me he justificado; al menos, lo estaré completamente cuando el señor Masters, que hierve de deseos, haya efectuado una llamada telefónica. Pero me parece que nadie se preocupa de Guy, y me interrogan acerca de una agenda...

—¿Una agenda? ¿Qué agenda? —interrumpió Alan.

—La que Bender llevaba probablemente consigo. ¿Lo notó usted, por casualidad?

—¡Caramba, sí! —exclamó Mantling—: Una gran agenda encuadernada en cuero, con sus iniciales. La vi sobre su mesa mientras se vestía anoche.

—Ah, ¿sí? ¡Pronto, díganos!

—Un poco de paciencia ¿Qué de extraño hay en esto? Anoche subí bastante temprano para vestirme; quería advertir a Bender que la cena se serviría con retraso y decirle, al mismo tiempo, que no hablase a Arnold de la experiencia que íbamos a realizar. Asomé la cabeza en su habitación, él estaba en el contiguo cuarto de baño, y vi sus ropas extendidas sobre su cama y los diversos objetos que debía guardar en sus bolsillos preparados encima de una mesa: su reloj, sus llaves, etcétera, y una voluminosa agenda...

El rostro de Mantling se ensombreció.

—... Creí que la utilizaría para dibujar, puesto que se pretendía artista. Aproximándome al cuarto de baño, donde se estaba afeitando, le hablé, pero el sonido de mi voz le hizo sobresaltarse al pronto y se cortó con su navaja...

Mantling no podía comprender, evidentemente, el efecto de sus últimas palabras sobre los hombres que le escuchaban.

—¡Ah! —exclamó Masters—. ¿Está seguro de que se cortó?

—Claro, ¡vaya una pregunta! Yo mismo le puse tintura de yodo. ¡Oh!, un simple cortecito, hecho probablemente con el ángulo de la hoja, pero había mucha sangre en la palangana. No me dijo nada, por otra parte, y confieso que no me expliqué su nerviosismo.

—¿Notó usted si ese corte fue en el cuello, directamente debajo del maxilar y del lado izquierdo? Reflexione antes de responder.

Mantling se acarició la nuca, haciendo un verdadero esfuerzo de memoria.

—Sí, del lado izquierdo, estoy seguro. Pero ¿por qué esa pregunta?

—¡El mazazo final! —exclamó H. M.—. ¡El golpe de gracia!

—Acaba usted de darnos un informe que trastorna todas nuestras hipótesis, lord Mantling —dijo Masters—. La única señal recogida sobre el cadáver de Bender era un pequeño corte bajo el maxilar. Ahora bien, no cabe duda de que Bender fue muerto de un pinchazo que introdujo directamente en la sangre un veneno capaz de obrar en diez minutos; pero si la sola huella visible ha sido hecha varias horas antes,

el veneno no pudo introducirse por ahí. ¿Comprende? —se volvió hacia H. M.—. Creí poder burlarme de usted al principio de este caso, señor —le dijo tristemente—, pero ya no pienso siquiera en ello. Después de enterarnos de que las flechas no pudieron ser utilizadas porque las susceptibles de serlo no estaban envenenadas, descubrimos ahora que no hubo en el cuerpo pinchazo para dejar penetrar el veneno, suponiendo que existiese. ¿Qué dice?

—Sencillamente esto —dijo H. M.—: Este pobre viejo necesita un cordial para reanimarse. ¿Quién quiere dárselo?

La aguja hipodérmica

Después de un excelente almuerzo, rociado con un riquísimo Beaune añejo, Tairlaine y H. M. instalados en un salón del Club Diógenes, discutían una vez más el caso; aguardaban una llamada telefónica de George Anstruther comunicándoles la respuesta del sabio del Dorsetshire.

—No es que espere por este lado una aclaración definitiva —dijo H. M., trazando maquinalmente en su libreta una nueva caricatura del inspector Masters—. Pero el menor indicio nos sería valioso. Me encoleriza no llegar a comprender cómo fue descargado el golpe, por más que esté poco menos que seguro de quién es la persona que cometió los crímenes...

—Sin duda es inútil preguntarle su nombre.

—Completamente inútil, porque se negaría usted a creerme... ¿Tiene alguna hipótesis que exponerme?

—Me he preguntado —respondió—, si no se podrían aplicar al caso que nos interesa ciertas sugerencias suministradas por la literatura. Recuerde que «el canto de las sirenas y el nombre bajo el cual Aquiles se ocultaba entre las mujeres, aunque formidables acertijos, no son imposible de adivinar». A propósito, ¿ha notado que Judith Brixham es una joven muy atractiva?

—Oiga, viejo sátiro —dijo H. M.—, ¿abriga usted in...?

—No soy un sátiro —repuso Tairlaine con dignidad—; tengo cincuenta años, ella treinta y uno, y mis sentimientos respecto a ella son los de un tío afectuoso, nada más. Me desagradaría, lo confieso, verla arruinar su vida con ese fatuo doctor, o con el simpático, aunque demasiado versátil, joven cazador de fieras. Mis cabellos son canos y el amor ha cesado de interesarme, pero le aseguro que si Judith me hubiese mirado como debió mirar al joven Carstairs cuando éste se pinchó con la flecha, me sentiría capaz de bailar la rumba en medio de Harvard Square con una botella de champán en cada bolsillo.

Dio una larga chupada a su pipa.

—En fin, veamos si puedo sugerirle alguna buena idea acerca de este caso.

—Me ha sugerido varias. Continúe.

—Busca usted quién mató a Ralph Bender. ¿Por qué no considerar el problema desde un ángulo literario?

—¿Qué? —exclamó H. M.—. Oiga, profesor, una de dos: o necesita usted un cordial para recobrase o ha bebido demasiado. ¿Qué quiere decir con su «ángulo literario»?

—Lo siguiente: pretende usted que Guy Brixham, situado en el exterior de la ventana, aplicado el ojo al postigo, asistió a la muerte de Bender. Según usted, no vería al asesino, pero sí comprendió la maniobra del envenenamiento y percibió algo

que le permitió adivinar la identidad del asesino. Abra ahora un manual y lea los principios fundamentales de una descripción animada: «Cuando se entra en un cuarto, se nota lo que choca a la vista inmediatamente: color, mobiliario, grupo de objetos, iluminación, etcétera...». Busquemos, pues, lo que Guy Brixham vio mirando por el postigo. ¿Qué pudo notar que se nos haya escapado? El campo de investigaciones sería limitado, porque su ángulo de visión era restringido; pero el veneno fulminó a Bender en ese estrecho espacio.

H. M. dejó su lápiz.

—No está mal —aprobó—. Veamos: yo no fui al exterior de la ventana, pero me mantuve muy en el interior, de modo que... He aquí justamente al hombre que precisamos —dijo, señalando con un gesto a través de la ventana a Masters, que subía la escalinata del club—. Estuvo allí y podrá informarnos.

Una vez al corriente, declaró el inspector:

—¿Buscan ustedes, en suma, qué acción de Bender pudo hacer comprender a Guy el medio empleado para cometer el crimen y permitirle adivinar el asesino?

—Sí —respondió Tairlaine—, pero examinemos primero su ángulo de visión: usted estuvo en el exterior y aplicó el ojo al postigo. ¿Qué vio?

Masters buscó un instante en su memoria:

—Muy poca cosa... Una banda estrecha que va ensanchándose ligeramente hasta la puerta; no se puede ver el lecho colocado a la izquierda, ni la chimenea, ni el peinador a la derecha. Aparte de la puerta, sólo se ve una sección de la alfombra y... cuando llevaron a Bender a ese cuarto, ¿qué hizo?

—Retiró una de las sillas que había alrededor de la mesa y se sentó —contestó H. M.—. La silla grabada con el nombre «Señor de París» estaba a la cabecera de la mesa, si es que una mesa redonda pueda tener cabecera, en línea recta con la ventana. Cuando volvimos a entrar después de su muerte, la silla seguía en el mismo sitio, pero vuelta de frente a la mesa y un poco separada de ésta...

Un fulgor animó su mirada.

—¡Continúe!

—Perfectamente. No se podía ver a través del postigo más que esa silla y una pequeña parte de la mesa: la puerta, la alfombra, la silla y un reducido extremo de la mesa, *nada más*.

—Entonces recibió la muerte en ese estrecho espacio —dijo Tairlaine—. Según la posición de la silla, se puede suponer que se hallaba sentado a la mesa, vuelto de perfil hacia la ventana..., lo cual no nos conduce a nada. Examinó usted bien todo, ¿no es así?, sin hallar nada de anormal en esos diferentes objetos: mesa, silla, alfombra, puerta y hasta postigo.

—Sí —respondió Masters—, pero lo importante es saber qué indicio entre estas cosas pudo permitir a Guy sospechar la culpabilidad de alguien, siendo así que nadie,

fuera de él mismo, había entrado antes en el cuarto. Además, el acto a que se entregó Bender debe haber sido muy particular para suministrar un indicio a Guy. Quiero decir que sentarse a la mesa y mirar en derredor no habría bastado; fue preciso un acto tan definido como un puñetazo en la mandíbula o un taconazo, o...

Se produjo a esta altura del discurso de Masters un escándalo en el Club Diógenes, que hizo acudir al portero.

—¡Callos! —bramó H. M. con voz tonante, incorporándose bruscamente—. ¡He aquí el secreto, una parte del secreto! Sangre en una palangana... Camaradas, he sido tan idiota, tan estúpido, tan limitado de cerebro, que si alguna vez me oyen pronunciar palabras orgullosas, no tendrán sino que murmurar a mi oído: «¡Callos!», para tornarme a la humildad. No, Masters, no le diré nada. Se burló usted de mí esta mañana con esa historia de callos, y, ¡por los cuernos del diablo!, espero pagarle en la misma moneda.

Masters respondió con calma:

—Ignoro cuál es su nueva idea, señor, pero poco me importa, ya que lo importante es que perciba usted la verdad; sabré refrenar mi curiosidad. Permítame únicamente recordarle que son las tres y media y hemos prometido estar antes de las cuatro en Curzon Street.

—Tiene usted razón. Pero antes he de hacer una llamada telefónica. No me pregunte respecto a qué. ¿Cómo se llama el hotel en que vivía Bender?

—El Whitefriars, en Montagu Street. Pregunte por la señora Anderson.

Cuando H. M. se hubo alejado frotándose las manos, Masters dijo a Tairlaine:

—El viejo empieza a levantar cabeza y eso me gusta; nunca le había visto tan preocupado, desde el caso del Royal Scarlet Hotel. Si obtiene confirmación, recobrará de golpe toda su forma.

—¿Qué se le habrá metido en la cabeza?

—No sé, pero tenía usted mucha razón al afirmar que todos los objetos contenidos en el cuarto eran absolutamente inofensivos. No he querido admitirlo delante de él, pero las más extrañas ideas han cruzado por mi mente; examiné la alfombra por si había en ella veneno o una aguja envenenada... sin resultado. Pensé en un abrecartas, en una aguja o en un borde de hoja particularmente cortante en la agenda de ese muchacho..., agenda que ha permanecido inhallable. Hasta llegué a imaginar la conocida historia del libro emponzoñado, en que la víctima absorbía el veneno mojando su pulgar para volver las hojas. Pero esta hipótesis no es aceptable, puesto que el curare no ofrece ningún peligro, tomado de ese modo. En cuanto al borde cortante, habría dejado una marca... ¡Una marca! ¡Es preciso que exista en alguna parte, sin embargo!

Tairlaine miraba por la ventana caer la lluvia.

—Es una idea, desde luego —dijo—. ¿Por qué esa agenda no puede ser hallada?

Usted sabe que cuando se corta uno en esa forma, la señal es casi invisible. ¿El médico forense ha buscado una huella de ese género?

—No sé —respondió Masters—, y le confieso que contribuye usted a embrollarme las ideas. Tanto he oído hablar de trucos de toda especie en este caso, que ya no me atrevo a tocar nada en esa maldita casa sin colocarme gruesos guantes.

—Volviendo a Guy: ¿supo usted algo nuevo, después de nuestra partida de Curzon Street?

Masters respondió negativamente. Había interrogado a todo el mundo, salvo a Isabel Brixham. Ni los sirvientes que dormían en el sótano, ni Judith y Alan en el primer piso, habían oído nada antes del ruido de la lucha. Interrogado respecto a la luz percibida por Carstairs en el cuarto de Guy a las cuatro de la mañana, Ravelle respondió que no la había visto, pero como acababa de abandonar su cuarto a las cuatro y veinte, nada tenía ello de sorprendente. El examen médico señalaba una fractura del cráneo provocada por dos martillazos; el instrumento fue hallado debajo del lecho y llevaba tres series de huellas digitales: las de Alan y de Shorter, que lo habían utilizado al principio de la velada, y las de Masters mismo. Detalle nuevo, inexplicable y particularmente horrible: Guy había recibido, una vez en tierra, un nuevo martillazo en la mandíbula y se recordará que ésta estaba completamente dislocada.

La emoción causada por aquel acto de salvajismo hacia aún estremecer a Tairlaine cuando H. M., de vuelta del teléfono, hizo su aparición, encasquetado el sombrero con aire belicoso. Había pedido un coche para trasladarse a Curzon Street.

Judith, muy nerviosa, los aguardaba en el vestíbulo.

—Sí, tengo algo que mostrarle —dijo, en respuesta a la muda interrogación de H. M.—. ¡Puede ser una prueba! Venga conmigo... No, a la biblioteca, no... los empleados de la funeraria están ocupados con Guy —explicó con voz sorda.

Lo condujo al salón pesadamente amueblado en el estilo del siglo anterior y que sólo el fulgor del fuego iluminaba.

—El doctor Pelham, de Harley Street, está con Alan en el despacho y parece haber actuado maravillosamente: mi hermano es otro hombre. Pero quisiera saber por qué insistió usted en hacerle venir, dado que su presencia no era necesaria, puesto que Guy ha muerto.

—¿De modo que no cree usted necesaria su visita? —inquirió H. M.

Se oyó en el silencio que siguió el tic-tac del reloj del vestíbulo. Judith había palidecido visiblemente.

—¿Sabe usted lo que esta visita me hace suponer? Que quiere usted probar que otro miembro de mi familia está loco.

—No —respondió H. M.—. Toma usted la idea al revés: es necesario probar, al contrario, que alguien de su familia está perfectamente sano de espíritu. Hablo

seriamente, señorita Brixham, todo el problema reposa en el perfecto equilibrio mental de uno de los habitantes de esta casa. Alguien podría pensar que más valdría demostrar que esa persona está loca para evitarle el castigo; yo, no. Y si no comprende usted lo que quiero decir, de aquí a poco lo entenderá... ¿Qué deseaba mostrarnos?

La joven se acercó a la chimenea.

—No habría encontrado nada si Isabel no fuese tan perfecta ama de casa. Ahora está de pie y circula por todas partes como un fantasma, visiblemente preocupada, sin querer decirnos qué la oprime. Pero sus instintos de ama de casa son más fuertes que su inquietud. Cuando vio la vieja colcha y los cortinajes... donde usted sabe... ordenó quemarlos. Esas telas estaban llenas de chinches y los criados se negaron a tocarlas. Pero una buena propina decidió a Shorter, que las quitó, ayudado por Bob. El colchón estaba en un estado tal que, en el momento de alzarlo, un objeto cayó por una de sus desgarraduras: un objeto que había sido colocado recientemente en ese escondrijo; helo aquí, yo no quiero tocarlo.

Señaló con el dedo un paquete, envuelto en un pañuelo, colocado sobre la chimenea.

—Pertenece a Guy —añadió Judith—; mi hermano lo utilizó hace tiempo para inyecciones de suero; lo había olvidado.

Masters, desplegando el pañuelo, descubrió una jeringa hipodérmica, provista de su aguja y llena hasta la mitad de un líquido amarillo oscuro muy fluido.

¿Acorralado?

Bob nos previno que seguramente irían ustedes a recoger huellas digitales — prosiguió la joven—. Por eso la envolvimos en un pañuelo.

—Muy bien, señorita —dijo Masters, alzando el pistón de la jeringa—. Pero apostaría a que no se encontrarán huellas digitales en el vidrio. Mire... La manejaron con guantes. ¿Será que...?

H. M. le tomó el objeto de las manos, se sentó ante el fuego y puso el pañuelo doblado en cuatro sobre sus rodillas; después, con una delicadeza sorprendente en hombre tan corpulento, hizo caer dos gotas del líquido en el pañuelo, las olió, las probó.

—Curare diluido en alcohol —dijo—; no hay más que raspar la punta de un arma emponzoñada y es fácil preparar uno mismo la solución. ¡He aquí lo que deseaba usted, Masters!

—¿Quiere usted decir que con esto mataron a Bender?

—La cosa no está ahí —respondió H. M. con obstinación—. Este instrumento es muy revelador, pero se engaña usted acerca de su significado. ¿Por qué no serviría para matar a Guy? Si el asesino quería continuar la leyenda del cuarto maldito, ¿por qué no practicar a Guy una inyección con esta jeringa y dejarlo morir del mismo modo que a los otros? ¿Por qué asesinarlo con ese martillo? Este acto no era premeditado, puesto que el útil ya estaba sobre el lecho, donde Masters lo había dejado después de abrir la ventana. ¿Cómo el asesino habría podido conocer este detalle?

—El que trajo primero el martillo al cuarto no lo ignoraba —respondió Masters con calma—. Pero poco importa: ya tenemos de nuevo el caso absolutamente trastornado. ¿No ve usted que si Bender fue muerto por medio de esta jeringa, el asesino debía hallarse necesariamente junto a él? ¡Espere!... a menos que haya podido pincharle antes de que abandonara el comedor.

—¿Pincharle? ¿Y dónde? —preguntó H. M.

Envolvió muy cuidadosamente la jeringa en el pañuelo y se la devolvió a Masters.

—No he dicho que haya servido para matar a Bender —continuó—, ni he dicho palabra de Bender. Para tratar de ponerle a usted sobre la pista, no preguntaré más que una cosa: ¿por qué no la emplearon para asesinar a Guy? Llamemos al sentido común en nuestro auxilio: Guy se desliza anoche en el cuarto para buscar sus diamantes; el asesino, llamémosle «Samson», se desliza a su vez con una jeringa preparada. Pero «Samson» advierte, súbitamente, que ha descuidado un detalle en su plan tan minuciosamente elaborado. Guy, por ejemplo, puede alborotar toda la casa al sentir el dolor del pinchazo... El martillo se encuentra providencialmente sobre el lecho. Aturdir a Guy de un martillazo y pincharlo después era la solución natural: el

curare habría hecho el resto. Pero «Samson» no obró así: se sirvió pura y simplemente del martillo. ¿Por qué?

—No veo qué importancia puede tener eso —declaró Masters con impaciencia—. Pudieron interrumpirle...

—Es posible —dijo meditabundo H. M.—: Tuvo tiempo, sin embargo, de asestarle varios golpes terribles. Veo de otro modo la cosa: la realización de un detalle olvidado ha podido aparejar otra. Supongamos que «Samson» se hubiera contentado con aturdir a Guy descargándole un golpe en la cabeza; la señal sería poco visible; el asesino practica enseguida a su víctima una inyección de curare bajo el cuero cabelludo, donde quedará disimulada por la masa de los cabellos. A la mañana siguiente, el inspector Masters llega ante el cadáver: ¿cuál es su primer pensamiento? ¡Pronto!

—Pues, pensaría que Guy se habría él mismo...

—¡Perfectamente! Ahora bien, estaba usted convencido de que Guy había asesinado a Bender, y todos nosotros, por otra parte, abrigábamos fuertes sospechas. Lógicamente, habría usted supuesto que el asesino se había suicidado o caído al menos en su propia trampa. De todos modos, el asunto quedaba cerrado y ni usted ni yo hubiéramos buscado más lejos... he aquí lo que comprendió «Samson».

—¡Es la primera vez que oigo hablar de un criminal que se muestra poco satisfecho de haber probado la culpabilidad de otra persona! —dijo Masters con una ligera sonrisa ligeramente irónica.

—Puede darse el caso —sentenció H. M.—. Vamos a ver al doctor Pelham. ¿Quiere quedarse aquí, señorita Brixham? Voy a decir a su hermano que usted desea hablarle. ¿Está al tanto del incidente de la jeringa? ¡Bien!, en guardia, Masters.

Una atmósfera de cordialidad reinaba en el despacho, donde el doctor Pelham, importante y afable, fumaba un excelente habano, sentado frente a Alan. Se apresuró éste a ofrecer cigarros a los recién llegados, y fue preciso que el doctor Pelham insistiese para que acudiera a la llamada de Judith transmitida por H. M. Cuando abandonó la habitación, exclamó el médico con evidente placer:

—¡Ah, Merrivale! Encantado de verlo, a pesar de las tristes circunstancias... Hace años que no nos encontramos. Ya no se le ve en las reuniones de la asociación.

—Es que... vea, Bill... yo no he evolucionado con el siglo, como usted; practico un juego anticuado, de otra época. En fin, ¡poco importa! ¿Ha visto a Mantling? ¿Cuál es su opinión?

Pelham sonrió.

—¡Todo esto es una tontería! Arnold me previno que no hallaría nada, pero algún otro parece haber insistido. ¿Mantling? Nada de grave en ese muchacho, una ligera neurosis, naturalmente, que deberíamos quizá poner en claro, pero en cuanto a lo demás...

—La clave del enigma es «naturalmente» —dijo H. M.—. Y he aquí lo que me horripila en ustedes, los alienistas: son incapaces, por deformación profesional, de reconocer que haya una sola persona en el mundo perfectamente sana de espíritu y, por otra parte, nada se puede contra ustedes, si cometen un verdadero crimen moral... Pero necesito su opinión, Bill, respecto a un crimen puramente físico. Responda a mi pregunta como un buen camarada: si Mantling fuese acusado, con todas las pruebas en apoyo, del asesinato de su hermano, ¿le ahorcaría usted?

Un estremecimiento de horror sacudió a los asistentes, como si un viento helado hubiera soplado repentinamente en la habitación. H. M. acababa de evocar el delgado hilillo de sangre, portador del terrible mal, que unía, a través del tiempo, a una vieja hechicera empingorotada, cuyos ojos devoraban los cofrecillos de oro y plata, fúnebres despojos de la Revolución Francesa, y a Alan Brixham, lord Mantling, amenazado con la horca por asesinato.

Pelham mismo pareció impresionado; depositó en el cenicero su cigarro y abrió la boca para responder...

En el mismo instante, alguien dejó escapar un grito:

—¡No —clamaba Isabel Brixham—, usted no hará eso! A Alan no puede ocurrirle una cosa así...

Debilucha, con aire enfermizo, como si alguna tortura interior la obligase a hablar contra su voluntad, Isabel había recobrado, sin embargo, su habitual dignidad. Tairlaine procuró hallar la palabra apropiada para determinar la expresión de sus ojos pálidos. «Deslumbrados», no era suficiente; «obsesionados», demasiado teatral, demasiado sugerente: estos términos no daban idea de su punzante sinceridad. Se mantenía muy erguida, viviente estatua del dolor bajo los cabellos argentados que cubrían en disciplinadas ondas su altiva cabeza.

—Me dijeron que estaba usted aquí; era necesario que le viese. No puede ocurrirle nada, ¿no es cierto? —dijo.

—¿A Alan? Se lo prometo, señorita Brixham —dijo H. M. muy tranquilo—. A fe mía, puedo certificárselo.

Pareció librarse ella de un gran peso y tomó asiento, pero su rostro conservó una extraña expresión.

—Es preciso que le hable. No disfrutaré de reposo mientras no lo haya hecho. A veces me parece que no volveré a dormir. Sé quién es usted...

Se dirigía a Pelham.

—Y por qué está aquí. Pero el asunto concierne a la policía, por el momento. ¡No me interrumpan! Les mentí anoche respecto a Guy. Me había suplicado que les dijese que estuvo conmigo y lo hice, porque adoraba a ese niño. Pero ahora saben que no se quedó junto a mí —hizo un gesto espasmódico—. Es preciso que cumpla mi terrible deber: fue mi sobrino Alan quien mató a Guy. Sé, ahora, que también cortó el cuello

del perro, porque el cuchillo de que se sirvió no ha sido limpiado. Pero la muerte de su hermano es cosa muchísimo más grave.

H. M., que no le quitaba los ojos de encima, impuso silencio a los demás con un gesto imperioso.

—¿Le vio usted matar a Guy?

—No, porque no me atreví a seguirle e ignoraba lo que iba a hacer, pero le diré lo que vi. Anoche, había concluido por dormirme, pero, como en todas las personas de mi edad, mi sueño es de corta duración: me desperté con la garganta reseca y hubiese dado una fortuna porque me hubieran traído agua, mucha agua. Me levanté para ir a buscarla y, cuando abrí la puerta...

—¿Qué hora era, señorita Brixham? —dijo Masters con voz voluntariamente suavizada—. ¿Lo recuerda?

La interrupción hizo vacilar, empero, a Isabel.

—No... no sé... ¡Ah!, sí, recuerdo el cuadrante luminoso de mi reloj. Debían ser cerca de las cuatro. El vestíbulo estaba completamente a oscuras, pero noté luz en el cuarto de Alan. Les haré una confesión que ha de parecerles absurda, pero es necesario que sepan por qué el terror me clavó en el sitio, incapacitándome para todo esfuerzo. Cuando yo era todavía una niña, mi padre murió envenenado en aquel cuarto; me dieron, para contribuir a mi esparcimiento, un libro de cuentos de hadas que hubiera entretenido a la mayoría de los niños. Mas sus relatos y, sobre todo, sus aterradoras ilustraciones, dejaron para siempre huella en mi imaginación y persiguieron mis sueños...; desde entonces, jamás he cesado de poblar la casa de terribles fantasmas. ¡Pero lo que vi la noche última no era un sueño! El vestíbulo estaba oscuro y vi a Alan salir de su cuarto llevando en la mano una lámpara de minero. Los círculos de alambre que la protegían proyectaban sus sombras sobre él: parecía dos veces más alto que de costumbre, vestido con su bata de casa negra de cuello rojo. Vi su rostro cubierto de pecas, su cuello de toro, sus cabellos bermejos pegados por el sudor y, sobre todo, sus ojos, sus ojos pavorosos, su espantosa risa y supe que estaba loco... llevaba guantes negros de algodón y sostenía en una mano su lámpara y en la otra una jeringa hipodérmica, llena de un líquido pardusco. Se preguntarán ustedes por qué no corrí detrás de él y alboroté la casa, ¿verdad? Me sentía físicamente incapaz, me parecía tener ante los ojos una de las terribles imágenes de mi libro... De pronto pensé en Guy...; ¿dónde estaba Guy?

El doctor Pelham había dejado su cigarro y la observaba con curiosidad.

—Estaba usted inquieta respecto a Guy, señorita Brixham —dijo—. ¿Por qué?

—Les refiero lo que pasó —replicó la mujer—, no explico. Todo lo que sé, es que con un prodigioso esfuerzo conseguí llegar al cuarto de Guy... Su lecho estaba vacío —exhaló un suspiro—... Me di cuenta entonces de que debiera haber descendido y seguir a Alan, pero eso me fue imposible y permanecí sentada, clavados los ojos en la

cama vacía. Por una especie de compromiso conmigo misma, pensé que todo podría arreglarse si Alan me hallase en su cuarto cuando regresase. La oscuridad era terrible y había un olor extraño en esa habitación; cerré la puerta e hice girar el interruptor. Entonces vi el cajón abierto...

—¿El cajón abierto? —preguntó H. M.

—Sí, el inferior de la cómoda. Me acerqué... y vi, primero, un gran cuchillo de caza, semejante a los que Alan ha traído de sus viajes... no lo habían lavado, y los pelos del perro todavía permanecían adheridos a la hoja manchada con su... ¡Oh, sí!, y una gran agenda de notas, de la que habían arrancado algunas hojas, y cuya cubierta de cuero llevaba las iniciales R. B.

Masters lanzó una exclamación, pero Isabel pareció no oírlo y se llevó la mano a la frente como si le doliese.

—Me fue imposible permanecer más tiempo en aquel cuarto. En el momento mismo en que salía, vi una luz que subía la escalera. El miedo, un miedo insensato, me hizo caer de rodillas a lo largo de la pared. Creí que Alan iba a matarme.

»Pero pasó a algunos metros de mí sin verme, y cuando cerró la puerta percibí su semblante, sonreía y le oí decir, como si se dirigiese a mí: “¡He concluido con él: ha sido justicia!”. Luego un gran pozo negro... no me acuerdo de nada más, pero debí regresar sola a mi habitación, puesto que... que aún estoy viva.

Apoyó la cabeza en el respaldo de su sillón; su respiración era jadeante. H. M., cruzadas las manos sobre el vientre, la observaba.

—Vaya, Masters —dijo con voz blanda—, lléguese allí y eche una ojeada a ese cajón.

Isabel volvió a abrir los ojos.

—¿Cree usted que esos objetos estén aún ahí, sir Henry? —preguntó.

—Sí. Han de estarlo seguramente y quizá otros más —luego, volviéndose hacia el médico añadió—: ¿Tiene alguna pregunta que formular, Pelham?

—Mi querido Merrivale —respondió el médico—, eso concierne a la policía... No, no tengo ninguna pregunta que formular, por el momento al menos.

—Dígame, señorita Brixham —preguntó H. M.—, ¿sospechaba usted hace tiempo que su sobrino era culpable? El loco a quien aludió usted era él, y cuando le vio anoche, quedó asustada pero no sorprendida, ¿verdad?

—Sí, puedo ahora confesárselo.

—Es lo que yo pensaba. Pero lo que acaba usted de referir en presencia de cuatro testigos, ¿está dispuesta a repetirlo bajo juramento delante del juez instructor? ¿En el tribunal de Old Bailey?

—¡Dios mío, no! No podría repetirlo..., yo...

—Sin embargo, es la verdad.

—Sí, y era preciso que se la dijese, pero ahora usted sabe que Alan está loco...

No puede detenerlo... como a un vulgar criminal.

La puerta se abrió bruscamente y Masters entró trayendo un paquete anudado en un pañuelo. Isabel se irguió bruscamente y volvió la cabeza.

—Aquí está, señor —dijo Masters con voz sorda—, todo lo encontré en el cajón. ¡Ahora lo tenemos!

Depositó sobre el escritorio un cuchillo de caza, que había servido evidentemente para matar al perro, una agenda encuadernada en cuero negro, una botellita y un frasco niquelado. H. M. tomó la botellita con el pañuelo y olió su contenido.

—¡Cianuro de potasio! —gruñó—. Una verdadera colección de maníaco, con instrumentos de muerte en todos los rincones. Incluso veneno, probablemente —añadió destapando el frasco niquelado—. ¡Ah!, *Cherry-Brandy*, a primera vista, imposible adivinar otra cosa, pero el olor del *Cherry* disimularía fácilmente el de almendras amargas, característico del cianuro; el frasco está lleno hasta un tercio. La agenda...

Era una agenda de hojas intercambiables; varias habían sido arrancadas: veíanse todavía trocitos de papel retenidos en los aretes de la encuadernación. H. M. la miró con atención, y exhalando después un profundo suspiro, dijo a Masters:

—Bueno, querido, ahora le toca a usted actuar. ¿Qué piensa hacer?

—Pues ya no es cosa de vacilar, el caso está claro. No tengo la orden de arresto, naturalmente, pero voy a pedir a lord Mantling...

—Vaya —dijo H. M.—. Está detrás de usted.

Mantling se hallaba, en efecto, en el umbral de la puerta, entre Carstairs y Judith, que le oprimían el brazo.

—Oiga —exclamó Mantling con cólera—, Shorter me ha dicho que entró usted en mi cuarto..., que...

Extendió repentinamente el brazo hacia el escritorio.

—¿Dónde encontré eso?

—En su cuarto —respondió lentamente Masters—. ¿Reconoce estos objetos?

—Ése es mi cuchillo...

Incapaz de terminar la palabra, miró a Judith, luego a Carstairs.

—¿En mi cuarto? ¿Dónde?

—En el cajón inferior de la cómoda, señor.

—¡Pero si jamás lo utilizo! —afirmó, crispando los puños—. Es un cajón muy duro de abrir y nunca pongo nada dentro. ¿No es cierto, Judith? No lo utilizo, le digo...

Masters levantó la mano.

—Un momento, señor. Es mi obligación advertirle que su tía, la señorita Isabel Brixham, acaba de probarnos que es usted culpable del asesinato de su hermano. Y acabamos de encontrar en su habitación estos objetos que nos permitirán establecer

otros determinados cargos...

Mantling se volvió lentamente para mirar a Isabel, pero ésta retiró la mirada; lloraba. Sin quitarle los ojos de encima, Mantling avanzó hacia ella, abriendo y cerrando sus enormes manos.

Judith lanzó un grito penetrante; Carstairs trató de retenerlo. Pero fue Masters quien se interpuso, apoyando una mano firme sobre el brazo de Alan.

—Vamos, señor —le dijo dulcemente—, sea razonable, me resultaría muy penoso recurrir a la violencia. Mi deber es hacerle saber que no poseo, actualmente, ninguna orden de arresto contra usted, pero le ruego que me acompañe a Scotland Yard para sufrir un interrogatorio respecto al asesinato del señor Guy Brixham. Podrá usted disponer del concurso de un abogado y ningún arresto definitivo ha de operarse mientras no me den la correspondiente orden mis superiores, pero le prevengo que hará bien en seguirme tranquilamente.

Mantling se había detenido, sus anchas espaldas se habían encorvado súbitamente y miraba a Masters como si jamás le hubiese visto.

—¿Por qué quiere llevarme? —dijo con voz quejumbrosa, casi infantil—. Isabel..., ¿por qué mentiste? Yo no hice nada malo... ¡Quieres enviarme a la horca! ¡Señor, ayúdame! No..., no he hecho nada.

—Deseo que pueda usted probarlo —dijo Masters—. Nuestro mayor deseo es ayudarle. ¿Está preparado?

—¿Preparado?

—Su sombrero...

Mantling se llevó la mano a la cabeza, como un niño.

—Sí, sí. Mi sombrero y mi abrigo. ¿Dónde está Shorter? Mi sombrero y mi abrigo para ir a la prisión... No tema, le seguiré tranquilamente... ¿Por qué quiere detenerme? Soy inocente...

Sangre en una palangana

Con la detención de Alan Brixham, lord Mantling, acusado del asesinato de su hermano, el caso acababa de entrar en su fase más terrible. Los periódicos de la noche guardaban silencio acerca de este nuevo acontecimiento, pero en todo Londres no se hablaba de otra cosa.

Tairlaine estaba citado con H. M. y Masters para comer en uno de los pocos restaurantes de la City que permanecían abiertos: el Green Man.

En el taxi que le conducía, iba pensando en la decepción que le produjo la actitud de H. M. durante las escenas desarrolladas en el curso de la tarde en Curzon Street. Sólo había respondido con un gruñido ininteligible a las preguntas que acompañadas de ansiosas miradas le dirigiera Masters, concernientes al arresto de Mantling, dando así a entender que el hecho carecía a sus ojos de importancia; luego se ocupó de interrogar a los criados. Judith y Carstairs se negaban a creer a Alan culpable; Isabel había vuelto a subir inmediatamente a su cuarto y Ravelle no había abandonado el suyo.

Tairlaine halló a H. M. consultando tranquilamente el menú en un salón particular del Green Man. Masters, que se calentaba las manos delante del fuego, parecía, por el contrario, consternado e inquieto; interpeló súbitamente a H. M.:

—¿Cómo puede estarse ahí tan fresco, cuando atravesamos un período casi angustioso? ¿No sabe, acaso, las consecuencias que acarrearía el arresto definitivo de Mantling? El proceso ante la Cámara de los Lores, un par del reino acusado de un crimen, las repercusiones del escándalo... La cuestión está en saber si he hecho bien al obrar como lo hice.

H. M. se rascó la nariz.

—Pero usted no hizo todavía nada, en realidad, que yo sepa... Ese muchacho no está todavía oficialmente arrestado. Por otra parte, no necesitará usted...

—¿No necesitaré qué?

—Arrestarle. He telefoneado al viejo Boko antes de venir. Estaba conferenciando con el ministro del Interior, y me dijo que le había pedido a usted que permaneciera tranquilo hasta nueva orden. Le apuesto cinco contra uno a que Mantling saldrá de la prisión mañana lo más tarde... ¿Qué le parece una sopa de tortuga?

—Entonces, ¿cree usted que la señorita Isabel Brixham ha mentido?

—No —fue la sorprendente respuesta de H. M.

Masters brincó.

—¡Pero entonces, señor, su declaración constituye la mejor de las pruebas! Si podemos demostrar que no ha mentado... ¡Oh!, bien sé..., detesta tan manifiestamente a lord Mantling, que yo mismo abrigo mis dudas. Pero si dice la verdad, las pruebas materiales harán el resto.

Un mozo trajo unas copas de jerez; H. M. aguardó a que partiera para responder:

—Temo que la parte más interesante del testimonio de esta tarde haya escapado a su penetración. Sin ocuparnos de las personas interesadas, en sí mismas, examinémoslo con imparcialidad. Supongamos que la solterona haya inventado de uno a otro extremo su declaración con objeto de hacer enviar a Alan a un asilo de alienados; quería, pues, demostrar su locura criminal, anonadarlo, confundirlo... Masters, si esa mujer ha mentido, lo hizo de una manera muy singular. Sabía desde por la mañana que habían matado a Guy a martillazos. ¿Por qué, si quería acusar a Alan, vino a contar que le vio descender subrepticamente por la noche sosteniendo en la mano una jeringa hipodérmica... que no fue utilizada? ¿Por qué no dijo directamente que le vio matar a Guy con un martillo? Hasta ahora, sólo nos ha probado que se paseaba él por la casa durante la noche, lo que no parece nada delictivo.

—¡Es una maniobra sutil, he ahí todo!

—Absurdo, hijo. ¿Qué hay de sutil en venir a decirnos de rondón que su sobrino es un asesino? Si piensa usted que ha mentido y que Alan no es culpable, fuerza es concluir que colocó ella misma todos aquellos objetos en el cajón. ¿Qué hay de sutil en un cuchillo manchado de sangre, una agenda robada y una botella de cianuro? Cuando se acumulan pruebas tan firmes, ¿por qué no ir hasta el fin y acusarle del único crimen que podría hacerle ahorcar?

—Habla usted como si esos objetos hallados en el cajón no tuvieran ninguna importancia...

—No la tienen, en efecto —declaró H. M.—. ¿Que significa ese cuchillo manchado con la sangre de un perro? Aunque pudiese usted probar, lo cual dudo, que Mantling se sirvió de él, eso le valdría a lo sumo dos meses de prisión por crueldad hacia los animales. La botella de cianuro no prueba absolutamente nada...

—No olvide la agenda.

—¡Sí, su sombra negra! ¿Está usted dispuesto a acusar a Mantling del asesinato de Bender? Tendrá entonces que probar en virtud de qué milagro lo llevó a efecto, sin lo cual jamás se atrevería usted a presentarse ante un jurado. La coartada de Mantling es absolutamente indiscutible, la agenda lleva las iniciales R. B. Le bastaría al acusado decir que significan Robert Browning o Rile Britannia. ¿Quién podría probar que esa agenda perteneció a Bender, puesto que la única persona capaz de certificar que Bender tenía una semejante es justamente el propio Mantling? Sí, dispone usted de pruebas, desde luego, pero cada una de ellas se vuelve contra usted.

Masters juró entre dientes.

—Pero entonces —dijo—, ¿por qué no me impidió usted que arrestase a Mantling?

—Porque lejos de perjudicarnos, esa maniobra nos será sumamente provechosa,

pues ha de contribuir a que mañana me coronen de laureles; sí —añadió, consultando su reloj—, así ha de ser, porque pronto serán las ocho y antes de medianoche el verdadero culpable se hallará entre rejas.

Tairlaine y Masters se miraron boquiabiertos. La faz lunar de H. M. expresaba el más fantástico júbilo.

—Bien... —continuó, blandiendo su cuchara—, he aquí lo que le prometo. He dado órdenes en su nombre para que todo el mundo se encuentre en Mantling House esta noche; voy a intentar un pequeño experimento. Convendrá que tenga usted dos hombres a mano, Masters, y no veo inconveniente en que estén armados. Habremos de vérnoslas con un asesino... y quizá haya gresca. Ese individuo, lo declaro con admiración, preparó la más hábil comedia que nunca he tenido oportunidad de presenciar en teatro alguno. No puedo menos que reverenciarle..., pero que esto no les corte el apetito. ¡Coman con agrado, amigos! ¿Un poco de sal?

La lluvia seguía cayendo cuando el coche de Masters, al que habían subido Tairlaine y H. M., se detuvo un poco antes de las nueve en Charles Street para recoger a sir George. Bastante nervioso éste, tendió un despacho a H. M.

—He aquí lo que acabo de recibir de nuestro experto del Dorsetshire —dijo—, pero la explicación es tan oscura como el texto. ¿Qué quiere decir el Dragón Rojo?

—¿El Dragón Rojo? —exclamó Masters—. ¿Qué viene a hacer aquí?

—Usted lo ignora todo, Masters —intervino H. M.—; deje al buen hombre que conduzca a su guisa la representación; este telegrama podría hacer saltar la mina antes de tiempo; no lo leerá usted.

Y lo introdujo en su bolsillo.

—¡Y ahora, ni una palabra más!

El coche rodó en silencio hasta Curzon Street. Un carruaje de la policía esperaba a alguna distancia de Mantling House; dos hombres de paisano se destacaron y Masters les dio órdenes; H. M. tocó el timbre; luego, llevando aparte a uno de los policías, le dio, en voz baja, instrucciones que parecieron asombrarle prodigiosamente. Shorter abrió la puerta y Judith, resplandeciente de alegría, corrió a su encuentro.

—¿Saben que acaban de poner en libertad a Alan? —exclamó—. El jefe de policía nos lo ha telefoneado hace un momento; Alan estará aquí de un instante a otro. Está libre, ¿oyen?, no han encontrado la prueba suficiente, parece...

—¡Sí, sí!, no necesita continuar —dijo suavemente H. M.—; supuse que sería así y yo mismo aconsejé a Boko que soltase a su hermano. ¿Anunció usted la noticia?

—Desde luego. ¿Hice mal?

—En absoluto. ¿Cómo han tomado la cosa?

La joven abrió los ojos mucho.

—Pues todos quedaron encantados..., es decir, excepto Isabel...

—¿Dónde se halla en este momento?

—En su tocador, con el doctor Pelham y Eugene, como lo prescribió usted. Los demás todavía están comiendo. ¿Quieren venir?

Se quitaron sus abrigos, y las manos de Tairlaine temblaban al despojarse del suyo. La atmósfera de la casa tornaba a gravitar sobre él; sonrió, empero, a Judith, siguiendo a H. M., a sir George y a Masters al comedor.

Se hubiera creído que la escena de la víspera se repetía con exactitud, a no mediar algunas sillas vacías. Las velas ardían encima de la mesa; Ravelle y Carstairs estaban sentados frente a frente, pero la hostilidad reinaba ahora entre ellos. La puerta de dos hojas que conducía al Cuarto de la Viuda se encontraba cerrada.

—Buenas noches —saludó H. M. en tono voluntariamente ligero—. ¿Terminaron de comer? ¿Quiere alguno de ustedes ir a encender el gas en el Cuarto de la Viuda? Voy a mostrarles cómo murió el pobre Bender.

Sobrevino un silencio; Judith, palidísima, hubo de apoyarse en la mesa.

—¿No es una...?

—No, no es una broma —dijo H. M.—. Vaya a encender el gas, Masters, y saque todos los objetos de la cartera.

Masters, procurando ocultar su nerviosismo bajo una sonrisa, abrió la doble puerta; le oyeron tantear en la oscuridad; pronto una luz brilló al extremo del corredor; enjugándose la frente, el inspector regresó para anunciar:

—El aparato escénico está preparado, señor.

—Bien, vamos —indicó H. M.

Se dirigieron hacia la habitación, pero Judith rehusó el brazo de Tairlaine. El lecho desnudo parecía un barco desmantelado; se habían llevado los muebles rotos y puesto la mesa de nuevo en su sitio.

—Quedan cuatro sillas alrededor de esta mesa —dijo H. M.—. Tráiganme otras del comedor. Todos deben sentarse confortablemente. Veamos... la silla del «Señor de París» está rota; pongan otra en el sitio que ocupaba anoche... a la cabecera de la mesa... en línea con la ventana... ¡Perfectamente! Señor Ravelle, ¿quiere sentarse? ¡Bien! Está usted colocado exactamente en el sitio en que se hallaba Bender cuando le atacó el veneno...

Ravelle se incorporó bruscamente, pero Masters le obligó con mano firme a sentarse de nuevo; como un muñeco de resorte que volvía a entrar en su caja.

—No tema, señor —dijo el inspector—. Sir Henry afirma que no hay peligro.

Masters puso sobre la mesa de palo áloe una colección de objetos heterogéneos: una jeringa hipodérmica, un cuchillo de caza, una botella, un frasco, un nueve de picas arrugado, un rollo de pergamino... y hasta un trocito de hilo de seda.

H. M. encendió su pipa y señaló los objetos.

—Miren —dijo—. Ahí tienen los vestigios de los dos crímenes más cobardes y

más repugnantes que nunca haya encontrado en el curso de mi carrera. Pero estos vestigios, señoras y caballeros, son reveladores; voy a mostrarles lo que nos enseñan.

—¿No quiere que los otros vengan aquí también? —preguntó Judith.

—No —dijo H. M.—, ahora no. Dentro de algunos minutos subiremos nosotros y alguien hablará con Isabel. Los resultados de esa conversación, si tiene lugar, serán interesantes, y los resultados de las declaraciones de Isabel lo serán aún más. Pero por el momento...

»Se me ocurrió súbitamente esta tarde que los hechos concernientes a este caso no se encadenaban lógicamente. Advertí que un detalle, un pequeño detalle solamente, todo lo había embrollado desde el principio. La treta que sirvió para matar a Bender es tan sencilla, tan sencilla, que nos negamos a ver la verdad que nos saltaba a los ojos.

»Cuando Masters irrumpió hoy en mi despacho para referirme la meticulosidad de Bender para tratar las dolencias, desde los callos a la apendicitis, en lugar de ver la evidencia, me reí de Masters, que tenía, empero, sin saberlo, la clave del enigma. Bender padeció un absceso debajo de un callo, de lo cual a nadie habló; Bender padeció un principio de apendicitis y no por ello desistió de hacer sus rondas, el tonto, sin decir palabra a nadie.

»Hubiera debido darme cuenta anoche, al verle aquella inquietud excesiva, como si estuviese bajo los efectos de una droga, aquella expresión de... La palabra “inquietud” sería demasiado fuerte; era más bien malestar, y aquel modo de rodar su lengua en la boca... Cuando le vi comer...

—Pero si precisamente no comió nada —dijo Judith—, salvo un poco de sopa.

—¡Salvo la sopa, por supuesto!, y fui lo bastante idiota para no comprender. Pero, ustedes mismos, ¿adivinaron algo esta tarde, cuando Mantling nos refirió su historia? Mantling entró inopinadamente mientras Bender se afeitaba; éste se sobresaltó y se cortó con su navaja... y, sin embargo, la palangana estaba toda llena de sangre.

»¿Imaginan que una pequeña cortadura de navaja pudiese rociar toda una palangana sin producir la menor mancha sobre las ropas del desdichado? ¿Por qué había tanta sangre? ¿De dónde provenía? ¿Qué es lo que Bender les ocultó?

—¿Qué? —inquirió Masters.

—Bender se había enjuagado la boca y les ocultó que el dentista acababa de abrirle un absceso en la encía.

Anillas en las manos

Masters lanzó una sorda exclamación:

—Comienzo a comprender —murmuró.

—Sí, es fácil, ¿verdad? No he cesado de repetirles que Bender tenía no solamente una agenda en el bolsillo interior de su esmoquin, sino también alguna otra cosa. La luz se hizo en mi mente esta tarde. ¿Qué es lo que puede entrar en un bolsillo detrás de una agenda? ¡Respondan! ¿En qué pensarían ustedes primero viendo el abultamiento del bolsillo?

Tairlaine hizo un rápido esfuerzo de memoria.

—Supuse, ante todo, al ver a Bender, que llevaba un frasco en el bolsillo.

—¡Más valdría que lo hubiese dicho! Comprenderá usted ahora cuán simple y fácil ha sido la maniobra. He afirmado desde el comienzo que el curare no había podido ser absorbido por la boca, porque no habría causado daño a Bender. Yo tenía razón en principio: en circunstancias ordinarias habría sido el veneno perfectamente inofensivo. Pero lo que no sospeché, lo que nadie buscó, fue un pequeño corte en la encía, probablemente cerca de la muela del juicio, que se infecta con más facilidad que las otras, una incisión hecha en la tarde que precedió a su muerte. El veneno pudo así penetrar directamente en la sangre y matarlo con mayor rapidez que cualquier inyección. Y la autopsia, naturalmente, no reveló nada: un corte de bisturí en la encía deja una huella imperceptible.

»Pero ¡por los cuernos del diablo!, debiera haber desconfiado. Recuerde, Masters: nos pusimos de acuerdo para concluir que el veneno debió de penetrar por el pequeño corte de la navaja situado bajo el cuello porque sus músculos vocales habían quedado inmediatamente paralizados... Por supuesto, pero fue por la encía por donde penetró la parálisis. Decir que buscaba un medio extraordinario y no pensé en el más simple de todos: un hombre sacando un frasco de su bolsillo y bebiendo sin saber que el cordial está emponzoñado con curare.

»Miren: beberé de este frasco sin que ello me cause ningún daño. Porque hay cianuro en esa botella y *Cherry-Brandy* en el frasco, la tendencia es unir estúpidamente las dos ideas, pero el frasco no contiene cianuro; el alcohol está mezclado únicamente con curare. Bender estaba sentado a esta mesa y Guy le acechaba detrás de la ventana... ¿Comprenden ahora? Guy le vio beber, girar sobre sí mismo y desplomarse en tierra. Ahora bien, había visto a alguien dar ese frasco de *Cherry-Brandy* a Bender la noche del crimen. ¿Qué valen frente a esa situación todas las coartadas, por buenas que sean? Bender bebería. Bebería porque alguien le había dicho haber mezclado un calmante al cordial. He aquí lo que yo creo, y pronto nos aseguraremos de ello. Ese alguien no había mentado, por otra parte; el *Cherry-Brandy* contenía un líquido que adormecería para siempre sus dolores.

Sir George exclamó:

—Pero ¿cómo diablos el criminal podía saber que Bender no bebería un trago de calmante antes de ir al cuarto? ¿Y cómo fue robado el frasco después del asesinato? ... ¿Lo mismo que la agenda?

—Isabel Brixham podrá informarnos —dijo tranquilamente H. M.

En el terrible silencio que siguió, era perceptible el ronroneo del gas.

—Entonces, la señorita Brixham... —dijo sir George—, la señorita Brixham...

H. M. se levantó con esfuerzo.

—Vamos a ver allá arriba lo que ella va a decirnos —respondió—. Vengan todos y no tiemblen. ¡Vaya!, ya no hay nada de extraño ni de peligroso en este pretendido cuarto maldito; los fantasmas nacidos en su imaginación se han desvanecido ¿No se alegran de este desenlace?

Judith Brixham se alejó mordiéndose el puño cerrado: estaba muy pálida, pero dos manchas de un rojo vivo coloreaban sus pómulos. Ravelle contemplaba la mesa con aire extraviado, y el rostro de Carstairs parecía tan hermético como el de H. M. Salieron todos sin protestar, conducidos por Masters. Tairlaine sentía que el verdadero terror estaba aún por llegar. Atravesaron el vestíbulo y subieron la escalera, cubierta de una espesa alfombra. ¡La escalera! Una vez en el vestíbulo, en el primer piso, oyeron una voz.

Era la del doctor Pelham, que hablaba dulcemente y parecía tanto más extraño aquello cuanto que no alcanzaban a distinguir ninguna de sus palabras.

H. M. les impuso silencio con un gesto y avanzaron suavemente sobre la espesa alfombra rojo oscuro. Algunas palabras distintas hicieron estremecer a Tairlaine y Judith estuvo a punto de lanzar un grito, pero Masters, perdiendo la serenidad, la asió bruscamente y le puso la mano en la boca. Antes que Tairlaine pudiese protestar, se hallaron ante el tocador de Isabel Brixham, donde el estupor los inmovilizó.

Jamás habría de olvidar Tairlaine aquella escena: Isabel estaba sentada delante del fuego, de espaldas a la puerta, en un amplio sillón; por encima del altísimo respaldo asomaban sus cabellos plateados. La habitación se hallaba iluminada por el fuego de la chimenea y una lámpara provista de pantalla, colocada sobre una mesa, en el fondo del cuarto. Frente a Isabel, en aquella penumbra, aparecía el doctor Pelham, cuyos brillantes ojos se clavaban en la solterona.

—Mi mayor deseo es absolverla, señorita Brixham —le decía—. Respóndame con toda concisión. ¿Dijo usted a la policía, esta tarde, que había visto descender a su sobrino Alan, con una jeringa hipodérmica en la mano?

—Lo dije, en efecto.

La voz era extrañamente sorda y la cabeza se mantenía absolutamente inmóvil.

—¿Es la verdad, señorita Brixham?

—En cierto sentido, sí; era preciso que lo dijese.

—¿Era preciso que lo dijese? Entonces, ¿usted no vio realmente a su sobrino descender la escalera?

—No.

—¿Ni halló los objetos que describió usted, en el cajón de la cómoda?

—No.

El tictac del reloj hizo sobresaltar a Tairlaine. Percibió entonces que el doctor Pelham, usando de su poder profesional, había hipnotizado a Isabel.

—Voy a referirle lo que ha pasado, señorita Brixham, y usted dirá si he adivinado con exactitud. La han forzado a hablar; la historia, completamente inventada, le fue enseñada al detalle, para que la repitiera usted textualmente. Le ordenaron que fuera a contársela a los oficiales de policía a las cinco de la tarde en punto y usted no pudo desobedecer. ¿Quién le ordenó esa misión? ¿Quiere decírmelo?

—Desde luego. Es...

Algo procedente de la puerta brincó en la sombra; dos bofetadas cayeron sobre el rostro de Isabel, que se incorporó gritando.

—¡Vaya, Masters! —gritó H. M.—. ¡Por allí!

Algo corría frenéticamente en derredor de la habitación; Tairlaine percibió la cara de uno de los policías de paisano, luego, el relampagueo de las esposas. Empujado por detrás, Tairlaine fue a dar sobre un almohadón, se asió a una silla y se vió arrastrado más lejos. Acababan de abrir bruscamente una puerta lateral y siguió a Masters a una habitación alumbrada por las luces de la calle; dos cuerpos, en lucha, voltearon un tocador y cayeron al suelo.

—¡Lo tengo! —gritó una voz jadeante, y oyóse el clic de las esposas—. ¡Luz!

Tairlaine, que se hallaba muy cerca de la puerta, hizo girar maquinalmente el interruptor. Deslumbrado de pronto, distinguió luego unos rostros estupefactos, después todo el juego de plata del tocador esparcido por tierra. Masters y el policía ayudaban a un hombre a levantarse; muy digno, quitó éste el polvo de su pantalón, a despecho de las esposas que ligaban sus muñecas.

—Nosotros nos encargaremos de él —dijo suavemente Masters a H. M.—. ¡Es un asesino, lo ha dicho usted!

Cesando de sacudir el polvo que maculaba sus pantalones, el doctor Eugene Arnold se enderezó; su pálido y atractivo semblante sólo expresaba indiferencia.

Reflexiones

Aquella noche de marzo una temperatura primaveral permitía mantener abiertas de par en par las ventanas; arrellanado en el sofá de su despacho de Brook Street, con una taza de café al alcance de la mano, H. M. chupaba su pipa apagada. Se había quitado el cuello y la corbata. Masters se hallaba sentado junto a él, ante un vaso de cerveza y, del otro lado de la mesa, Tairlaine contemplaba un tablero cubierto de cartoncitos que representaban buques de guerra. El reloj colocado sobre una pila de libros dio la media de las tres de la mañana.

—Ataco —dijo Tairlaine, avanzando un submarino—. Oiga, parece que el mozo ha confesado, ¿no?

—Me alcanzó —declaró H. M., retirando un crucero del tablero—. ¿Qué quiere decir? ¿De quién habla?

Masters se estiró en el sofá.

—¿Por qué finge usted no comprender? —inquirió—. Desde el comienzo de la velada, el profesor y yo venimos escuchando sus historias de cacerías con la esperanza de que nos hablara de Arnold. Necesito todavía una porción de declaraciones para que mi informe quede completo.

Se volvió hacia Tairlaine:

—El miserable se confesó únicamente porque creyó llegada su última hora. Sin esta circunstancia, se habría defendido como un demonio ante los tribunales y no tengo ningún empacho en admitir que probablemente nos hubiera batido, a pesar de sir Henry. Teníamos contra él muchas menos pruebas que las que su astucia había forjado contra lord Mantling... Pero consiguió procurarse un trozo de lata de conservas y se abrió las venas; nunca tuvo mucho valor, excepto cuando se trató de matar al prójimo. Creyéndose a punto de morir, hizo que vinieran el capellán y el gobernador de la prisión, en Holloway, y les anunció fríamente que estaba decidido a efectuar una declaración *in extremis*. Se cuidaron bien de decirle que sus días no estaban en peligro y ahora podemos estar ciertamente seguros de que será ahorcado..., lo cual, entre nosotros, no pesará mucho sobre mi conciencia... La cuestión está en saber, sir Henry, cómo...

H. M. empujó el juego hacia el extremo de la mesa.

—Le concederé diez minutos para explicarle el punto —dijo—, por más que me sea desagradable abordarlo. No, Masters, no es afectación, sino que este caso dista de contarse entre mis éxitos. No sólo incurrí en una absurda confusión con esa historia de la encía; tardé, además, en descubrir a Arnold, cuando nos jugó más tarde una pasada tan poco sutil. ¿Ha advertido usted que un hecho, un simple hecho concreto, indicaba, sin que pudiera haber la menor duda, que *Arnold era la única persona susceptible de haber cometido los crímenes*? No creo engañarme, pero para darle una

probabilidad de reflexionar, analizaré el caso desde los comienzos.

Una llamada resonó, pasos vacilantes subieron por la sombría escalera, y sir George Anstruther apareció en el umbral de la puerta.

—Heme aquí —dijo—. Me había recomendado usted que viniera tarde. Pero ¿qué pasa? No hay nadie en la casa: tuve que encontrar yo solo mi camino.

—¡Ah!, empiezo a comprender —dijo Masters con malicia—. El tema le desagrada, y le cuesta hablar de él, sir Henry. Pero había convocado usted a sir George... y viéndole tardar, había renunciado a su presencia; por esto, se resolvió usted al fin a hablar.

Grave error táctico que poco faltó para echarlo todo a rodar. H. M., a voz en cuello, tildó a Masters de ingratitud; los tres hombres echaron mano de toda su diplomacia para calmarlo.

—Continuaré —dijo por último con aire colérico—. No me divierte, pero en fin... Vean, hijos, Eugene Arnold está loco. No en el sentido legal del término, de modo que sería imposible obtener un certificado para recluirlo; y dentro de nuestro actual régimen social, ni siquiera podría calificársele de excéntrico. Cuando un cerebro como el suyo se mantiene dentro de los límites de la ley, lo hallamos admirable y no pensamos más que en erigir estatuas a su feliz poseedor. En resumen, Arnold está atacado de la manía de la autoridad, en la situación de un general sin ejército, y de la manía financiera, sin industria que dirigir.

»Su vida entera estaba reglada como un código, según él; las cosas se clasifican en dos categorías: las que encuadran dentro del sentido común y las que no pueden ser admitidas en él; estas últimas deben rechazarse inexorablemente. Arnold decidió lo que deseaba obtener, y ningún obstáculo, cualquiera que fuese, le pareció insuperable para el logro de sus proyectos; poco importaba que violase a veces la moral burguesa o los convencionalismos para alcanzar sus fines. Tan a menudo descubría la verdad de los otros que olvidó hallar la suya propia, y el insensato no advirtió que la humanidad, sin excepciones, ama sus ilusiones y las prefiere cien veces al pobre tonto que pretende disiparlas.

—Sin embargo, defendió a Judith —observó Tairlaine— cuando acusaron a ésta de haber robado las flechas.

—Si ya no hubiese estado yo seguro de su culpabilidad, esa actitud me habría puesto sobre aviso. Violentó de un modo tan discordante su carácter y tan mal representó su papel que poco faltó para que le pidiese repentinamente que se callara. Vean ustedes...

—¿Por qué no cuenta las cosas desde el principio, señor? —sugirió Masters—. ¿En qué momento comenzó a sospechar de él?

—La primera vez que le hablé mi sospecha aún no se había precisado, porque no podía imaginarme el procedimiento del crimen y todos disponían de una coartada:

pero en lo que nos dijo, en el hecho mismo de la presencia de Bender en aquella casa, intuí algo incongruente, inverosímil, y he de haber perdido momentáneamente mis facultades para no atribuir más importancia a esa impresión.

»Había colocado a Bender en aquella casa, a Bender, de quien era el jefe, el maestro, para descubrir la persona aquejada de locura y Bender había estado ya bastante tiempo en el lugar como para haberse formado una opinión; Arnold, empero, pretendía ignorarlo todo. En rigor se hubiera podido admitir, llevando la credulidad a su extremo límite, que Arnold, por más que fuese el prometido de Judith, jamás había formulado pregunta alguna a este respecto a su subordinado. Pero me negué a admitir que no estuviese al tanto de la experiencia que iban a ensayar aquella noche. ¡Caramba! ¿No era acaso Arnold el primero a quien Bender debió de consultar, cuando el proyecto empezó a discutirse una semana antes? Las imposibilidades se multiplicaban. ¿Por qué Bender estaba tan deseoso de ir a aquel cuarto, que no vaciló en correr el riesgo de escamotear una carta? La “conciencia profesional” nada tiene que ver con esto; exponerse a ser víctima del mecanismo oculto que se suponía existir no podía en absoluto ayudar a Bender a descubrir al loco que buscaba.

»Este conjunto de rarezas me hizo sospechar de una mano misteriosa, dirigiendo la maniobra. Resultaba curioso comprobar hasta qué punto Arnold estaba poco advertido, o lo pretendía, después del largo período que había pasado en la familia. ¿Era razonable creer que Bender había descubierto en una semana lo que Arnold, su brillante superior, no pudo determinar durante un año? Ya saben con qué ardor era partidario de la justicia social: todavía lo oigo decir en tono doctoral: “Si hay un loco en esta casa, es preciso encerrarlo inmediatamente”.

»¿Era posible que Arnold intentase, por el contrario, impedir que se descubriera a la persona atacada de locura? Podía admitirse como efecto de un sentimiento natural, de haber sido un hombre de corazón sensible, deseoso de callar un doloroso secreto; pero, además de no ser éste el caso, ¿no había colocado a Bender en la casa? ¿Por qué, entonces?

»“Estudiemos un poco”, me dije a mí mismo; “si Guy o Alan fuesen reconocidos como locos, ¿cómo la situación del doctor Arnold y sus proyectos para el futuro podrían ser modificados?”. Encerrar a Guy, pobre hermano menor sin patrimonio, en nada cambiaría el porvenir del doctor...; continuaría entre Judith Brixham y una de las más grandes fortunas de Inglaterra, el hijo mayor, hombre vigoroso y destinado, según toda probabilidad, a una larga existencia.

Sir George aceptó la taza de café que le tendía Masters.

—¿Supuso usted entonces que el plan de Arnold era asesinar a Guy, el verdadero loco, y hacer encerrar a Alan en un asilo de alienados por haber dado muerte a su hermano, a fin de que su hermana heredase la fortuna que él codiciaba?

—No, no —protestó H. M.—; no acierta usted con la parte más maquiavélica de

su plan, la que hubiera debido hacerlo reflexionar. Quería que Alan fuese reconocido perfectamente sano de espíritu...; ¿conocen las leyes concernientes a los alienados?

—Siempre he creído —dijo Masters— que los locos eran considerados como muertos y que su fortuna pasaba al heredero más próximo, ¿o por lo menos le corresponde a éste la administración?

—No, hijo; se equivoca enteramente; antes era así, pero felizmente la ley ha venido a poner freno a lamentables abusos. Los bienes de los alienados son administrados por comisiones especiales, que impiden a los buenos parientes entregarse a toda clase de especulaciones interesadas...

»¿Comprenden ahora? Si el objeto de estos crímenes hubiera sido hacer encerrar a alguien para que Judith pudiese heredar, habría sido Alan el asesinado y la culpabilidad arrojada sobre Guy, el verdadero alienado. Pero ¿qué habría ocurrido? Muerto Alan, la familia creería a Guy culpable; en el momento de heredar éste de Mantling, sería reconocido loco y su fortuna inmovilizada hasta su curación o fallecimiento.

—Pero ¿qué tiene Bender que ver con todo esto? ¿Por qué matarlo?

—Paciencia, que no tardaremos en llegar a ello; déjeme hablarles de mis primeras sospechas respecto a Arnold, sospechas que, lo confieso, permanecieron en estado latente hasta la muerte de Guy. Reflexionando en mi hipótesis, me pregunté: «Si Arnold es culpable, ¿dónde ha podido procurarse el curare, puesto que las flechas envenenadas no fueron utilizadas?». Estuve algún tiempo sin dar con la respuesta porque ignoraba lo que ustedes sabían. Descubrí al fin lo que Alan les había dicho, poco antes de mi llegada, la primera noche. Isabel hablaba de armas emponzoñadas, de flechas traídas por Alan y Carstairs de América del Sur. ¿Recuerdan la respuesta de Alan?

—Sí —dijo Tairlaine, que recordaba hasta la inflexión de voz—, declaró: «Estas armas no están envenenadas; Arnold ha comprobado todas las flechas».

—¡Sí!... —asistió H. M.—, lo mismo que cuando el viejo Ravelle examinó el mobiliario del Cuarto de la Viuda; quitó el veneno y lo guardó, porque su plan era muy anterior a la entrada en escena de Bender. Comprendí, pues, que Arnold podía poseer curare y que era el único al que había sido dada tal posibilidad; pero no llegaba a descubrir una prueba, un indicio particularmente comprometedor para él. Me estrujaba el cerebro con la agenda de notas desaparecida, con el rollito de pergamino... De pronto, la luz se hizo en mi espíritu, y me hubiera apaleado por mi estupidez. Escuchen: encontraron a Bender caído de espaldas, con el rollo de pergamino sobre su pecho. ¿Cómo pudo ocurrir eso?... Remóntense al descubrimiento del primer crimen. ¿Estamos? ¿Quién fue la primera persona que llegó junto al cuerpo? ¿Quién se inclinó el primero sobre la víctima?

—Arnold, naturalmente —dijo Tairlaine, después de un silencio.

Master, que había sacado su libreta de notas, aprobó.

—Arnold, sí —refunfuñó H. M.—. ¿Y qué hizo antes que nada?

—Nos ordenó retroceder. Todos obedecemos, por supuesto —dijo sir George.

—Y cuando se inclinó sobre el cadáver, no pudimos verlo, porque lo ocultaba aquel enorme lecho. ¿Comprenden por qué hallamos el pergamino sobre el pecho del muerto? Se encontraba en el bolsillo de Bender, con la agenda. Arnold no tuvo más que introducir la mano en ese bolsillo para quitarle la agenda y el frasco comprometedor y ponerlos en su propio bolsillo; al ejecutar esta maniobra, el rollito cayó sobre el pecho de Bender. Es la única explicación posible; el truco fue hecho bajo nuestros propios ojos y consiguió extraviar nuestra imaginación. Ya ven ahora por qué nuestro amigo Arnold era, entre todos, el único culpable posible.

Masters aprobó con un gesto.

—Astuto es ese doctor Arnold —dijo—. Todo ha pasado como acaba usted de decirlo; lo confesó con orgullo, me ha dicho el capellán, y añadiendo comentarios despectivos acerca de nuestras pobres inteligencias. Pero ha jurado por sus dioses que no sabía una palabra del rollo de pergamino. Fue por esta razón por lo que no se tomó el trabajo de recogerlo. A propósito, ¿sabe usted qué era?

—¿La inscripción? —preguntó sir George—. Un encantamiento contra el dolor de muelas. Muy aficionado a la hechicería, Guy se burlaba de Bender..., él mismo nos lo confesó. Se sabía vigilado por Bender, pero no creía que éste consiguiera probar su locura...

—Qué error —exclamó H. M.—. Guy temía que los médicos alienistas encontrasen motivo para hacerle encerrar, pero no precisamente a causa de sus estudios de magia. Se burló de Bender con el pergamino, desde luego. A propósito, he aquí el telegrama, que conservaré como recuerdo, si no ve usted inconveniente, Anstruther.

Desplegó el arrugado despacho y leyó:

Miren en el «Dragón Rojo». Es el encantamiento de León III contra los dolores de muelas.

—Pero entonces, si Guy se lo dio a Bender —exclamó Tairlaine—, es que estaba al corriente de su diente enfermo...

—Ciertamente, querido —dijo H. M.—. La culpabilidad de Arnold explica la conducta de Guy. Volvamos al período que precedió al primer crimen. Supongamos que Guy espiaba a Bender, del mismo modo que éste espiaba a Guy. Guy sabe no solamente que su aborrecido perseguidor padece un absceso en la encía, sino que debe hacérselo abrir durante la tarde, pero escucha probablemente a su puerta cuando Arnold viene a verle temprano en la velada. Guy temía particularmente las

conversaciones de Bender con su jefe, Arnold, sabiendo que ambos trataban de que lo recluyesen.

»Si mis deducciones no me engañan, Arnold debió formar un plan original diferente del que fue cumplido. Su propósito inicial era matar a Guy de modo tal que Alan, el sano de espíritu, fuese ahorcado. Juego peligroso, si lo hay, porque probar la culpabilidad de alguien es mucho más difícil que probar la propia inocencia. Arnold comprendía cuán difícil le sería atacar a un hombre tan conocido como lord Mantling, de una personalidad tan destacada; esto complicaría singularmente el problema de la coartada, por ser aquél fácilmente identificable allí donde se presentase. El único modo de salvar esta dificultad, pensó Arnold, consistiría en atraer a su víctima a una trampa mortal capaz de funcionar sin la presencia del hombre destinado a cargar con la culpabilidad.

»El cielo pareció acudir en su ayuda cuando se habló de abrir el cuarto maldito. Si alguien moría envenenado en circunstancias tales que se sospechara que un asesino moderno había cargado de nuevo la vieja trampa con curare fresco... ¡qué oportunidad! Pero ¿cómo diablo atraer a Guy a una celada de esa clase? Era imposible, porque Guy sabía demasiado. Por otra parte, Arnold ignoraba dónde se ocultaba la trampa. Estaba bloqueado, a menos que la víctima no le prestara asistencia sin saberlo.

»¿Comprenden por qué la muerte de Bender era necesaria como tapadera, podríamos decir? La policía podía ser inducida a creer que existía en esa habitación un ingenioso aparato del que un asesino moderno era capaz de servirse para matar a su víctima sin estar presente.

»Una vez establecido esto, ya podía Alan reunir a todo Scotland Yard para probar su coartada. Si falsas pruebas establecían de modo suficiente que había tendido la trampa, sería ahorcado. Bender debía morir envenenado por el curare, y Guy, después de él, del mismo modo. No creo que Arnold tuviese ninguna animosidad contra Bender; fue un sacrificio necesario... ¿Estoy en lo cierto, Masters?

El inspector abrió su libreta.

—Según mis informes —dijo—, el plan de Arnold era bastante ingenioso. Había substraído hacía tiempo la jeringa hipodérmica que se hallaba en el cuarto de Guy y la tenía preparada con una dosis de curare. Abrigaba la intención de combinarse con Bender para que éste escamotease un naipe a fin de ir con toda seguridad al cuarto... lo cual se hizo. En el momento de llevar a cenar a Judith Brixham, debía de ir al encuentro de Bender para decirle que Guy había logrado proveerse de curare en las colecciones de lord Mantling y que tenía el designio de matar a la persona encerrada en el cuarto utilizando un pasaje secreto. Pero, habría dicho nuestro doctor Arnold, he aquí con qué impedir toda desgracia, y le habría dado la jeringa conteniendo un supuesto antídoto, prescribiendo a Bender que se aplicase una inyección para

inmunizarse una vez que estuviera en la habitación...

—¿Y la jeringa contenía curare? ¡Qué imbécil! Bender, legítimamente inquieto, habría podido inyectarse antes de la cena, o dejar caer su jeringa al morir. Habrían concluido un suicidio, porque Arnold no podía estar seguro de recogerla sin ser visto.

Masters sonrió.

—Sir Henry no ha dicho que el doctor Arnold fuese un criminal perfecto —observó—; se limitó a comprobar que era inteligente; comprenderían la enorme diferencia si practicasen mi profesión. La prisión de Dartmoor rebosa de criminales inteligentes... De todos modos, Arnold, reflexionando en todas estas eventualidades, sin duda habría retrocedido, aun en el caso de no habersele presentado una coyuntura mucho más favorable.

—¿La encía enferma?

—Así es —respondió H. M—. Arnold, supo, desde la víspera, que Bender iría a hacerse abrir el absceso. Entonces... una dosis de curare en un poco de *Cherry-Brandy*. Me parece que oigo a Arnold decir a Bender con voz seca: «No me agrada que un mal sin importancia haga a uno de mis ayudantes incapaz de todo servicio. ¿Le abrieron el absceso esta tarde?... Sí, el dolor volverá más adelante, cuando el efecto de la cocaína haya pasado. Tome este frasco: contiene un calmante que dejará usted que bañe un instante la región afectada. Sobre todo, no beba antes de entrar en la habitación, porque no quiero verle beber alcohol en público...». No olvidemos que Arnold formaba parte de la liga contra el alcoholismo... «Por lo demás, no sufrirá usted hasta el fin de la velada». El único mérito de esta idea era que Bender volvería el frasco a su bolsillo luego de haber bebido, y nadie se sorprendería de hallar un frasco entre sus ropas, como hubiera ocurrido de tratarse de una jeringa. Asimismo, el doctor había regulado su tiempo de tal modo que tenía todas las probabilidades de ser el primero en examinar el cadáver. A nadie le parecería extraño que pasase la mano por el interior del traje, puesto que buscábamos un mecanismo provisto de una punta envenenada y no un frasco...

—Estaba, según parece, provisto de un frasco similar inofensivo para sustituirlo por el otro, pero como tuvo la suerte de que el lecho ocultara sus manipulaciones, se limitó a llevárselo.

—¿Por qué cogió la agenda? —preguntó Tairlaine.

—Porque complicaba a Guy y Arnold no quería dejar que le consideraran sospechoso del crimen. Volvamos a Guy: ahora comprenderán su conducta. Guy escuchaba a la puerta cuando Arnold dio el frasco a Bender; es la única explicación posible.

—Pero nosotros ignorábamos que Arnold hubiese visto a Bender esa noche —dijo sir George—. Si lo hubiéramos sabido...

—¿No recuerdan que Mantling, cuando entró bruscamente en la habitación de

Bender, lo que provocó el cortecito con la navaja, iba a recomendarle que no hablase de la experiencia a Arnold? Eso me pareció extraño, por otra parte. Bueno, habiendo sorprendido Guy la conversación acerca del frasco, sin saber, por supuesto, que éste contenía veneno, se deslizó detrás de la ventana para vigilar a Bender y asegurarse de que no descubriría ni las alhajas ni un indicio cualquiera que le permitiese adivinar que fue Guy quien limpió el cuarto y mató al loro...

—¿Fue Guy quien mató al loro? —preguntó Tairlaine.

H. M. encendió su pipa.

—Guy tenía a veces sentido común: los gritos de un loro o los ladridos de un perro pueden traicionar al hombre que ha descubierto prematuramente unas alhajas... Guy estaba, además, particularmente atormentado, porque, fíjese en sus notas, Masters, creo que Bender había hallado el cuchillo de que se sirviera para matar al perro, por lo que Arnold pudo echar mano al arma.

—Sí —dijo Masters—; Bender acababa de descubrir el cuchillo en el bolsillo del quimono de Guy, cuando Carstairs le sorprendió, se lo llevaba a Arnold.

—Van a ver por qué Guy vino en ayuda del asesino. La verdad le saltó a los ojos apenas vio el efecto producido por un trago de líquido sobre Bender, que se desplomó fulminado, pero fuera de la vista de Guy. Imagínense el estado de espíritu de éste: ¡el médico que intenta que le encierren en un manicomio ha matado a su asistente y ahora podrá molestarle! Jamás se atreverá ahora Arnold a adoptar una medida contra quien ha visto el crimen y puede demostrar a la policía cómo fue cometido. Pero Guy ignora qué veneno ha absorbido Bender; no sabe cuánto tiempo tardará éste en morir y entonces imita su voz para dejar que el veneno haga su efecto. ¿No observaron la expresión de Arnold cuando supo que su víctima había respondido a las llamadas durante una hora?

»Bender muerto, Arnold tenía una razón doblemente poderosa para matar a Guy inmediatamente; pero debía hacer ciertos preparativos para descargar el último golpe, y fue por ello por lo que cometió graves torpezas sirviéndose de un medio corrientemente empleado con los neurópatas: la sugestión hipnótica. No hubiera podido llegar a sus fines, por supuesto, si Isabel, en el fondo de su corazón no hubiese estado persuadida de la culpabilidad de Mantling. Pero conocen ustedes el truco de que todo buen hipnotizador puede servirse: “A tal hora, irá usted a decirle a tal persona lo que sigue, y olvidará después lo que le ha sido sugerido”. Acuérdense del grito de Isabel: “Es preciso que hable, no gozaré de reposo mientras no lo haya hecho”, y el relato demasiado detallado que nos hizo, como un gramófono del que Arnold hubiera sido la púa... Además está decirles que el cuchillo manchado de sangre, la agenda con las páginas arrancadas y la botella de cianuro habían sido colocadas en el cajón de Mantling por Arnold, antes del asesinato de Guy y mientras todos estábamos abajo. Había dado instrucciones a Isabel, sometida a la influencia

hipnótica, para que pronunciara ciertas palabras *antes* del crimen; aunque hubiese negado más tarde lo que había dicho, éramos varios para atestiguar sus afirmaciones.

—Pero ¿qué me dice de la luz en el cuarto de Guy? La vieron realmente.

—Fue la única acción personal que realizó Isabel; despierta en medio de la noche, le acometió una espantosa angustia procedente de su subconsciencia y se trasladó efectivamente a la habitación de Guy, sin saber por qué. Me preguntaron ustedes esta tarde por qué había ella referido que Mantling descendió con una jeringa hipodérmica en la mano, cuando mataron a Guy sirviéndose de un martillo. La respuesta es muy sencilla: en el momento en que Arnold hipnotizó a Isabel, se proponía utilizar ese medio, pero a punto de obrar, nuestro pobre tonto advirtió...

—¿Qué advirtió?

—Que empleando una inyección, supondríamos inmediatamente lo que Masters mismo nos propuso como solución esta tarde: culpable, Guy se habría suicidado o habría caído preso en su propia trampa. Necesitaba, sin embargo, arriesgar el golpe, y lo hubiera intentado si...

Masters aprobó.

—Ha dado usted en el clavo, señor: queriendo aturdir a Guy con un martillazo, Arnold golpeó demasiado fuertemente y lo mató; las mandíbulas se contrajeron al instante y...

—¿Las mandíbulas? ¿En qué podían obstaculizar una inyección? —inquirió Tairlaine.

—Pero, señor, los dos crímenes debían ser idénticos, ¿no? Como no se había descubierto rastro en la boca de Bender, Arnold se proponía aplicar una inyección en la encía de Guy. Quería hacernos creer en una trampa emponzoñada, disimulada en el cuarto, y cuando imaginó la escena de lord Mantling descendiendo la escalera con una jeringa llena de líquido en la mano, era únicamente para hacernos suponer que iba a cargar de nuevo la trampa. No la habríamos hallado, por supuesto. Y a lord Mantling le hubiera sido muy difícil probar su inocencia. Pero, Arnold fue incapaz de abrir la boca de Guy.

»Por eso descargó un martillazo sobre el maxilar; no pudiendo separarlo, continuó golpeando... Quizá le interrumpiese la llegada de Carstairs. Pero... ¿cómo Arnold entró en la casa, puesto que Carstairs estaba fuera y vigilaba la puerta?

—Por la ventana del Cuarto de la Viuda, cuyos postigos estaban abiertos en esos momentos. ¡Oh!, primero marchó a su casa, desde luego... Pero regresó, pues había citado a Guy en ese cuarto; este último, seguro de su poder, fue a meterse de cabeza en el lazo... Arnold también, por otra parte —añadió H. M., tomando su taza de café.

Sobrevino un largo silencio en la habitación llena del humo de las pipas.

—Algo hay que no entiendo —dijo por último sir George—. Arnold era un hombre previsor y no concibo cómo pudo jugar una partida tan peligrosa cuando su

prometida podía romper de un momento a otro el noviazgo... Sus sentimientos por el joven Carstairs eran visibles. De ser así, hubiera trabajado para nada. ¿Qué piensa Judith en este momento?

Tairlaine recordó una reciente conversación. Tras vacilar un instante, dijo con lentitud:

—La señorita Brixham mantendrá a su marido hasta el fin.

—¿Su marido? —exclamó sir George.

—Se habían casado secretamente —prosiguió Tairlaine—; fue idea de Arnold. Sabe ser romántico en el momento adecuado. Sí, ella le mantendrá.

—Pero ¿y después? Enviudará, usted sabe...

La mano de Tairlaine en el borde de la mesa.

—Sí. Y ésa es una razón por la cual todos deberíamos permanecer solteros.



CARTER DICKSON. Seudónimo de John Dickson Carr (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de éste también empleó como seudónimos Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y Sir Henry Merrivale.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de Sir Arthur Conan Doyle y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] El futuro Jorge IV, regente de 1810 a 1820, y rey de 1820 a 1830. (N. del T.) <<

[2] El museo Grévin de Londres. (N. del T.) <<

[3] Forma corrompida de magia, ritos secretos, etcétera, practicados entre los negros de las Antillas y, en cierto grado, en los Estados Unidos. (N. del T.) <<

[4] Aunque en un relato tan simple como éste la precisión histórica no es absolutamente indispensable, las palabras de Guy Brixham concuerdan con los anales de la época en casi todos los puntos. El lector que desee más detalles acerca de las ejecuciones, los hallará en la notable obra de Lenôtre: *La guillotina y sus servidores...* (N. del T.) <<

[5] Aristócratas. (N. del T.) <<